LEMURIA—

El Continente Perdido Del Pacífico

Wishar S. Cervé









La
Gente Misteriosa
Del Monte Shasta



ANTIGUA Y MISTICA ORDEN ROSAE CRUCIS. A.M.O.R.C.

LEMURIA
El Continente Perdido
Del Pacífico



DEDICATORIA

En agradecimiento a las primeras investigaciones que en la historia de los perdidos continentes de

ATLÁNTIDA Y LEMURIA

efectuó la hermosa alma y esclarecida mentalidad de

SIR FRANCIS BACON

dedica este libro a su memoria y a la imperecedera magnanimidad de su carácter.

EL AUTOR

Indice

▽

El Día del Diluvio

El hundimiento catastrófico de un continente de civilización avanzada, según la concepción del artista. Todos los elementos parecen devastar simultáneamente la región, sembrando el terror en los pobladores. Esta es la concepción de un famoso artista de la catástrofe del hundimiento del continente de Lemuria con su poderosa civilización.

PRÓLOGO

Hace algunos años, un representante de la Orden Rosacruz en China visitó nuestras oficinas de San Francisco de California y nos entregó, a guisa de documento oficial, unos cuantos raros manuscritos que trataban de las antiquísimas tradiciones conservadas en los secretos archivos del Tíbet y de China. Entre estos manuscritos había una muy antigua y estropeada copia de las secretas enseñanzas éticas y espirituales de los tibetanos, que el citado representante deseaba publicar en forma moderna, para darlas a conocer en el mundo occidental. [Nos guardamos los manuscritos de índole rosacruz verdaderamente mística y privada, para aprovecharlos en relación con nuestras ordinarias actividades como editores de las revistas y otras publicaciones de la Fraternidad Rosacruz.]

A fin de facilitar la debida publicación de las enseñanzas tibetanas, el aludido representante organizó una Sociedad editorial titulada: *Sindicato de Literatura Oriental,* que publicó el citado manuscrito tibetano con el título de *Secretas enseñanzas del Tíbet.* Este raro libro se ha editado muchas veces y se le considera uno de los más hermosos modelos de literatura oriental de cuantos se han publicado en estos últimos años.

Entre los manuscritos retenidos por el *Sindicato de Literatura Oriental* había varios que trataban de las antiguas tradiciones y memorias relativas al perdido continente de Lemuria. Se proponía el *Sindicato* re-

coger de todas las partes del mundo cuantos datos e informes pudiera encontrar acerca del continente lemuriano y sus habitantes y exponerlos en un instructivo y fascinador libro para conocimiento del público. Se encargó este trabajo de recopilación y compilación a Wishar Spenle Cervé, en vista de su vivo interés por los temas de arqueología, geología y meteorología. Según fueron acumulándose los datos y ordenados en forma literaria, se infirieron de ellos interesantes historias dignas de independiente publicación. Una de estas historias episódicas apareció en la revista rosacruz: *El Triángulo Místico*, de agosto de 1925, y fué tan vivo el interés despertado por su lectura, que de todas partes se recibieron cartas en solicitud de que se publicaran otras historias análogas, o bien un libro que tratara exhaustivamente, el tema relativo a Lemuria y sus habitantes.

Con el apoyo de los representantes en China y Tíbet, todos los manuscritos y demás documentos que se hallaban en poder del *Sindicato de Literatura Oriental* pasaron a manos del departamento de publicidad de la Orden Rosacruz de los Estados Unidos, de suerte que tanto el ya publicado libro: *Secretas Enseñanzas* del *Tíbet*, como los manucritos, datos e informes poseídos por el *Sindicato*, quedaron de propiedad de la Orden Rosacruz *Amorc* de los Estados Unidos. Prosiguió Cervé sus investigaciones durante estos últimos diez años y a causa de las crecientes demandas por la publicación de una historia pue prometía ser tan sorprendente, decidimos que compilara los datos más

esenciales y las más atrayentes partes de la historia de Lemuria en un libro exento de tecnicismos fatigosos y henchido de las humanas características que diesen al texto el ameno interés de una encantadora novela.

Publicamos el libro en la presente forma con la esperanza de que sea tan instructivo como agradable y satisfaga la natural curiosidad de millones de personas residentes en el mundo occidental.

Para muchos será el libro una sorprendente revelación y sin duda millares de lectores pondrán en entredicho la autenticidad de los hechos citados y pedirán pruebas científicas que los legitimen. El índice completo de cuantos escritos, tradiciones, memorias y hechos se refieren a Lemuria ocuparía de por sí todo un volumen. Hemos juzgado conveniente enumerar algunas autoridades y documentos en el apéndice del libro, pero no podemos exponer los hechos de modo que los admitan quienes a priori los nieguen o de ellos duden con desdén de las pruebas.

Hay algunos hechos de por sí evidentes respecto a Lemuria y sus habitantes, que según advertirá el lector, constituyen el armazón o entramado del texto, que bastará para fundar la firme creencia en el conjunto de la historia. Sería mostrarse injusto con el autor, no tener en cuenta los hechos de indisputable evidencia y criticar los pocos que no han sido comprobados por las más reputadas autoridades.

Hemos dicho antes que nuestro propósito fue publicar este libro sin la aridez de las anotaciones científicas y será insincero quien se atreva a inculparnos de esta

deliberada omisión. Si debidamente se consideran los hechos de notoria evidencia expuestos en este libro, no dejará ningún crítico de creer en la veracidad de esta historia.

Uno de los puntos susceptibles de controversia es la afirmación de que las alteraciones ocurridas en pasados siglos en la configuración de la superficie terrestre se efectuaron por ciclos. Este sorprendente hecho fue descubierto hace muchos años por el conocido científico míster John H. Tice; pero cuando en 1875 intentó publicar su descubrimiento, ningún editor quiso encargarse de la publicación, porque ninguno comprendía los principios científicos que evidenciaban la existencia de una energía y de unas leyes cósmicas desconocidas a la sazón del mundo científico. Así es que publicó privadamente el descubrimiento y nos complacemos en entresacar de su texto la prueba de las cíclicas alteraciones de la superficie terrestre, según verá el lector en el Apéndice número 1. Mucho de lo que el Sr. Tice publicó privadamente en 1875 y todo cuanto expuso en sus raros manuscritos, hoy en nuestro poder, ha sido comprobado en estos últimos años por las independientes investigaciones de otros científicos, aunque ninguno se ha mostrado tan explícito y completo como el Sr. Tice al exponer su teoría.

Las mentalidades occidentales opinan generalmente que aparte de los relatos de las Escrituras Sagradas respecto de los pueblos antiguos, muy pocos informes pueden considerarse fidedignos. Así, por ejemplo, es común creencia que únicamente en la Biblia o en las

crónicas hebreas se encuentra el auténtico relato del diluvio que alteró gran parte de la superficie terrestre; pero lo cierto es que las escrituras sagradas y científicas de muchos pueblos antiguos nos hablan no sólo del diluvio bíblico sino de algunos otros cuya comprobación se halla en el archivo arqueológico de la propia Naturaleza, según saben de sobra los geólogos.

Los hechos mencionados en este libro han sido recopilados indistintamente de todas las antiguas escrituras y tradiciones, sin asomo de partidismo religioso.

Agradecemos vivamente la valiosa ayuda con que nos favorecieron las personas citadas en el Apéndice de autoridades y especialmente al doctor Ward por su capítulo de colaboración en que trata de un tema en el que está versadísimo por su erudición orientalista.

Los norteamericanos y mayormente los habitantes de California, se deleitarán con los hechos relatados en este libro y tenemos la seguridad de que todos los americanos, tanto del Norte como del Sur del continente, se sentirán orgullosos al conocer el origen de sus países y de las razas indígenas. Creemos que este libro contiene un glorioso mensaje y muchos motivos de júbilo en el campo de las fascinadoras investigaciones.

El Editor

INTRODUCCIÓN

Deseo anticiparme a los comentarios que sin duda harán sobre este libro quienes se figuraban encontrar en sus páginas un tratado científico sobre el asunto. No tuve el propósito de escribir un tratado de antropología o antropometría ni de entrarme en los campos de las investigaciones arqueológicas y geológicas. Tampoco hallarán en estas páginas los meteorólogos, astrónomos, cosmólogos y otros científicos una fatigosa enciclopedia de técnica información.

Con la copiosa cantidad de datos de que dispuse y con la colaboración de los dibujantes aptos para proporcionarme material técnico, hubiera podido ofrecer al público el tratado que algunos esperaban en forma científica.

Pero mi propósito fué satisfacer el deseo del editor de escribir un ameno y fascinador relato del perdido continente de Lemuria con toda su historia, los efectos que produjo en las razas humanas y los remotísimos incidentes de la vida.

Lo cierto es que por muy interesados que estemos en una especialidad científica, acaban por fatigarnos las áridas disertaciones académicas y los mismos que desdeñan una obra que trate someramente de un tema histórico o de erudición científica, se recrean en sus

ratos de solaz con las sorprendentes y maravillosas relaciones de las revistas populares y de la prensa dominical. No titubeo en decir que entre mis amigos y conocidos en el mundo científico hay algunos que en los artículos de divulgación publicados en las revistas y semanarios, encontraron pie para sus ulteriores investigaciones.

La indagación puede ser nutritivo alimento para las mentes de índole científica; pero una amena relación que pinte con vívidos colores el aspecto de interés humano, de los hechos revelados por la ciencia, nunca deja de ser sabroso manjar para nuestra naturaleza emocional.

Los hechos relatados en este volumen están expuestos análogamente a como van ocurriendo los sucesos de nuestra vida diaria. Los temas graves se entremezclan con los amenamente instructivos y de práctica ejemplaridad. La atención se enfoca con mayor atractivo en las características de interés humano ofrecidas por el relato, que en los áridos tecnicismos de erudición científica. Las gentes, los personajes, las escenas de trasfondo, los hechos y las figuras están sacadas de las hornacinas donde permanecían envueltas en el pesado ropaje del olvido, para presentarlas en el escenario de la vida acompañadas de vibrante música e iluminadas por espléndida luz y que ante los espectadores vayan reproduciendo el antiquísimo drama de su vida.

La historia contenida en este libro es un drama que comenzó hace doscientos mil años con un vago e indefinido prólogo y continuó en sorprendentes e intere-

santes actos hasta nuestros días en que prosigue el drama, porque entre nosotros están todavía los descendientes de Lemuria y diariamente tocamos los efectos producidos por aquel pueblo que alcanzó un alto grado de civilización y estableció muchos principios de vida aún subsistentes en la práctica.

Gocé en la tarea una vez comenzada, después de vencida la vacilación, en tratar amenamente un asunto que podía tratarse con mucha profundidad. Vi como si estuviera vivo el continente que describía, en vez de ser una muerta expresión geográfica en antiguos y amarillentos mapas. La gente me miraba, me hablaba y me referían sus historias y yo entraba en sus poblados y observaba las mudanzas de todas las formas de vida, las transiciones naturales y la evolución de las razas humanas. Entonces comprendí por qué no se habían vulgarizado los hechos históricos del perdido continente de Lemuria. Únicamente los geólogos, arqueólogos, historiadores y antropólogos se interesaron por la historia de Lemuria y encasillaron tan ávidamente los resultados de sus investigaciones y los ocultaron tan celosamente en sus torres marfileñas, que pocos se enteraron de sus positivos descubrimientos.

Por lo tanto, espero que este libro popularice el tema y despierte el vivo interés de investigar las muchísimas fuentes de información que dejaron intactas quienes durante toda su vida anduvieron en busca de positivos hechos.

Con esta esperanza ofrezco al lector esta obra, de-

seoso de que contribuya a una mejor comprensión del desenvolvimiento físico, mental, psíquico y espiritual del ser humano.

W. S. C.

Capítulo I

LAS PRIMERAS RAZAS HUMANAS DE AMÉRICA

Uno de los más interesantes problemas en el estudio de la civilización mundial es el origen de las primeras razas humanas de América.

Siempre fué opinión vulgar que en Mesopotamia se meció la cuna de la civilización y que en los países de Oriente tuvieron origen las primeras razas humanas. En efecto, el *Jardín del Edén,* llamado también *Paraíso terrenal* es para el vulgo hebreo cristiano la cuna de la humanidad ubicada en la Mesopotamia.

Hace pocos años, algunos científicos expusieron la opinión de que el valle del río Ohio hubiera podido ser el real Jardín del Edén, pues los descubrimientos allí efectuados parecen indicar que los constructores de los montículos y los habitantes de las cavernas podían haber sido los descendientes de las primeras razas humanas que poblaron la tierra y varios restos exhumados en aquel valle parecen más antiguos que cuantos se habían hallado anteriormente. Desde entonces, ulteriores descubrimientos han venido a modificar algún tanto esta opinión, pues aunque está generalmente admitido que hay suficientes pruebas de haber habitado en el valle

del Ohio razas humanas muy anteriores a las que nos muestra la historia en muchas otras partes del mundo, hay ahora numerosas y vehementes pruebas de que las costas estadounidenses del Pacífico son incuestionalmente el único lugar donde las primitivas razas humanas llegaron al nivel de la civilización.

Muchas y muy fantásticas teorías se han expuesto para explicar la existencia de los aborígenes americanos. La historia del origen de los indios de la América del Norte es de veras sorprendente sin que nunca quede libre de misterio.

La circunstancia de que los indios norteamericanos estaban divididos en tribus asentadas en lugares muy distantes unos de otros, con idioma muy diferente y sin embargo, de muy análogos usos y costumbres, ha dado pie a muchas especulaciones sobre su origen. Las analogías y semejanzas entre la mayor parte de las tribus indias norteamericanas dieron fundamento a la hipótesis de que todas las tribus descendían de una sola raza, mientras que las diferencias de lenguaje apoyaban la contraria hipótesis de que tenían distinto origen, pues las de la parte occidental de Norteamérica podían descender de otras razas occidentales, al paso que las tribus orientales serían descendientes de las primitivas razas llegadas al continente americano.

Al estudiar el problema tenemos por guía muchos principios científicos y numerosos datos en que confiar seguramente. Al estudiar la historia humana debemos tener en cuenta que todas las razas tienen ciertas características comunes y que las leves variantes entre

ellas no siempre denotan distinción de raza sino más bien la influencia del ambiente en el aspecto, índole y hábitos del hombre.

Nos encontramos ciertamente frente a las dos posibles explicaciones de la existencia de varias razas humanas. O bien todas las razas humanas existentes en el mundo tuvieron un común origen, una sola cuna y un mismo punto de ubicación y de este punto se movieron en todas direcciones para poblar la tierra o bien apareció la humanidad simultáneamente en distintos lugares del globo. Por lo tanto, el problema está en si la humanidad tuvo un origen común y se fue diferenciando en razas con diversas características por influencia de la evolución y del ambiente o si el género humano fue creado al mismo tiempo en muchos lugares diferentes y con características congénitamente distintas, de acuerdo con el propósito de la creación y el ambiente del lugar.

La influencia del ambiente puede alterar la índole, aspecto, usos y costumbres de una raza y es muy posible que todas las razas humanas hayan tenido un origen común y que fuesen idénticas en aspecto, usos y costumbres hasta que los individuos de esta única raza original se desparramaron por varias partes del mundo y engendraron futuras generaciones con tanta diversidad como la influencia del ambiente fuese capaz de producir.

Sabemos que en los países, como las regiones polares o de nieves perpetuas o de abundantísima arena, en donde nieve o arena reflejan vivamente la luz solar, los

habitantes acostumbrados a entornar continuamente los ojos para no ofuscarse, acaban por darles una ligera oblicuidad, y los músculos del rostro por su incesante contracción determinan el levantamiento de los huesos maxilares. Por otra parte, los habitantes de las comarcas montañosas que han de trepar diariamente por colinas, lomas y montañas, no tardan en desarrollar robustas piernas, ancho pecho y potente musculatura dorsal. Todas estas características se van transmitiendo por herencia de generación en generación hasta constituir un tipo humano del todo distinto del habitante de las nieves o de las arenas.

Análogamente los que viven a orillas del mar, de los ríos o de los grandes lagos y se acostumbran a la navegación a remo, fortalecen los brazos de que se valen como fuerza motora y robustecen el pecho y los hombros, dejando algún tanto débiles las piernas. Estos ejemplos muestran que las características físicas pueden ir manifestándose de generación en generación hasta producir un distinto tipo humano por influencia del ambiente. Si añadimos a estos efectos el atezamiento del rostro en los países tropicales, su relativa blancura en los valles de las zonas templadas y la influencia del clima en la talla o desarrollo físico y en el pigmento, espesor y contextura del cabello, comprenderemos que todas las diversidades observadas en la forma corporal humana pueden provenir de la influencia del ambiente.

No debemos olvidar los efectos físicos del régimen alimenticio, de las aguas potables y de los hábitos personales. El desenvolvimiento mental de la raza y su

índole espiritual tienen también suma importancia en el aspecto externo del hombre. Es opinión general que las razas más inteligentes se manifiestan en los países de clima muy fresco o frío y las menos inteligentes en los países de clima tórrido. Si analizamos esta opinión veremos que expresa una ley muy razonable. En los países fríos, abundantes en nieve y hielo, el hombre se vió obligado a discurrir e inventar los vestidos y albergues para protegerse contra la crudeza del clima y los medios de proporcionarse el sustento diario, todo lo cual robusteció sus facultades mentales por el ejercicio y le hizo industrioso y le acostumbró a pensar profundamente.

En cambio, los habitantes de países templados o cálidos, no necesitaban tanto abrigo, encontraban durante todo el año copioso alimento y el sofocante calor los enervaba de modo que les invadía la doble pereza física y mental.

Algunas excepciones se cuentan en lo dicho, pues indicios hay de razas que alcanzaron alto grado de civilización en climas tropicales, aunque estas excepciones se explican por la circunstancia de que los países hoy tropicales pudieron no serlo entonces, mientras que las regiones hoy glaciales quizá fueran templadas en otro tiempo o también cabría la posibilidad de que las razas que alcanzaron alto grado de civilización en la zona tórrida, descendieran de otras razas ya civilizadas en las zonas templadas o glaciales.

En lo concerniente a Norteamérica es muy notable circunstancia que todas las exploraciones e indaga-

ciones efectuadas en el continente acerca del origen y antigüedad de sus primitivos habitantes, demuestran que en la costa del Pacífico se llegó al pináculo de la civilización. Trataré más adelante de este punto; pero entre tanto conviene dejar sentado que es de suma importancia en la historia y desaparición de Lemuria y en la distribución de los habitantes supervivientes.

Al considerar si las razas humanas han tenido o no un origen común, hemos de tener en cuenta que si el hombre apareció en un solo lugar de la superficie terrestre y de allí se esparcieron sus descendientes por el mundo, se ha de admitir que debía de haber expeditos caminos naturales para trasladarse de uno a otro continente; pero este punto no es de grave dificultad, porque muchos y vehementes indicios hay de que gran parte de los espacios ocupados actualmente por las aguas, fueron un tiempo continentes y dilatadas islas.

No necesitamos apoyarnos en la teórica posibilidad de que el hombre pudo llegar desde Rusia a Alaska a través de Asia, pasando por el estrecho de Bering, pues aunque hay pruebas de que hombres de procedencia asiática llegaron eventualmente a Alaska, donde dejaron monumentos atestiguadores de su estancia, también hay pruebas de que el hombre llegó a las costas del Pacífico por caminos distintos del estrecho de Bering.

Pero si el hombre apareció simultáneamente en distintos puntos de la superficie terrestre sin conocimiento de la existencia de otras razas en varias partes del mundo, nos hallamos con la importantísima circunstancia de que las excavaciones arqueológicas demues-

tran que las primitivas razas existentes en cada localidad ya tenían desde un principio rudimentos de cultura que con el tiempo desenvolvieron hasta constituir una civilización propia.

Si todas las razas humanas tuvieron un mismo origen y poco a poco se fue la primitiva raza esparciendo por el mundo, hemos de suponer que no debieron de comenzar las migraciones hasta que el hombre alcanzó el suficiente grado de civilización para cuidar de sí mismo y proteger sus más valiosos intereses y en tal caso también se asentaron los emigrantes con cierta cultura en las tierras vírgenes donde comenzaron su nueva vida. Así lo comprueban las numerosas huellas encontradas en todas las partes del mundo. Las excavaciones arqueológicas demuestran casi siempre que los primitivos habitantes de un país, las razas autóctonas, tuvieron algún grado de civilización, por lo que cabe suponer que no se originaron independientemente de otras razas existentes en otros países, esto es, que en rigor no hay pueblo alguno autóctono u originario del mismo país en que vive. Por lo tanto, hemos de considerar los resultados del retroceso cultural de los pueblos habitantes en países sin fácil contacto con los pueblos vecinos.

Copiosísimas y concluyentes pruebas hay de que abundaron las migraciones en la primitiva historia del mundo, sobre todo en lo relativo a las costas sudamericanas del Pacífico, de suerte que ello es un importantísimo factor en el estudio del misterio de la desaparición del continente de Lemuria.

Antes de discutir la existencia de este continente y de emprender la descripción de sus habitantes con sus usos y costumbres, conviene exponer en este primer capítulo la índole de alguna de las pruebas reunidas por varios investigadores en diversas exploraciones y recopiladas después en un acervo común por el vivísimo interés con que atendí a los trabajos de investigación.

En primer lugar, es mucho más que probable que los indios norteamericanos desciendan de perdidas o extraviadas tribus de Israel. Esta opinión ha ido afirmándose poco a poco en la mente de cuantos han hecho un cuidadoso estudio del origen, idioma, costumbres, usos, hábitos y primitivos productos de los indios norteamericanos. Uno de los más notables descubrimientos en este particular fué que todas las tribus de indios norteamericanos tienen ciertas palabras comunes a sus diversos idiomas, aunque difieren ligeramente en pronunciación y significado. La lista de estas palabras comunes a todas las tribus indias, demostró que eran idénticas a las usadas por las tribus de Israel.

Si consideramos la enorme diversidad de idiomas en las tribus indias de Norteamérica, de suerte que las entre sí vecinas no pueden entenderse, resultan muy significativas esas palabras comunes de idéntica naturaleza y acepción.

En segundo lugar se ha comprobado que casi todas estas palabras comunes tenían un significado religioso o místico, referente a los principios cósmicos, sin relación alguna con los objetos y condiciones de naturaleza puramente local.

En tercer lugar, se observó que había días festivos con ceremonial religioso comunes a todas las tribus a pesar de la diversidad de creencias, costumbres y disposición de ánimo y que dichos festivales religiosos coincidían con las fiestas religiosas de los israelitas.

Además, si consideramos que algunas de estas tribus indias estaban separadas unas de otras por todo un continente, de suerte que no se conocían unas a otras y si eventualmente llegaban a conocerse se asombraba cada una de la existencia de la otra, resulta evidente que la comunidad de festivales religiosos no podía provenir de reciente comunicación e intercambio de ideas.

De cómo las tribus indias del continente americano descendieron de las perdidas tribus de Israel es asunto de ulteriores investigaciones y el planteamiento del problema exigiría un volumen aparte. Este tema no tiene con nuestro estudio del continente de Lemuria otra relación que la de considerar a los indios americanos como una porción de los descendientes de Lemuria y Atlántida.

Que los indios americanos pudieran descender de los israelitas inmigrantes por las costas del Pacífico está indicado por los dialectos y testimonios asiáticos hallados en Norteamérica y precisamente tan sólo en la costa del Pacífico. Este dato es muy significativo, como veremos más adelante.

Por otra parte, a lo largo de la costa occidental de Sudamérica hallamos notorias pruebas de la identidad de muchos vocablos de las tribus con los de los dialectos oceánicos, en demostración de que hubo fáciles medios

de acceso entre la costa occidental de Sudamérica y los diversos pueblos de Oceanía. En efecto, algunas tribus habitantes a lo largo de la costa occidental de Sudamérica ofrecen sorprendente analogía en facciones y pigmento con los indígenas de algunas islas del Pacífico. Por ejemplo, los sirionos de Bolivia son una primitiva raza aislada diferente de todas las indígenas de aquel país y de todo el continente americano, pero muy semejante por su fino cabello ligeramente rizado y sus pobladas barbas, a las razas de Oceanía. Además, en algunas de las expediciones que cuidadosamente seguí y cuyas investigaciones analicé, se exhumaron a lo largo de la costa de California tumbas prehistóricas en las que había azuelas, hachas y otros útiles de piedra hábilmente construídos en modo y estilo típicos del arte de las tribus todavía existentes en las islas del Pacífico y con piedra que sólo se encuentra en estas islas.

Conviene advertir que, geológicamente consideradas, las islas del Pacífico son sin duda restos de otras islas mayores y del continente que un tiempo ocupó gran parte de dicho mar y a no admitir que los habitantes de estas desaparecidas tierras navegaron por uno u otro medio hasta llegar a la costa occidental de Sudamérica, habremos de admitir que hubo algunas islas o dilatadas tierras cercanas a dicha costa, cuyos habitantes fueron de la misma raza de los actuales indígenas de las islas del Pacífico, en cuyo suelo abundaba la misma clase de piedra. En este último caso les hubiera sido muy fácil a las prehistóricas tribus pasar del continente del Pacífico al precolombiano y haber emigrado en la época en que aquel continente se fué poco a poco sumergiendo.

Otra interesante circunstancia es que Norteamérica ofrece copiosa materia de estudio a la investigación del origen del hombre, porque aparte de las tribus indias con sus diversos idiomas, usos y costumbres, todavía hay pruebas de la existencia de otras tribus con diferentes idiomas y costumbres cuya diversidad fué indudablemente mayor en este nuevo mundo que lo había sido en el antiguo, pues sólo en la costa del Pacífico, más de cien idiomas y dialectos distintos hablaban las tribus pobladoras de unos cuantos kilómetros cuadrados, divididos en distritos con mayor densidad de población que en cualquier otra parte del mundo.

Los primeros exploradores de Norteamérica se sorprendieron de la profusa variedad de lenguaje y carácter de las tribus indígenas, algunas de las cuales eran salvajes y andaban desnudos, mientras que otras eran nómadas y también las había medio civilizadas que se dedicaban a la agricultura o a la caza. Algunas habitaban en campo abierto al amparo de matorrales y arboledas, al paso que otras habían construído chozas de adobes, cubiertas con pieles de animales, por procedimientos de construcción no conocidos en ninguna otra parte, o bien cuyos métodos, usos y costumbres eran idénticos a los de tribus muy distantes. La mayoría de las tribus denotaban que en la edad de piedra habían ya evolucionado progresivamente de su primitivo estado, pues tenían rara habilidad artística con alto grado de cultura y habían hecho obras nunca superadas ni siquiera igualadas por las demás razas humanas.

Me refiero particularmente a la costa del Pacífico donde los primeros exploradores se asombraron de ver

en los indígenas notorias pruebas de muy alta civilización.

Cierto es que en Yucatán encontraron los primeros exploradores una raza sumamente civilizada y de mucha cultura. Eran los mayas, descendientes de la entremezcla sanguínea de los lemures con los atlantes cuando la Atlántida se sumergió en el Atlántico. Además, la historia de los mayas no se relaciona con la de los lemures; pero la circunstancia de que el alfabeto maya es una de las más admirables invenciones humanas y sólo se conoce en su forma perfecta, cabe suponer que requirió millares de años de evolución y que una raza ya civilizada vino a habitar entre los pueblos primitivos de Norteamérica.

Seguramente nos da todo esto una representación de la diversidad de idiomas, de las entremezclas de civilización, diferencias de cultura y profusa diseminación del género humano por un continente todavía llamado nuevo mundo, pero que en realidad ya era muy antiguo antes de que el continente europeo estuviese parcialmente civilizado.

El libro del Génesis relata el origen del hombre, que no sólo es simbólico, sino en algunos pasajes rigurosamente histórico. Pero conviene tener en cuenta que el relato del Génesis deriva de antiquísimas tradiciones que durante muchos siglos pasaron de labio a oído antes de quedar escritas en piedras y ladrillos. Posteriormente los relatos tradicionales se reprodujeron para conservarlos en manuscritos y todavía más tarde se tradujeron a otros idiomas para difundirlos por el mundo. Por lo

tanto, el relato del origen del hombre y especialmente el del diluvio no son míticos, sino hechos históricos conocidos en toda época como parte de la tradicional historia de la humanidad, aunque no se han de tomar literalmente sus pormenores.

La geología, al estudiar la superficie de la tierra y sus internas capas, prueba concluyentemente que hubo un tiempo en que las aguas diluviales anegaron a la mayor parte de los seres vivientes en la superficie de la tierra afectada por el cataclismo y determinó la migración de multitud de personas de unos a otros países, porque el diluvio no fué simultáneo o universal que de un solo golpe abarcara todo el planeta, sino que hubo varios diluvios en intervalos de larguísimos períodos, que poco a poco sumergieron los continentes. No hay tribu en el mundo que no tenga entre sus tradiciones el relato de un diluvio. Los primeros exploradores de las costas americanas se sorprendieron al ver que las tribus indígenas, tan distantes de las otras partes del mundo y sin medios de comunicación o contacto con las tradiciones de los pueblos orientales, tenían su propio relato de un gran diluvio, idéntico al relato del Génesis y al de los pueblos de Asia y otras partes de Oriente. Para los primeros exploradores de las costas americanas era un enigma cómo llegó el relato del diluvio a conocimiento de las numerosas tribus indias allí residentes; pero hoy ya se ha descifrado el enigma y la explicación de los posibles medios de tal conocimiento constituye parte de nuestro estudio.

Estábamos acostumbrados a creer que la primera

aparición del hombre en el continente americano había precedido de poco tiempo a la llegada de Colón y de los primeros exploradores. Al decir poco tiempo me refiero a la relación entre unos cuantos millares de años y la antigüedad del linaje humano, pues poco tiempo son centenares de siglos en comparación del tiempo transcurrido desde la primera presencia del hombre en la tierra; y las recientes investigaciones geológicas y antropológicas han demostrado que el hombre apareció en América hace millones de años, mientras que algún tiempo atrás nadie hubiese creído que la existencia del hombre en América datara de más de veinte mil años. Hoy tenemos pruebas concluyentes de que el hombre no sólo existía en Norteamérica hace millones de años, sino que las razas pobladoras de este país en aquella época estaban al mismo o superior nivel de las que a la sazón poblaban el mundo antiguo. Recuerdo que en las excavaciones de los depósitos de grava de Frederik, Oklahoma y Raton (Nuevo México) se encontraron restos de animales que vivieron en antiquísimos tiempos, como mastodontes, camellos, caballos, elefantes, perezosos y otros. Debajo de estos fósiles se encontraron flechas de pedernal, puntas de lanza y otras armas de fabricación humana, aparte de las que todavía estaban clavadas en los huesos de los animales, en señal de que habían muerto a su golpe.

La prueba más concluyente se encontró en las márgenes del río Colorado del Este (Texas) en donde los huesos fósiles tenían todavía clavadas las flechas de pedernal con que mató el hombre al animal.

LEMURIA

Todo sincero investigador del origen del hombre en Norteamérica reconoce que de día en día se van acumulando mayor número de pruebas, y aunque no todos admitan conmigo la existencia del continente de Lemuria con sus peculiares habitantes, no podrán menos de admitir que el hombre llegó a América hace millones de años, procedente de un desconocido país occidental.

CAPÍTULO II

ADMIRABLES INCIDENTES DEL PASADO

La idea de que hubo continentes desaparecidos en edades pretéritas es muy antigua y la hallamos diversamente expresada en las viejas leyendas de muchos países. Se encuentran alusiones a pueblos que vivieron en lugares orientales u occidentales, hoy ocupados por el mar.

Evitaré tratar del continente atlante, tanto como me sea posible, porque ya trató de este también perdido continente el libro de Ignacio Donnelly, así como otros autores y fuera necesario llenar todo un volumen con su historia, no tan fascinadora como la de Lemuria. Durante largo tiempo, la idea de un perdido continente que existió en donde ahora se dilata el océano Atlántico, fué expuesta en muchos manuscritos y libros, aunque considerada a menudo como una leyenda sin fundamento científico. Cuando Francisco Bacon escribió su famosa obra: *La Nueva Atlántida* y dió con ella alguna autoridad a los relatos de una perdida Atlántida, muchos creyeron todavía que el perdido continente era tan mítico como el mundo nuevo que en su obra describía. Junto con el convencimiento de que la Nueva Atlántida descrita por Bacon fue una profética visión de los fu-

turos Estados Unidos y del Canadá, nació la conjetura apoyada en descubrimientos científicos, de que la perdida Atlántida pudiera ser algo más real que una fábula.

Desde hace algunos años se ha desvanecido toda duda acerca de un continente sumergido en el fondo del Atlántico, porque las exploraciones científicas han comprobado su existencia submarina y que indudablemente hubo un tiempo en que ocupó la mayor parte del espacio comprendido entre las costas de Europa y América en la zona templada. Afirman los geólogos que las islas Azores y la de Madera son cumbres de montañas del antiguo continente atlante que se yerguen sobre la superficie del Atlántico. Es hoy general creencia entre los investigadores, que en pasados siglos hubo otras islas en dicho mar y a ellas aluden numerosos escritos antiguos.

La desaparición de la Atlántida es tan sólo un incidente en la historia de las alteraciones ocurridas en la superficie terrestre. Muy probable es que un tiempo hubiera más tierra que agua, y por lo pintoresco del asunto citaré algunos de los notables cambios que indudablemente ocurrieron, ya que en el limitado espacio de un capítulo de un libro de esta clase es imposible tratar al pormenor de todas las alteraciones de la configuración superficial de nuestro planeta.

No podemos determinar exactamente la magnitud del continente atlante, pero cabe asegurar que estaba en contacto con Norteamérica y Africa. Parece como si esto indicara que el continente atlante era muy extenso; pero hay razones científicas de mucho peso para creer

que las costas de Norteamérica, según ahora las conocemos, no estaban tan separadas de las costas de Europa como hoy día. Hay pruebas de que las líneas costeras de ambos continentes han ido alterándose poco a poco y aún prosigue hoy día la alteración. No obstante los terrenos ganados en muchos puntos al mar por la industria humana, hay otros puntos en que el mar se adentró en la tierra en términos superiores a los que cabe imaginar. Los mapas antiguos muestran discrepancia entre la configuración de las costas allí representadas y la que actualmente tienen y tales discrepancias no derivan de errores en el trazado de los mapas, sino que indican lo que realmente un tiempo aconteció.

No hay motivo para dar por sentado que un continente es algo así como una tierra anclada y sujeta inconmoviblemente al centro de una gran esfera. Pequeñas islas han surgido y otras se han sumergido y reaparecido en tiempos pasados y así también es posible que todo un continente se mueva en dirección a cualquiera de los cuatro puntos cardinales o diagonalmente respecto de ellos. Los geólogos creen hoy que a causa de la posibilidad de este movimiento continental, formó un tiempo Norteamérica parte de Europa y que las actuales costas atlánticas de ambos continentes fueron las márgenes de un río que creciendo progresivamente en anchura, acabó por ser un océano.

Una de las circunstancias corroboradoras de esta idea es que las sinuosidades de la costa oriental de Norteamérica muestran un contorno análogo al de la costa occidental de Europa, a pesar de algunas dis-

crepancias. Es científicamente posible que durante los muchos y maravillosos cambios ocurridos en la superficie terrestre y mientras todo un continente glacial se transmutó en arbóreo, cambiando no sólo la superficial configuración de la Tierra sino también su condición substancial, se levantara en el Atlántico, después que el río convertido en mar escindió en dos trozos el primitivo continente.

Otra pintoresca mudanza es la formación del actual golfo de México, que en otro tiempo fue sin duda un hermoso valle rodeado casi por completo de montañas. La presente península de Florida no es parte de aquella región montañosa, sino una acumulación de arena, coral y conchas depositadas en las cumbres y laderas de una sumergida cordillera. Dicho de otro modo, la actual cordillera de los Apalaches continuaba hacia el Sur hasta las islas de las Indias occidentales siguiendo hasta Sudamérica y debió de circuir un valle dilatado hasta la presente costa oriental de México con sus comarcas montañosas, constituyendo así la única conexión entre Norteamérica y Sudamérica, separadas por el istmo de Panamá. El mar Caribe o de las Antillas también formaría parte del valle convertido hoy en golfo de México. Las islas de las Indias occidentales pertenecieron a la prolongación de la cordillera de los Apalaches, pero la península de Florida, según queda dicho, es de formación mucho más reciente con materiales acumulados por el mar.

Seguramente, el actual río Misisipi fluiría por el centro del antiguo valle y desembocaría cerca de las

islas de Martinica y Barbados. En aquel valle se aposentarían los sobrevivientes de la sumergida Atlántida, pues las características de los indígenas de algunas islas de las Indias occidentales, como las dos citadas, denotan su íntimo contacto con los habitantes de la Atlántida.

El tiempo fué alterando las condiciones de este valle hasta variar el curso del Misisipi y situarlo por debajo del nivel del mar cuyas aguas lo convirtieron en golfo, al paso que se hundía la cordillera oriental que lo separaba del océano Atlántico.

Los descendientes de Lemuria y Atlántida que habitaban en aquel pacífico valle emigraron a las montañas del Este y el Oeste. Los que emigraron a las montañas orientales, que hoy se extienden bajo la Florida, emigraron de nuevo y algunos se dirigieron por el Sur a los picos montañosos que hoy forman las islas de las Indias occidentales, mientras que otros marcharon a occidente y en las tierras altas que les fueron accesibles levantaron sus casas y sus templos más firmes que nunca, porque creían en la permanencia del lugar en que se aposentaron. Así vemos en Yucatán, Guatemala, Honduras, Salvador y algunas partes de México, los admirables templos atribuídos a los mayas, cuya construcción reconocen los arqueólogos muy anterior a la de los templos egipcios.

La historia de los mayas es demasiado extensa para resumirla en pocas páginas y acaso algún día aparezca en otro volumen la maravillosa civilización de los mayas.

Otra notable mudanza en Norteamérica es la gradual evaporación del mar interior que un tiempo ocupaba

toda el área central de los Estados Unidos. Los grandes lagos, el valle del Misisipi y el desierto comprendido entre este río y las montañas Rocosas, son efecto del pausado y gradual, pero formidable levantamiento del fondo de aquel mediterráneo.

Más sorprendente todavía es otra mudanza en la topografía de Norteamérica. Yendo hacia el Norte, encontramos pruebas de que un tiempo estuvieron unidas Alaska y Siberia y las separó el empuje de los hielos al terminar el período glacial. Más al norte, tenemos prueba de que en otro tiempo fué el Canadá una alta meseta que se extendía mucho más allá del grado 70 de latitud, hasta unirse con Groenlandia y formar con el actual archipiélago ártico una misma tierra que llegaba cerca del Polo.

En el mundo antiguo observamos análogos ejemplos de mudanza, como la separación entre África y Asia por Arabia. El actual mar de la China y el golfo de Siam fueron un fertilísimo valle rodeado en la parte oriental por montañas cuyas cumbres constituyen hoy día la isla de Formosa, las Filipinas, las de Borneo, Sumatra y la península de Malaca.

Pero no tratamos del mundo antiguo y sus mudanzas geológicas, más recientes que las del llamado Nuevo Mundo y más rápidas hoy que las del continente americano.

El océano Pacífico es hoy una área de continuos cambios que ocurren al parecer periódicamente en zonas. Las observaciones que hice durante algunos años me movieron a creer firmemente que las zonas de mudanza se extienden paralelas a los grados de longitud y

perpendiculares al ecuador. En cada zona ocurren ciertas alteraciones que se completan en la zona inmediata occidental y así van sucediéndose de zona en zona. Los geólogos de varias escuelas de investigación están estudiando teóricamente el período que en cada zona tardan en efectuarse las mudanzas, a fin de cotejarlos con los periódicos cambios descubiertos en la superficie terrestre. Si la teoría se confirma y aumentan las pruebas tan convincentes como las ya admitidas en estos últimos años, seguramente hallaremos que parte del océano Pacífico está sufriendo una mudanza que gradualmente se va extendiendo a través de Asia y Australia y eventualmente afectará a Europa y África.

Los recientes terremotos cerca de las costas de Asia y Australia indican que la zona de alteración se va aproximando a estos dos continentes y si repasamos la historia de los cambios ocurridos en el Pacífico, veremos que en estos últimos siglos han ocurrido diversos cambios en la zona que abarca el archipiélago filipino. Es probable que haya habido de veinte a treinta alteraciones en el Pacífico o sea que de veinte a treinta veces se han movido las zonas de alteración de oriente a occidente a través de toda la superficie del globo.

Las alteraciones van acompañadas de terremotos, tempestades horribles, ciclones violentísimos, oleadas y profundos cambios de temperatura. Parece que simultáneo con la variación de las zonas de mudanza se observa un movimiento de la corteza terrestre y así se explica que el continente americano se alejara de Europa una vez separado por las aguas y que los conti-

nentes se muevan y unos se levanten mientras que otros se hunden.

Si tenemos en cuenta que más de la mitad de Norteamérica estuvo un tiempo en el fondo del mar y otras partes sobre las aguas y que lo que estaba en la superficie está ahora en el fondo y lo del fondo emergió a la superficie, nos convenceremos de cuán maravillosamente se va transformando la configuración de la superficie terrestre. Los graduales cambios de clima, que suelen achacarse a las mareas, terremotos y corrientes oceánicas, son simplemente otra manifestación de las antedichas zonas de cambio. Las alteraciones climatológicas preceden unas veces y otras siguen a las demás mudanzas. Así en nuestra misma época ha variado notablemente el clima de los Estados norteamericanos del nordeste de la república, en los que soplaban vientos frigidísimos a principios de otoño y caían nevadas antes de Navidad, mientras que hoy, en el Estado de Nueva York, tomado por ejemplo, son raras las nevadas al comienzo de la primavera y nunca antes de febrero o marzo. Si tan notable cambio se ha podido observar durante la vida de una sola generación, cabe suponer el ocurrido para que los Estados norteamericanos del Este, un tiempo cubiertos de nieve y hielo todo el año, gocen hoy de clima benigno en primavera y otoño, caluroso en verano y frío en invierno, cual corresponde a los países de las zonas templadas. También hoy día está cambiando el clima a lo largo de la costa del Pacífico, sobre todo mejorando el del Norte y centro de California.

Los efectos de las zonas han determinado notables

alteraciones geográficas, de las que derivó el deslinde de las expresiones geográficas y así las Islas Británicas deben su potente y espléndido aislamiento a profundos cambios operados en la corteza terrestre durante ya lejanos siglos. De análogas alteraciones resultaron los pintorescos efectos topográficos de las magníficas cataratas del Niágara y otras no menos soberbias del África Meridional. La isla de Manhattan, en Nueva York, es otro ejemplo de cómo la Naturaleza puede contribuir a la fortuna del hombre, porque en otro tiempo dicha isla estaba unida a tierra firme y llegó la hora en que se escindió la tierra como si la hubieran cortado con un cuchillo gigantesco, colocando un río entre la tierra firme y el trozo escindido. Los tajantes que a manera de empalizadas bordean el río Hudson debieran convencer al observador de que algún terremoto o erupción volcánica rajó casi en línea recta la compacta roca y el trozo desprendido fue a caer en el mar formando una península flotante en el océano a nivel inferior al de la tierra firme. La península rompió por fin su enlace y se convirtió en la isla más valiosa del mundo.

El gran Lago Salado de Utah es el residuo de un dilatado mediterráneo que se extendía en una área de muchos centenares de kilómetros cuadrados y llenaba el valle comprendido entre las Rocosas y Sierra Nevada. La gradual evaporación de las aguas, cada vez más concentradas, han dado al lago remanente su actual salobridad. Las marcas dejadas por el agua en las rocas costeras del lago indican evidentemente el nivel que alcanzó aquel mar interior y lo que fue descendiendo en el transcurso de los siglos.

Las alteraciones que hemos enumerado son una corta porción de las que podríamos citar y no tan sorprendentes como la ocurrida en la costa norteamericana del Pacífico, que nos capacita para comprender mucho de lo referente a la desaparición del continente lemuriano y la emigración de sus habitantes.

Para la mejor inteligencia de tan importante cambio, conviene estudiar los mapas e ilustraciones intercalados en el texto, que darán idea exacta de los resultantes efectos.

Ante todo debemos tener en cuenta que la costa estadounidense del Pacífico, tal como ahora existe, revela la soldadura de dos continentes. Geólogos, naturalistas y etnólogos se han encontrado frente a los numerosos misterios de la costa del Pacífico, que desde Vancouver a la Baja California ofrece distintivas e invariables diferencias de suelo, flora, gea y paleontología, respecto del centro occidental del continente; es decir, que el terreno comprendido entre la base *oriental* de Sierra Nevada y la línea costera del Pacífico es completamente distinto en todos sus aspectos del que se extiende hacia Occidente desde las vertientes orientales de Sierra Nevada y de la cordillera de la Cascada. En la faja de tierra costanera que mide de 500 a 800 kilómetros de ancho y algunos millares de kilómetros de largo, encontramos un suelo y unos restos humanos denotadores de la más antigua superficie terrestre encontrada por la científica investigación. Allí subsisten todavía los más antiguos seres vivientes conocidos por el hombre, como el pino gigante de California, que cuenta tres mil años de existencia. Hay además restos

de otros árboles que vivieron muchos millares de años antes y sus fósiles se han combinado en gran parte con el terreno, de suerte que le dan pasmosa feracidad, hasta el punto de que cualquier planta exótica se aclimata allí y medra exuberantemente. Desde las vertientes orientales de Sierra Nevada y la Cascada hacia Occidente, hasta las Rocosas, el suelo y sus productos son de todo punto diferentes. El detenido y prolongado estudio de los naturales productos del suelo, de la industria del hombre y de los fósiles demuestra concluyentemente que el anchuroso valle comprendido entre Sierra Nevada y la Cascada por un lado y las Rocosas por otro, fue en pasados siglos un mar interior costeado por dichas cordilleras. En otros términos: si imaginamos que el golfo de California, que ahora separa la Baja California de México, continuaba hacia el norte a través del valle del río Colorado, para entrar en el distrito del Lago Salado y de allí pasar por los Estados de Idaho, Wáshington y Montana hasta el Canadá, tendremos completamente separada la parte Pacífica del continente desde el centro occidental, según muestra el mapa. Probablemente hubo en tiempos pasados muchas islas en esta masa de agua, pero ya hace millares de años que este dilatado mar separó las montañas Rocosas de las cordilleras de la costa norteamericana del Pacífico. Estas cordilleras de la costa, la Sierra Nevada, la Cascada y los actuales valles de California, Oregón y Wáshington formaron parte del continente de Lemuria que existió en el Pacífico al Oeste del primitivo continente norteamericano.

Para comprender lo ocurrido se ha de recordar que no todos los continentes e islas de tiempos pasados se sumergieron completamente, pues en algunos fue parcial el hundimiento y dejaron por de pronto grandes islas que posteriormente se hundieron o que sirvieron de elementos constitutivos de nuevas alteraciones de la superficie terrestre. En algunos casos, las islas se inclinaron hacia abajo por un lado mientras que se levantaban sobre la superficie del mar por el otro extremo, igual que cuando se oprime hacia abajo el extremo de un largo trozo de madera flotante, que al propio tiempo se levanta por el otro extremo. Esta propensión a levantarse un extremo de la isla y sumergirse el opuesto es mayor cuando la favorecen terremotos y erupciones volcánicas.

La exploración submarina, acompañada del estudio de los mapas antiguos, ha comprobado la existencia en el fondo del mar, de islas que un tiempo estuvieron en la superficie, al paso que el estudio de la flora y gea de otras islas denota que un tiempo estuvieron sumergidas en el mar y que no hace muchos siglos se levantaron de su cuna submarina.

De las investigaciones realizadas acerca de la naturaleza del Pacífico y de la flora de sus islas y de su fondo se infiere que el continente lemuriano era probablemente tanto o más extenso que la actual América del Norte. Abarcaba desde los 0° de latitud Sur a los 40° ó 50° de latitud Norte y desde las cercanías de Norteamérica a la proximidad de África. Las islas de Nueva Zelandia y la multitud de islas del Pacífico son mesetas

o cumbres de las cordilleras del sumergido continente.

Hay vehementes indicios de que la costa oriental de Lemuria estaba bastante cerca de Norteamérica para permitir que mucho antes del hundimiento pasaran allá lemures emigrantes. Cuando se sumergió Lemuria, su extremo oriental, que era muy montañoso y de mucha altitud, quedó flotante y las alteraciones ocurridas durante el cataclismo, movieron hacia occidente la tierra de Norteamérica hasta unirse con el montañoso extremo oriental de Lemuria que no se había sumergido. De esta suerte se convirtió el mar interior en el valle que se extiende desde las Rocosas hasta Nevada y la Cascada, dejando por residuo testifical el Lago Salado.

Conviene advertir que los continentes que hoy vemos separados por el mar en la superficie terrestre, están unidos en el fondo de las aguas. El estudio de la flora submarina demuestra que el actual golfo de México es un profundo valle anegado por las aguas del Atlántico y que América del Norte está unida submarinamente a la del Sur por tierra mucho más extensa que la abarcada por el istmo de Panamá abierto hoy en canal.

Las aguas que fluyen por las vertientes de las montañas corroen el suelo en sus esfuerzos por encontrar su nivel, pero no forman un río hasta que hallan un valle o una pendiente por donde abrir su cauce. En algunos casos, los terremotos o las conmociones geológicas han abierto en las montañas un paso llamado cañón, por el que fluye un río, como de ello nos da ejemplo el cañón del Colorado, vivo testimonio de los cataclíticos cambios

ocurridos cuando el hundimiento de Lemuria provocó la desecación del mar interior de Norteamérica y el levantamiento del valle actual.

El examen de los mapas intercalados en el texto demostrarán que la costa occidental de los Estados Unidos es un remanente de la sumergida Lemuria y que allí están los restos de los primitivos seres vivientes, el más antiguo suelo cultivado y las más numerosas reliquias de la raza humana que alcanzó muy alto grado de cultura y civilización. Por lo tanto, interesante será examinar alguno de estos remanentes descubiertos en California y otras comarcas del Oeste norteamericano y ver las concluyentes pruebas que nos reservó la Naturaleza.

Capítulo III

LAS MISTERIOSAS FUERZAS DEL UNIVERSO

A fin de comprender algunas de las profundas alteraciones de la superficie de la tierra en pretéritas edades, me parece oportuno describir lo que ocurrió en los pasados doscientos mil años y sin citar autores a quienes me referiré en otra parte del libro, baste decir que cuando la arqueología y la geología no den pruebas de algún hecho, las encontraremos concluyentes en antiguas escrituras, inscripciones y esculturas.

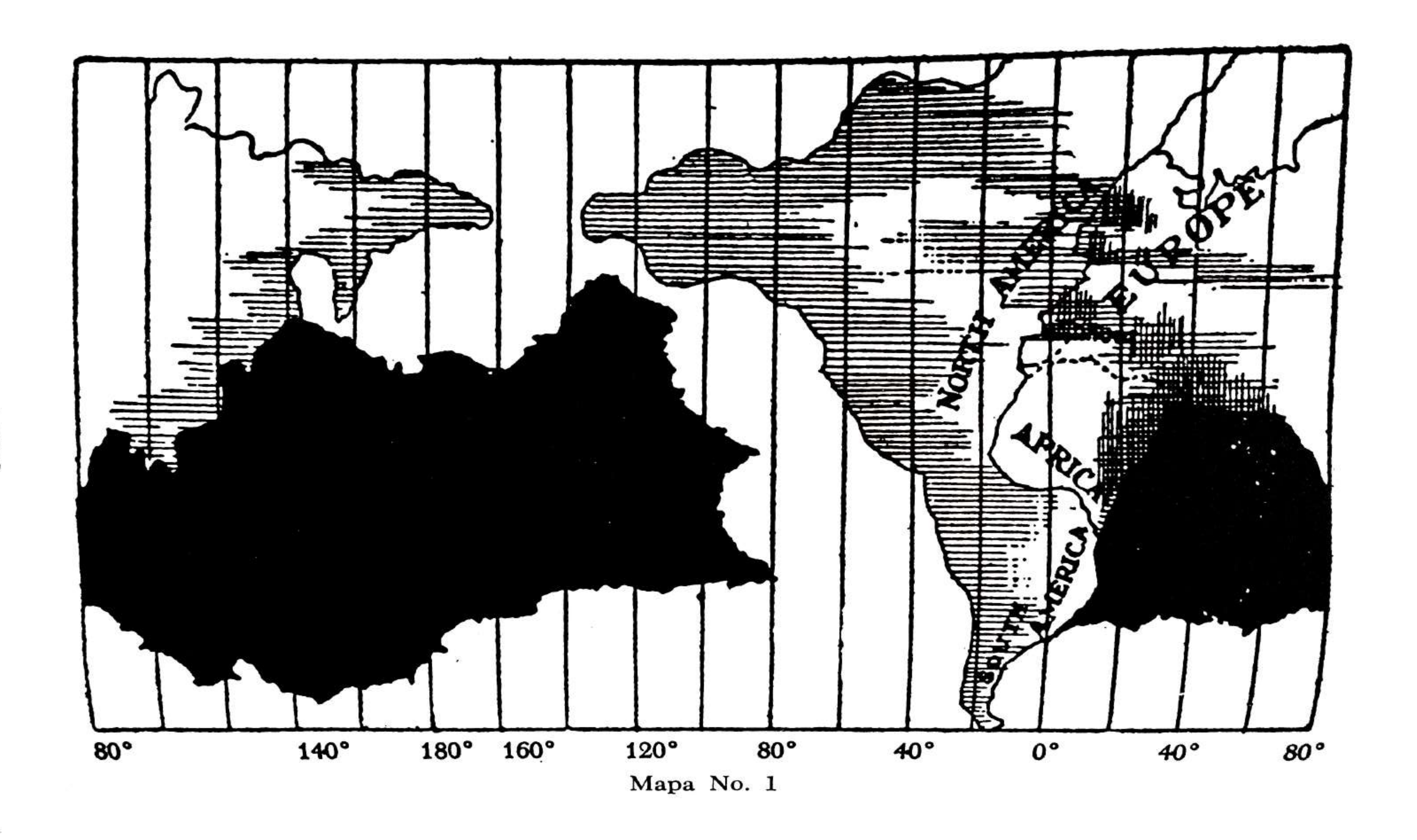
Comenzando por el primer período que conocemos definidamente, resulta que doscientos mil años atrás, la configuración de la superficie de la tierra era muy semejante a la trazada en el mapa número 1. Las dos porciones negras señaladas en este mapa constituyen un solo continente que se extiende desde el grado 20 de longitud Este al 80 de longitud Oeste y ocupa una gran área del actual océano Pacífico traslapándose sobre Asia y África. Este continente era entonces la única tierra con bastante altitud para tener considerable grado de vegetación. Las porciones sombreadas del mapa representan el antiguo continente americano y los actuales continentes de Asia y África, a la sazón inhabitables porque

o no estaban todavía emergidos del todo o eran tierras pantanosas que conocían los habitantes de Lemuria.

Hace unos ciento cincuenta mil años estas medio sumergidas tierras estaban representadas en mapas de los que es una copia el que acompaña al texto; pero durante muchos miles de años, estas tierras se consideraron inútiles e inhabitables por lo pantanosas y desiertas. Partes de estas tierras debieron tener mayor altitud que otras y de algunos indicios se infiere que las porciones más sombreadas en el mapa eran tierras altas, pero de todavía poco valor.

En el continente señalado de negro en el mapa, dio principio la humana civilización y probablemente también empezaron a vivir los animales terrestres. Este antiguo continente, llamado hoy Lemuria, pero que tuvo otros nombres durante su existencia, fue la cuna de la humanidad y el original *Jardín del Edén,* si consideramos la tradicional historia de la creación del hombre como símbolo de hechos positivos. En todas las leyendas antiguas y en las tradiciones de todos los pueblos se encuentra, en variedad de forma, el relato de la creación del hombre en un Edén y como muchos otros relatos bíblicos es símbolo de verdades transmitidas de generación en generación.

Durante más de cien mil años, la cuna de la civilización en el antiguo continente de Lemuria meció a nuevas tribus descendientes del hombre primitivo y cabe decir de paso, que según los primitivos indicios, el hombre fué creado en coincidencia con otros seres vivientes, por lo que *no* desciende del reino animal, sino



Mapa No. 1

siempre de una forma humana y con dominio sobre los demás seres vivientes. Así el relato bíblico, que compendia las antiguas tradiciones de la historia del hombre, resulta exacto al indicar que Dios creó al hombre inmediatamente después de haber creado a los demás seres vivientes a quienes había de dominar.

Hace cosa de cien mil años comenzó a alterarse profundamente la configuración de la superficie terrestre y ocurrieron conmociones debajo de la superficie de la tierra y de las aguas. No trataré de los volcanes y fenómenos sísmicos que alteraron la superficie terrestre, porque la arqueología y la geología abundan en descripciones acerca de las causas y naturaleza de semejantes alteraciones. Baste decir que parece que fueron cíclicas y se sucedieron onduladamente de oriente a occidente, como ondas magnéticas, cada una de las cuales abarcaba una estrecha faja de la superficie terrestre, semejantes a las fajas de longitud señaladas en el mapa, y su anchura era de cuarenta a ochenta grados. Sus efectos eran magnéticos según denotan las huellas que dejaron en la constitución del suelo, pues las materias más duras quedaron derretidas por la acción de un calor que había de ser de naturaleza eléctrica o magnética. Algunas de estas alteraciones ocurrieron simultáneamente en dos puntos opuestos de la superficie de la tierra, pero lo general fue que se sucedieran escalonadamente de Este a Oeste.

Por lo tanto, nuestros continentes han llegado a ser tal como hoy los vemos, después de muchas mudanzas y todavía están experimentando otras de crecimiento y

cambio. Las líneas costeras de todos los continentes varían de siglo en siglo y nuevas islas emergen ye se sumergen en varias partes del mundo. Montañas hay que han alterado su altura; valles que se han levantado o hundido; mares que aparecen y desaparecen, y aun las mismas condiciones climatológicas, han cambiado en el mundo occidental así como también en el oriental.

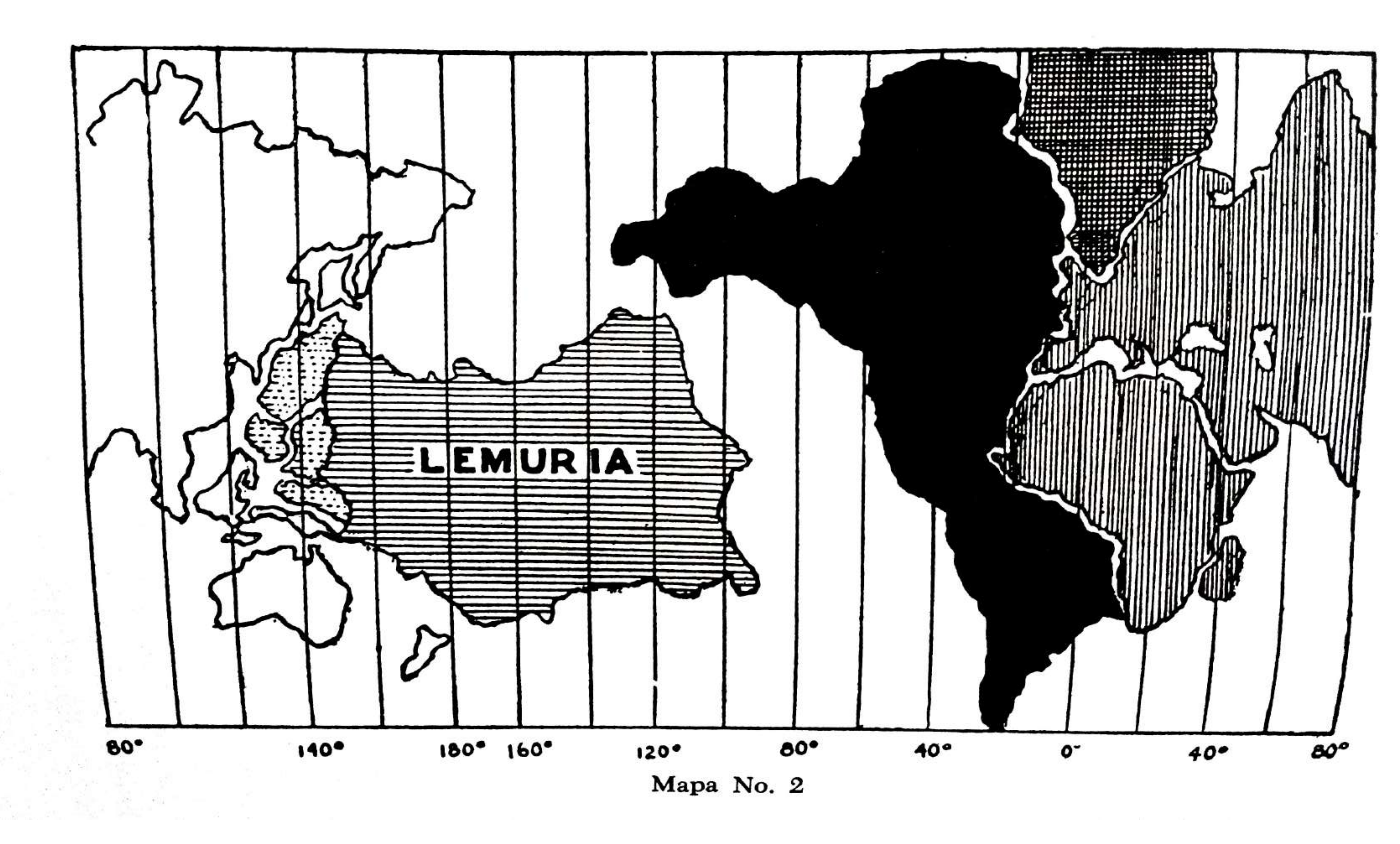
Es interesante notar que en el proceso de desarrollo y crecimiento de las tierras continentales, todas comenzaron por ser pantanosas y o bien se levantaron después en algunos puntos o las dejaron altas las aguas al retirarse gradualmente o las levantaron repentinas explosiones; pero en general todos los continentes eran llanos en un principio, sin que hubiese altas montañas que emergieron muy posteriormente.

Hace cien mil años, cuando el continente europeo y tierras continentales adyacentes, comenzaron a elevarse de nivel y a secarse había alturas como colinas, pero no montañas. Así Lemuria, el continente más antiguo y a la sazón densamente poblado y cubierto su suelo de exuberante vegetación, tenía pocas colinas y absolutamente carecía de montañas.

Hace unos ochenta y dos mil años comenzó a moverse en circuito de oriente a occidente la primera serie de ondas magnéticas de que se tiene definida noticia, pues de las anteriores que circularon durante centenares de miles de años no hay concreto recuerdo; pero las que comenzaron hace ochenta y dos mil años afectaron de tal modo a la civilización y alteraron tan notablemente las tierras, que sus habitantes dejaron consignadas las

alteraciones. Sabemos que el primero y más importante cambio ocurrido fué el señalado en el mapa número 2. Comenzando en los 140° de longitud oriental, la parte del continente de Lemuria conectada con Asia y África, empezó a hundirse lentamente hasta quebrarse en islas pantanosas y otras partes se sumergieron dejando mucho más pequeño el continente de Lemuria, localizado enteramente en el Pacífico, en contacto con algunas de las actuales islas vecinas de la costa de Asia. Según iban pasando hacia el Este las ondas magnéticas y los cambios graduales, el continente europeo se iba levantando de nivel y se desecaban sus pantanos, convirtiéndose en un vasto desierto con algunos mares interiores, según muestra el mapa. Se formaron ríos en las tierras bajas y según prosiguieron las ondas hacia el Este, se formaron ríos caudalosos que dividieron en tierras continentales algunas partes de Europa, según muestra el sombreado del mapa número 2. La gran porción negra que forma todo un continente de Norte a Sur y abarca desde los 20° de longitud oriental hasta los 130° de longitud occidental es la tierra destinada a ser América, que se levantó a muy alto nivel y se cubrió rápidamente de lozana vegetación, mientras que el resto de Europa, con toda el África, permanecían desiertas y gran parte de Asia pantanosa.

Entonces empezaron a colonizar los lemures, pues las noticias que dejaron nos dicen que hace ochenta mil años peregrinaron a otras tierras enviando en cada peregrinación suficiente número de gente para establecer una colonia o fundar un poblado. La primera emigra-



Mapa No. 2

ción se dirigió al Asia, pero muchas otras tuvieron por destino las tierras orientales y occidentales.

Hace unos setenta y cinco mil años, el continente señalado de negro en el mapa número 2 comenzó a moverse a la deriva y separarse del resto de Europa y África. A quienes se extrañan de que un continente pueda moverse a la deriva, les diré que de ello nos dan suficientes pruebas la arqueología y la geología, pues no toda la tierra superficial está unida al fondo submarino o cuerpo del planeta; y aun los continentes unidos a este cuerpo, pueden moverse impelidos por terremotos y otros cataclismos. Del estudio de la configuración global de la tierra, se infiere que debe de haber en su interior grandes espacios llenos de gases muy calientes, pues en algunos de los cataclismos ocurridos, quedó tragada la tierra superficial por dichos espacios lo mismo que la hundida en el mar, ya que no todos los continentes e islas sumergidas se manifiestan a la exploración submarina. Según expongo más adelante, el hundimiento de alguno de estos continentes determinó un descenso de nivel de las aguas del océano. El hundimiento de un continente en el fondo del mar no hubiera producido tal descenso, sino tan sólo un desplazamiento de las aguas; pero algunos continentes e islas se sumergieron en las entrañas del planeta sin desplazamiento de las aguas.

Impelido por las ondas magnéticas y los terremotos que se sucedían en dirección oriental, el futuro continente americano se movió gradualmente hacia el Oeste y separóse por completo de Europa, África y Groenlan-

dia, al propio tiempo que dejaba una sola costa para Europa y África. Los geógrafos han observado durante muchos años que la costa oriental del continente americano es muy parecida a las costas occidentales de Groenlandia, Europa y África, de suerte que ambas tierras continentales podrían juntarse como las piezas de un cuadro disyuntor, prescindiendo de los continuos cambios de las líneas costaneras. Al mismo tiempo que ocurrían las citadas alteraciones, se iban levantando las montañas en forma de colinas y los lemures proseguían colonizando otras tierras.

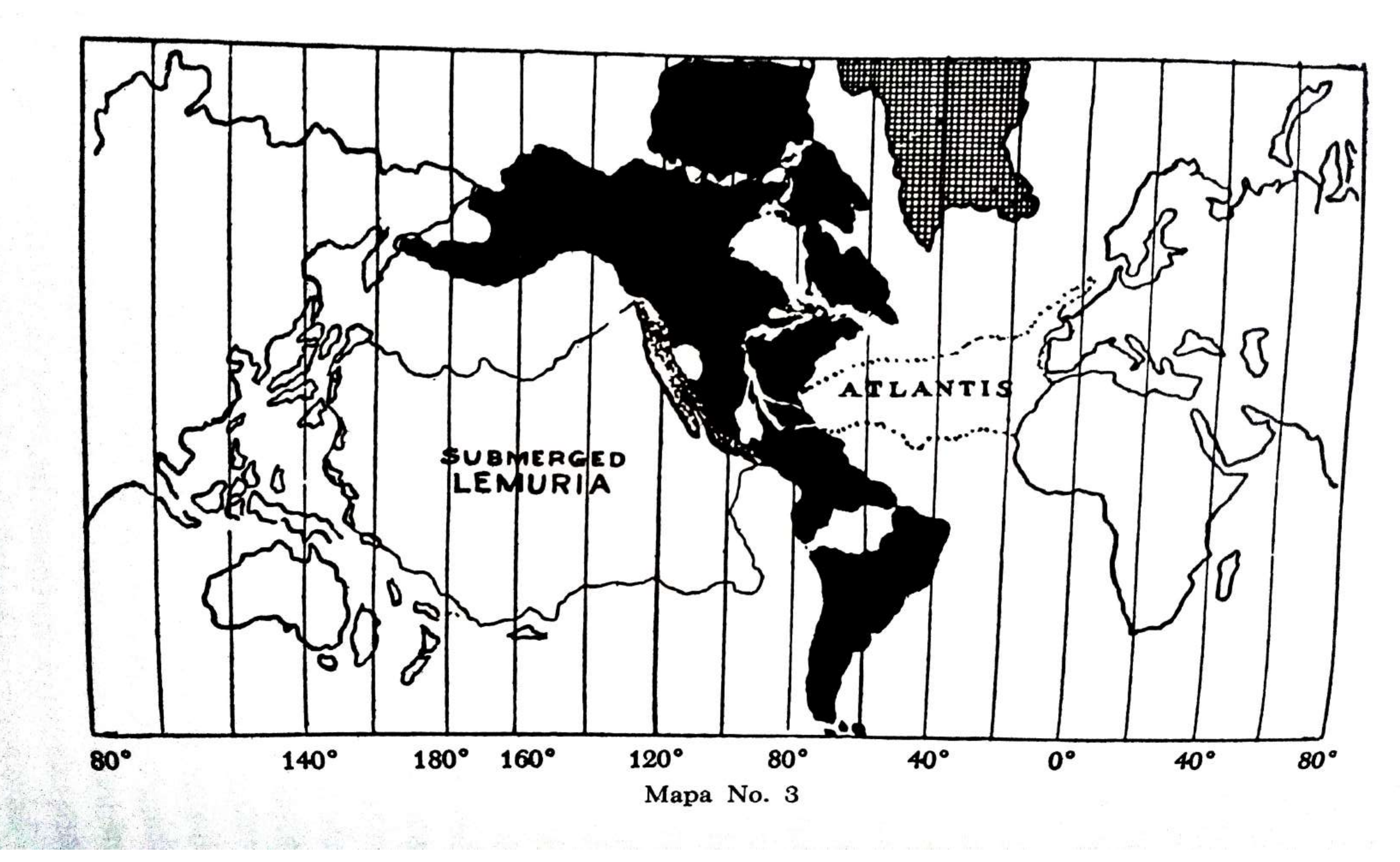
Hace cincuenta mil años ocurrieron otros cambios notables que dejaron la superficie terrestre muy semejante a como la muestra el mapa número 3. El continente norteamericano se había movido hacia el Oeste hasta alcanzar la costa oriental de Lemuria y la tierra llamada hoy Alaska en los límites de Asia. Al propio tiempo, un nuevo continente se iba levantando en el Atlántico con tierras pantanosas, uniendo con Norteamérica las costas de Europa y África. Conviene advertir que no hubo necesidad de tremendos cataclismos para que ocurrieran importantes alteraciones en los continentes e islas. Recientes sondeos submarinos han demostrado que si se elevara de un kilómetro el nivel de toda la superficie terrestre, los continentes quedarían unidos entre sí, facilitando la intercomunicación terrestre, de lo que resultaría un enorme cambio de las condiciones de la economía mundial. Podemos decir, de paso, que un cataclismo que elevara o bajara de un kilómetro el nivel de toda la superficie terrestre sería de poca monta en comparación de los ocurridos en el pasado.

Por lo tanto, no debe sorprendernos la emergencia de este nuevo continente hace cincuenta mil años. No es posible determinar, pues poco queda ya de él, si existía en el fondo del mar cuando el continente americano se movía hacia occidente o si surgió de las entrañas del planeta.

Simultáneamente con la emergencia de la Atlántida, se elevó el suelo del continente americano y aparecieron las montañas que rodearon profundos mares y lagos en los que fueron a desembocar los ríos. Del examen del mapa número 3 se infiere que la bahía de Hudson fue un extenso mar conectado con el río San Lorenzo y los lagos y que el valle del Misisipi estaba regado por un caudaloso río en relación con un mar interior o lago en el valle del Colorado y que entre la Sierra Nevada y las montañas Rocosas se extendía otro mediterráneo por lo que hoy es el Estado de Utah. Otro mar se formó en la América del Sur en el valle del Amazonas. Los escritos de aquella época nos dicen que los barcos procedentes de Lemuria y del Oeste navegaban por este mar y salían del Atlántico, determinando el camino de las emigraciones y comunicaciones de Occidente a Oriente, pues la parte inferior de la América del Sur era entonces un separado continente, según aparece en el mapa.

Groenlandia quedó detenida a mitad de camino en su marcha hacia el Oeste y permaneció fija en donde ahora está, aunque la parte septentrional de Norteamérica no estaba fraccionada en islas, sino que formaba varias tierras continentales.

La costa occidental de Norteamérica merece mayor



Mapa No. 3

consideración. Al moverse Norteamérica hacia Occidente, se unió con la escarpada costa oriental de Lemuria, que no se sumergió al hundirse más tarde el continente y constituye hoy día la costa del Pacífico de Norteamérica, incluyendo los Estados de Wáshington, Oregón, California y parte de Nevada. También se incluyen Baja California y parte de Arizona y México.

La costa occidental de Lemuria, vecina de Asia, empezó a hundirse y resquebrajarse en islas, determinando la separación de la tierra continental de Australia e islas adyacentes por el Norte y el Sur. En Europa se iban levantando las cordilleras y en Lemuria había alcanzado la civilización muy alto nivel y las gentes un dominio que hoy no es posible comprender, pues la cultura lemuriana tenía a la sazón ciento cincuenta mil años de desenvolvimiento, mientras que la nuestra es aún muy niña comparada con aquélla.

Hace aproximadamente unos veinticinco mil años, ocurrieron otras importantes mudanzas en la superficie terrestre. Acabó de emerger el continente atlante y se levantaron montañas en su suelo, especialmente en la parte oriental, mientras que también surgían en Europa las montañas de España y Francia.

La línea costera de Europa y África se iba alterando paulatinamente por la desaparición de las islas y la desecación de las marismas, hasta separar de Europa y África el continente atlante.

También se modificaba el americano, porque surgían montañas en el Sur; en el Norte las Rocosas, que reducían el área de los mares y estrechaban el cauce de los

ríos y en el Sur quedaba el mar interior convertido en el río Amazonas. Al separarse de Norteamérica la costa occidental de Atlántida, se formaron varias islas y quedaron afectadas las tierras continentales del estrecho de Behring y del norte de Canadá.

La parte occidental de Lemuria prosiguió hundiéndose, de suerte que los habitantes emigraron al Asia, Australia y las islas del Pacífico o a la parte oriental del continente unida a las costas occidentales del norteamericano.

La Atlántida estaba ya poblada con inmigrantes de Lemuria que habían atravesado el continente americano, también poblado en parte por tribus descendientes de los primitivos inmigrantes de Lemuria.

Hace unos dieciocho mil años, la Atlántida había llegado al pináculo de su civilización. La parte oriental del continente tenía altísimas montañas y en la parte occidental también había ingentes cordilleras y poblaciones cultas.

Algunos núcleos lemures habían inmigrado a África, estableciéndose a lo largo de la costa del mar Rojo y de las orillas del Nilo, que era muy ancho y alimentaba varios lagos, de suerte que bañaba un territorio muy feraz y a propósito para la civilización. Tal fue el origen de la cultura egipcia.

Hace unos quince mil años, otro gran cataclismo modificó notablemente la parte meridional de Norteamérica. Los inmigrantes lemures se habían asentado en las márgenes de los ríos y lagos del país que hoy ocupan Texas, parte de México y Yucatán. Era muy natural que

aquellos colonizadores prefirieran establecerse en terrenos abundantes en aguas y vegetación, con montañas cuyas laderas vertiesen las aguas pluviales y les proporcionasen piedras a propósito para construir viviendas o pudiesen excavar grutas habitables.

El gran cataclismo de hace quince mil años sobrevino repentinamente en el continente atlante cuya parte occidental emergió y al propio tiempo hundióse el gran valle del norte de México, bañado por el caudaloso Misisipi, destruyendo casi toda la civilización centralizada en aquella parte de Norteamérica por los mayas, nombre dado a todos los lemures y a algunos atlantes que se habían establecido en aquel valle y edificado grandes templos y ciudades. De aquella sumersión resultó el actual golfo de México. La península de Florida no existía entonces; pero unas cuantas cumbres montañosas emergían en aquel lugar y las islas de Cuba, Puerto Rico y otras Antillas quedaron como restos de las sumergidas tierras. Las noveles montañas de Norteamérica que llegaban hasta la América del Sur, formaron el istmo de Panamá, y la parte alta del valle se convirtió en el actual Yucatán, al paso que la tierra emergida que provocó la desaparición del mar interior, fue parte de los actuales Estados de Texas, Arizona y territorio circundante.

La civilización atlante estaba entonces en todo su esplendor y según las crónicas, la reina Moo gobernaba a la población superviviente que se había unido a los habitantes de Yucatán.

Hace unos doce mil años, un repentino cataclismo,

más o menos inesperado, hundió toda la Atlántida en poco menos de doce años, dejando tan sólo sobre las aguas las más altas cumbres de la parte oriental, que ahora son las islas Azores, Canarias, Madera y Cabo Verde.

También ocurrieron en Europa notables alteraciones, tal como la destrucción de la antigua cultura ateniense.

El continente de Lemuria había ya desaparecido por completo, excepto la escarpada costa oriental que se había unido con la occidental de Norteamérica. El mar interior que existía entre las Rocosas y Sierra Nevada, en la cuenca de Nevada, se fue desecando lentamente hasta dejar por residuo el gran lago Salado de Utah, que también se va desecando. Dentro de cincuenta mil años, los geólogos dudarán de si en nuestra época pudo existir un gran lago de aguas saladas en el centro de Utah, así como los actuales geólogos dudan de la veracidad de los informes referentes a los mares interiores que hubo en los continentes de hoy día y a la desaparición de antiguos continentes.

También había un pequeño mar interior entre las montañas de la costa y la cordillera de Sierra Nevada por la parte de California, en el actual valle de Santa Clara y parte de la bahía de San Francisco. Otro pequeño mar interior existía en la región de Puget Sound, que era el extremo septentrional de Lemuria. En el actual valle de Santa Clara, conocido de los geólogos por la antigüedad de su suelo y por los admirables restos de pretéritas civilizaciones, se han encontrado conchas fósiles en parajes de mucha altitud.

Lemuria se había hundido destrozada y su espléndida civilización quedó perdida, excepto en lo concerniente a las colonias que establecieron los lemures en otros países. Al hundirse Lemuria, las aguas del Pacífico retrocedieron de las costas continentales, cuyas líneas se alteraron, dejando al descubierto varias islas hasta entonces desconocidas.

Cuando se hundió la Atlántida, las aguas llenaron inmediatamente el gran hueco dejado por el hundimiento y alteraron la línea de la costa oriental de Norteamérica, formándose algunas islas y separándose varios trozos de la costa, como la isla de Manhattan, con el río Hudson y Long Island. Las aguas del río San Lorenzo, de los grandes lagos y de la bahía de Hudson fueron atraídas al Atlántico, de modo que disminuyeron el caudal de los ríos, lagos y bahías.

Conviene advertir que no tratamos de los muchos cambios ocurridos en el resto del mundo, sino tan sólo de los resultantes del hundimiento de Lemuria hace aproximadamente doce mil años.

¿Qué se hizo de sus habitantes? ¿Qué razas humanas descendieron de aquella primitiva raza humana? ¿Qué nivel de cultura alcanzó? ¿Qué realizó durante los millares de años de desenvolvimiento y progreso? ¿Viven todavía algunos descendientes diversos de los lemures? ¿Qué misterio encierran California y la costa norteamericana del Pacífico? Tales son los temas que hoy interesan a los pensadores, a los que procuraré responder en las siguientes páginas.

CAPÍTULO IV

LEMURIA Y SUS POBLADORES

Desde luego que las primeras preguntas que se les ocurren a cuantos oyen hablar del desaparecido continente de Lemuria son las relativas a cómo era aquella tierra y de qué modo vivían sus habitantes y en qué se ocupaban. Los aficionados a la paleografía preguntan también si en efecto alcanzaron los lemures el grado de cultura mental y psíquica que se les atribuye.

En cuanto a la índole del país nos ofrecen pruebas concluyentes las excavaciones arqueológicas, e irrecusables testimonios los restos del continente, que en general no era tan montañoso como la parte occidental de los Estados Unidos, si exceptuamos la costa oriental lemuriana que forma hoy parte del Estado de California.

La parte central de Lemuria era más o menos llana, con eventuales montañas de 600 a 1.000 metros de altura, de origen indudablemente volcánico, de suerte que de cuando en cuando todo el continente se estremecía al impulso de los muchos volcanes que lo salpicaban. En el extremo occidental había algunas cordilleras cuyas cumbres constituyen hoy las islas vecinas de Asia.

La vegetación de Lemuria era ciertamente de naturaleza tropical. Considerado el continente desde nuestro presente punto de vista, diríamos que la mayor

parte estaba comprendido entre los trópicos; pero considerado desde el punto de vista de su positiva existencia, cabe afirmar que todo él estaba dentro de un cinturón tórrido.

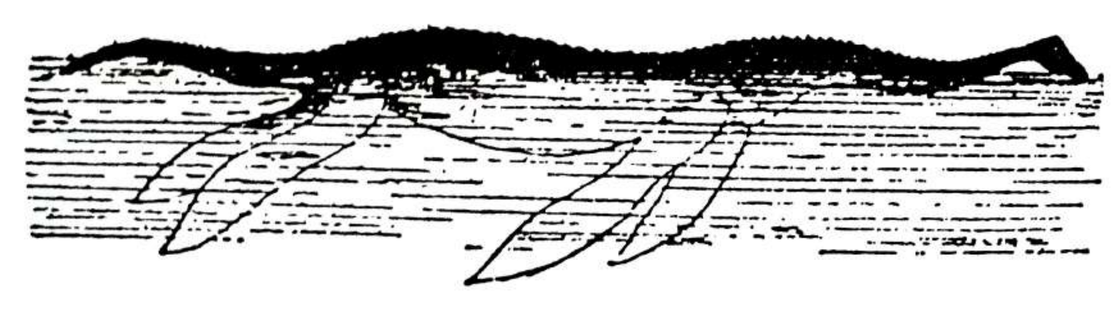
Quienes han estudiado las zonas terrestres saben que en los trópicos adquieren los vegetales considerable altura y los animales gran tamaño. Los fósiles descubiertos en varias islas del Pacífico demuestran que los menudos insectos de hoy día eran muy corpulentos en Lemuria. Las hormigas tenían al menos cinco centímetros de largo y las cucarachas de diez a quince, con alas que les permitían volar gran trecho. Los demás animales tenían un tamaño en proporción a los mencionados y el mayor de todos era el dinosaurio, que media por lo menos treinta metros de largo y devoraba hombres, animales y vegetales, aunque afortunadamente daba aviso de su presencia por un peculiar gruñido gutural o por el crujido de las crecidas plantas a cuyo través se abría paso en busca de carne viva. Los lemures andaban siempre temerosos del terrible animal.

Las aves eran muy prolíficas, de numerosas especies y variedades. Las más prestigiosas autoridades en ornitología opinan que las águilas, particularmente la calva del oeste de Norteamérica, descienden de una de las enormes aves lemurianas que figuran esculpidas como su emblema en algunas reliquias arqueológicas y se han encontrado alas y huevos fósiles de aquel animal, de los cuales se ha deducido su tamaño y vigor.

Los ofidios abundaban también en Lemuria y aunque los naturalistas se han burlado hasta ahora de la creencia del vulgo en la serpiente marina, diciendo que era

un mito, se sabe hoy que realmente existieron las serpientes de mar y que las crónicas de los pueblos antiguos y las figuras de este animal esculpidas por los lemures y sus descendientes no eran engendro de su fantasía. En 1931, se encontró en el Estado de Texas, un fósil completo de serpiente marina, al excavar por vez primera un terreno virgen y los naturalistas que examinaron el esqueleto convinieron en que databa de muchos millares de años y pertenecía a un plesiosauro, gigantesco reptil que nadaba en las aguas del Pacífico cuando este océano llegaba hasta el ahora Estado de Texas, antes de la completa formación de Norteamérica.

De las fotografías que obtuve especialmente preparadas para mi estudio y examen, he comprobado que es



El Plesiosauro

exacta la longitud de 23 metros atribuída a este reptil. Su cabeza medía 46 centímetros de ancho y el cuello ocho metros de largo. Estos animales pululaban por las costas de Lemuria y eran otro motivo de terror para sus habitantes.

Acaso el animal más interesante de la fauna lemuriana y el más prolífico era el lemur, de la familia zoológica de los lemúridos, muy parecido al mono, aunque con

diferencias que los paleontólogos han inferido del examen de los huesos fósiles. Había lemures de varios tamaños y en las comarcas más tropicales alcanzaban el de un hombre o cerca de 1,84 metros en posición recta. Tenían generalmente la cola muy larga y por tener muy bien conformada la cabeza y los dedos de las manos y los pies, cayeron algunos paleontólogos en el error de creer que los esqueletos de estos animales eran de los habitantes de Lemuria, también llamados lemures, de lo cual dedujeron que éstos habían sido una muy inferior raza humana, según consta en varios libros publicados sobre el asunto.

Tampoco tiene fundamento la opinión de que de los antropoides lemurianos descendió la raza humana lemur, pues la arqueología y la paleontología han demostrado que esta raza humana llegó a un alto grado de desenvolvimiento físico y cultura mental, mientras que los antropoides no alteraron su primitiva forma.

No hay indicio de que los lemurianos fuesen una raza primitiva, a no ser millones de años antes de constituir en Lemuria una nación altamente civilizada, ni tampoco hay prueba de que los lemurianos descendiesen del reino animal. Esta creencia es aborrecible para cuantos estudian la civilización lemuriana.

Conviene advertir que los arqueólogos dieron hace algunos años al desaparecido continente el arbitrario nombre de Lemuria, porque encontraron lemúridos en las islas y costas del Pacífico y creyeron que esta especie de animales había poblado el sumergido continente, al que en escrituras antiguas se le llama la patria de Mu.

En cuanto a los habitantes hay pruebas de que eran de estatura algo mayor que la ordinaria de hoy día, pues llegaba a 1,85 metros con un peso de 70 a 90 kilogramos. Su aspecto era muy extraño y sus características diferían de las nuestras. No tenían afición a comer carne y si la comían era de animales de pequeño tamaño o de pescados. Su alimentación era principalmente de verduras y frutas y habían descubierto la manera de confeccionar varias pastas vegetales, como nosotros hacemos pan del trigo y del centeno.

Este régimen dietético influía poderosamente en sus costumbres, porque abominaban de la caza cuyos efectos tan nocivos han sido en otros pueblos. No siendo cazadores, no se aventuraban en las selvas ni descubrieron nuevas tierras y sólo se apartaban de sus poblados cuando hacían exploraciones científicas o por la necesidad de fundar nuevas villas en substitución de las viejas.

Después del primer cataclismo que hundió más de la mitad del continente, dejando tan sólo la porción ubicada en el centro del Pacífico, la cultura lemuriana se desenvolvió en la escarpada costa oriental y los habitantes establecieron relaciones comerciales con el nuevo continente que es hoy América del Sur, pues la del Norte era a la sazón una tierra tan pantanosa, que las únicas partes habitables eran las de los extremos Norte y Sur.

La América meridional había proporcionado la coyuntura de fundar poblados a los lemures que desde el Yucatán llegaron allí cuando la gran catástrofe, de

suerte que hubo continuo intercambio y comunicación entre Lemuria y la América del Sur, especialmente por la parte Norte.

Los lemurianos no usaban buques de vapor como los que ahora conocemos, sino que se valían del viento como propulsor de sus naves. Según las inscripciones halladas en los documentos arquelógicos, habían encontrado en las comarcas volcánicas unas piedras arrojadas a la superficie terrestre que tenían la peculiar propiedad de influir en el agua, pues cuando se colocaba una de estas piedras en una gran masa de agua impelía al líquido en determinada dirección. Ataban los lemurianos la piedra a la parte posterior de una balsa, entre dos ramas extendidas, de suerte que quedara ligeramente sumergida y la fuerza de impulsión del agua moviera la balsa. No sabemos si de este modo alcanzaban mucha velocidad, pero desde luego ahorraba trabajo el procedimiento era lo bastante eficaz para impulsar naves con diez o veinte tripulantes y gran cantidad de mercancías.

En mecánica aprovecharon la propulsión por vapor de agua. Conocían los molinos de viento que empleaban en la fabricación industrial y parece que dispusieron de otra clase de piedra dotada de propulsión magnética y de radioactividad, que aprovechaban para mover ruedas que tenían piezas de hierro en su superficie.

La luz para el alumbrado de las casas y locales cerrados se obtenía por medio de piedras o minerales tan radioactivos como los que hoy conocemos y que daban una continua y brillante luz.

Muchos minerales extraños y piedras raras usaban los

lemurianos en sus varias actividades poco comprendidas hoy por nosotros, que todavía no hemos descubierto otras materias análogas y de las ocasionales referencias que de ellas hacen los escritos e inscripciones es difícil apreciar su índole y los usos a que se destinaban.

No cabe duda de que Lemuria abundaba en minerales casi desconocidos hoy día o también pudo ser que la adelantada cultura de los lemurianos transmutara los hoy conocidos, en términos que no podemos sospechar.

Gran parte de Lemuria estaba constantemente envuelta en nubes de vapor a causa de las extensas áreas de lava hirviente. En este respecto, la superficie continental debió de ser en muchos parajes muy semejante a la que vemos cerca de Nápoles, donde el fuego interno pone en ebullición las fangosidades del suelo y produce incesantemente vapor.

He recorrido aquellas capas de terreno fangoso y estudiado la naturaleza del subsuelo y al imaginarme el continente lemuriano con sus activos volcanes, unos subteráneos y otros montañosos, comprendí cómo pudo destruírse y quedar anegado por las aguas del Pacífico. Seguramente las extensas áreas de fango en ebullición estaban bajo el nivel del mar y la vegetación cubría tan sólo las costas, las márgenes de los ríos y los terrenos sobre el nivel del mar. Sin embargo, en estas condiciones, la vegetación cubriría las tres cuartas partes del suelo continental.

Los geólogos han coincidido generalmente en creer que el continente lemuriano llevaba ya de existencia cuatro o cinco millones de años cuando desapareció la porción remanente del primer cataclismo que hundió la

mitad fronteriza al oriente de Australia. Los naturalistas que han estudiado la flora lemuriana dicen que constaba principalmente de coníferas y helechos gigantes, mientras que su fauna incluía muchas especies de excepcional interés científico.

Los edificios que construyeron los lemurianos en los últimos días de su civilización eran de piedra sumamente dura, por el estilo del granito y el mármol. Los restos de dichos edificios muestran no sólo el empleo de durísimas piedras sino también el de una especie de cemento o argamasa para juntarlas, que ha resistido a la triple injuria del tiempo, de las aguas y de los cataclismos.

La extraña índole de las piedras es una de las pruebas de la dispersión de los lemurianos antes y después del gran cataclismo. En algunas partes de la costa sudamericana del Pacífico, en la de la Baja California y en los Estados de California y Nevada se ha encontrado en las ruinas de edificios la misma clase de piedras, a pesar de que en ninguna de las excavaciones practicadas en el suelo norteamericano apareció semejante piedra en estado natural. Si a esto se añade el hallazgo de raras esculturas, extrañas piezas de madera, ejemplares de singular alfarería, labores de abalorio y aperos de labranza que sólo se usan en las islas del Pacífico, las cuales, según dijimos, son restos del desaparecido continente, tendremos irrefutables pruebas de que los antiguos lemurianos estuvieron en comunicación con las costas de Norteamérica antes de que desapareciera el continente.

Las casas y otros edificios tenían generalmente planta

rectangular con paredes de tres a tres metros y medio de altura sobre las cuales se extendía una techumbre de maderas y hojas amasadas con barro. La techumbre sobresalía de uno a dos metros de las paredes con el fin de sombrear la casa y mantener fresco el interior.

La calurosa temperatura y la viveza del sol era uno de los problemas con que habían de enfrentarse los lemurianos, pues hay indicios de que sufrían mucho de los ardores del sol en un continente de suelo ya calentado por las hirvientes lavas volcánicas. Afortunadamente había numerosos ríos y frescos arroyos que fluían de las colinas a cuyo pie se extendían los valles y como por otra parte eran frecuentes las copiosas lluvias durante el año, podían los lemurianos defenderse del calor y cultivar el suelo.

Los edificios populares, no destinados a viviendas domésticas, eran de la misma forma arquitectónica, pero con las paredes más altas y varios cuerpos enlazados con otros por medio de patios cubiertos o de corredores al abrigo de la intemperie. También había viviendas excavadas en las faldas de las montañas.

La mayor parte de las labores agrícolas, que eran la principal ocupación de los lemurianos, se efectuaban a primeras horas de la mañana o a últimas de la tarde, para evitar los ardores del sol. Las industrias más florecientes parece ser que eran la alfarería y la fabricación de ornamentos y esto indica que había intercambio comercial entre las diversas comarcas de Lemuria y otros continentes. Es muy posible que la parte de Lemuria desaparecida en el primer cataclismo fuese muy diferente en las condiciones geológicas y mineralógicas

del suelo y que entre una y otra parte del continente hubiera el suficiente intercambio de productos para que los habitantes de la parte oriental se dedicaran desahogadamente a la industria manufacturera de objetos de adorno y ornamentación religiosa y a los oficios mecánicos.

Consumían los lemurianos grandes cantidades de madera en la construcción de edificios y en la manufactura de objetos de utilidad doméstica. El eucalipto y el pino gigante eran los principales árboles leñosos. Hay indicios de que el eucalipto abundaba más, en la parte de Lemuria que desapareció primero, excepto un trozo que hoy constituyen Australia y Nueva Zelandia. Sin embargo, se plantaron retoños de eucalipto en el extremo oriental de Lemuria y en el continente norteamericano, al paso que el pino gigante medraba naturalmente en la parte oriental que hoy forma la costa del Pacífico de Norteamérica. Así tenemos hoy en California los gigantescos pinos que los botánicos consideran los árboles más viejos del mundo, pues algunos de ellos se yerguen a centenares de metros de altura y cuentan millares de años de existencia. Más adelante trataremos de este particular.

Construyeron los lemurianos vastos edificios, indudablemente destinados a templos de adoración o lugares de estudios científicos. La techumbre de estos edificios estaba abovedada y la entrada principal era una puerta rematada por dos líneas en forma de media luna, como símbolo de la sagrada curva en que se fundaban sus enseñanzas científico-religiosas.

No acostumbraban edificar sus viviendas en compacta

contigüidad ni establecer muy densos centros de población, aunque estaban topográficamente definidos los poblados con sus casas, templos, escuelas, fábricas y términos comunales. Las calles y carreteras se trazaban desarraigando toda vegetación y cubriendo el camino así abierto con una espesa capa de piedra pulverizada que parecía cal y por efecto de la lluvia quedaba tan dura y compacta como el cemento. En otros lugares, se echaba la piedra pulverizada y humedecida en el terreno que se quería convertir en calle o camino, de suerte que sofocaba toda vegetación.

Como quiera que todos los poblados estaban a orillas de los ríos, el transporte se hacía en botes, aunque también se utilizaban animales de tiro para arrastrar una especie de trineos por la montaña y otros animales servían de cabalgadura.

Varias pinturas rupestres, de tosca traza, muestran a los lemurianos a lomos de animales parecidos en el tamaño y complexión al camello, pero de muy diferente forma. Según veremos más adelante, nadie se movía de su poblado por el gusto de viajar o comunicarse personalmente con alguien, sino tan sólo por las necesidades del intercambio comercial.

Abundaban el oro, la plata y otros raros metales, que sin emplearse en monedas de cambio mercantil, servían para embellecer los objetos ornamentales. De todos modos, los lemurianos habían de luchar contra los ardores del clima, la naturaleza del suelo, la siempre temida erupción de los volcanes, la eventualidad de los terremotos e inundaciones y los ataques de las manadas

de feroces alimañas que de pronto bajaban de las montañas o venían de las llanuras o subían por los ríos para embestir a todo un poblado.

No obstante estos contratiempos y dificultades, vemos que los lemurianos tuvieron una gran comprensión científica de las leyes de la Naturaleza y desenvolvieron sus internas facultades hasta un grado mucho mayor que el de hoy día, a pesar de nuestro orgulloso adelanto en civilización.

CAPÍTULO V

DESENVOLVIMIENTO MENTAL Y PSÍQUICO DE LOS LEMURIANOS

Aparte de lo que sabemos de los descendientes de los lemurianos y del estudio que de ellos hemos hecho para descubrir el alto grado de desenvolvimiento a que llegaron sus antecesores, hay muchas escrituras antiguas a ellos referentes, que describen con pulcra exactitud el desenvolvimiento mental y psíquico de los lemurianos en la época culminante de su poderío. No hemos de olvidar que la civilización lemuriana tardó mucho tiempo en desenvolverse. Puede hablar Europa de sus largos períodos de cultura y Roma y Grecia jactarse de su civilización y Egipto de un dilatado período de desenvolvimiento intelectual, como podemos jactarnos los norteamericanos de tener algunos siglos de cultura anteriores a la presente generación; pero cuando Lemuria estaba en la cumbre de su poderío pudo jactarse de millares de siglos de desenvolvimiento.

Además de la prolongadísima experiencia que les había enseñado a los lemurianos las lecciones de la vida y el dominio propio por medio de la perseverancia, la industria, el estudio y la cooperación con las leyes de la Naturaleza, tenían la ventaja de estar libres de la conta-

minadora influencia del falso conocimiento y del concepto material de la vida.

Desde el punto de vista puramente espiritual y místico vemos que quienes en Occidente desean comprender las leyes y principios superiores de la vida deploran que para comprenderlos sea indispensable depurar la mente humana por el olvido de todo cuanto aprendió en los dos últimos siglos.

Los estudiantes de las cosas metafísicas suelen decir que hubieran querido ponerse en contacto con las reales verdades de la vida en sus años juveniles, cuando su mente estaba libre de prejuicios y sus ojos no habían mirado aún el mundo a través de vidrios de colores ni los oídos escuchado las estridencias de tantas y tan falsas trompetas.

Cierto es que no sólo nacemos con la herencia de equivocados conceptos y erróneas interpretaciones, sino que desde el nacimiento en adelante nuestro ambiente y educación están llenos de falsas ideas y mentirosos errores, de suerte que cuando adultos hemos de separar lo grosero de lo fino, encontrar la verdad en medio de tantos errores y ajustarnos a una recta comprensión. Por lo tanto, podemos considerar las ventajas mentales de los lemurianos, que estuvieron libres de tan contaminadora influencia.

Seguramente que cuando hombre llegaría a dominar los capitales principios y leyes de la vida, un niño substraído desde el momento de nacer a la presente influencia de los errores disfrazados de verdades y educado de una manera pura y naturalmente espiritual sin

otro contacto que el congruente con la comprensión de las leyes y principios de la Naturaleza. Tal era la situación de los lemurianos, que no estaban influídos desde su infancia por dogmatizados conceptos del universo y de sus leyes ni por establecidas doctrinas ortodoxas prescritas por los educadores, pues todo conocimiento dimanaba de la observación directa de los fenómenos naturales.

No quiere decir esto que los lemurianos careciesen de escuelas e instituciones docentes, pues pruebas hay de que los tenían, con métodos de enseñanza que bien los quisiéramos hoy día; pero en las escuelas sólo se enseñaba lo demostrable, las verdades comprobadas y que los estudiantes podían comprobar por sí mismos.

En todos los documentos de esta remota antigüedad hallamos que aun millares de años después de haber llegado Lemuria al pináculo de su civilización y desenvolvimiento científico y espiritual, no habían caído en el error de recurrir a hipótesis para explicar los fenómenos de la vida. Nuestras escuelas, universidades y academias están hoy día repletas de esta bazofia mental que constituye uno de los más crasos errores de nuestros sistemas de educación.

Los lemurianos y sus descendientes prescindían de toda conjetura y especulación en sus enseñanzas y acabaron por convencerse de que la Mente Cósmica era el único manantial de seguro y positivo conocimiento.

Parece que en caso de duda o cuando se proponían indagar un nuevo conocimiento, acostumbraban concentrarse mentalmente y meditar, en vez de, como hace-

mos hoy, recurrir a los libros, periódicos, revistas, diccionarios y manuales o a cualquier erudito y aceptar ciegamente y sin réplica, los principios, aforismos, ideas, teorías, conceptos y creencias de las supuestas autoridades.

Por esta razón, en los últimos libros de sus escrituras sagradas, que constituían el verdadero tesoro de sus conocimientos, daban los lemurianos suma importancia a la concentración y a la meditación, por lo que no hemos de extrañar que pudieran sintonizarse con la Mente Cósmica y comprender e interpretar con acierto las impresiones recibidas.

De estas prácticas derivaron posteriormente los rituales de todas las religiones surgidas en las tribus descendientes de los lemurianos.

Cabe preguntar de dónde le vino a aquella gente tan profunda fe en la Mente Cósmica y su completa habilidad para recibir inspiraciones de ella. Si atendemos a sus propios comentarios diremos que edujeron de su interior una facultad natural que les infundió profunda fe y confianza en la Mente Cósmica. Mas para explicar cuál era esta facultad, debemos antes exponer algo referente a las características físicas, mentales y espirituales de la raza lemuriana.

Si pudiera escoger un tipo representativo de la raza que vivió en la época de mayor florecimiento de aquella civilización y exhibirlo como modelo, resultaría extraño en muchos pormenores. La primera y más relevante diferencia entre el tipo lemuriano y el de la actual raza blanca, sería el mayor tamaño de la cabeza en relación

al cuerpo, con la frente alta, es decir, que la distancia entre las cejas y el cabello craneal era mucho mayor que en la generalidad de las gentes de hoy día, pues dicha distancia era de 15 a 17 centímetros. En medio de la frente, a unos 40 milímetros de distancia del caballete de la nariz, tenían una protuberancia del tamaño y forma de una nuez. A nosotros nos parecerá que esta excrecencia les desfiguraría el rostro, pero en ellos era tan natural como en nosotros la nariz o el abultamiento saliente del mentón o de las mandíbulas, pues estaba constituída por una blanda carnosidad espesamente cubierta por piel muy fina, de color parecido a la de debajo de nuestros ojos.

En general, la estatura de los lemurianos era algo mayor que la de por término medio la nuestra, aunque había muchos individuos de dos metros de talla. Los brazos eran muy largos, anchos y musculosos y las piernas no tan largas, pero muy bien formadas. El cabello anterior de la cabeza era corto y fino, sin artificios de peluquería, mientras que el de la parte posterior era largo y lo llevaban trenzado o dispuesto en artísticas formas sobre los hombros o tendido sobre la espalda. A juzgar por las esculturas de piedra y las pinturas sobre cuero, la disposición del cabello se acomodaba al traje y el individuo tenía en este particular ancho campo en que mostrar su gusto artístico. El cuello era largo y esbelto y por lo general, el único adorno era un collar de piedrecitas finas o de abalorios. Los pies y manos eran anchos y podían mover fácilmente a voluntad sus articulaciones en grado mucho

mayor que los hombres de hoy día. Las mujeres eran algo menos altas que los hombres, pero más corpulentas y de facciones mucho más refinadas. Entre éstos, muy pocos tenían pelo en la cara y las mujeres se resguardaban el rostro del sol y de la intemperie con un velo de fibras vegetales que dejaba pasar el aire. La protección contra los ardores del sol dió por resultado en el transcurso de las generaciones una epidermis más fina en las mujeres que en los hombres.

Las orejas eran mucho más pequeñas que hoy día, pero las ventanillas de la nariz estaban muy desarrolladas y la nariz ancha y achatada. Los ojos, grandes y claros, denotaban una mirada penetrante de aguda percepción que debía de impresionar hondamente. La piel no era de color obscuro sino tan sólo atezado; el pelo negro, los ojos castaños y los dientes menudos, pero uniformemente iguales y regulares. La protuberancia central de la frente era el instrumento de manifestación de una facultad humana que poco a poco se fue atrofiando hasta desaparecer cuando hundida Lemuria se dispersaron sus habitantes por el mundo. No se ha de confundir la protuberancia frontal de los lemurianos con las fantásticas historias de los cíclopes, cuya fábula está basada sobre lo que fue una realidad en Lemuria, pues aunque no era un tercer ojo, reunía en sí las facultades de percepción visual, auditiva y olfatoria, con todas las que hoy poseemos para recibir impresiones.

Con suma facilidad cerraban los lemurianos sus dos ojos físicos durante cualquiera de sus diurnas actividades y localizaban su conciencia en la protuberancia

frontal para transmutar las sensaciones recibidas en las de vista, olfato, oído, gusto y tacto. Era en los lemurianos tan fácil y frecuente esta concentración de las sensaciones en el órgano frontal, como para nosotros es detenernos en lo que estamos haciendo, para escuchar atentamente algún sonido lejano o fijar la vista en algo que deseamos ver claramente o concentrar la conciencia en algún otro sentido. Pero los lemurianos no se valían de dicho órgano sintético para recibir impresiones locales o con fines de índole doméstica, sino para recibir impresiones a largas distancias y evitar o prevenir de este modo el ataque de los animales peligrosos. También se valían de este sexto sentido para sintonizarlo con los de los animales domésticos y comunicarse con ellos.

Por lo tanto, no debe extrañar que la telepatía fuese cosa vulgar y corriente en los lemurianos, que recibían impresiones procedentes de millares de kilómetros de distancia, de la propia suerte que los cazadores de hoy día, al relatar sus experiencias cinegéticas, podrán decir que en tal o cual ocasión oyeron la voz de otro cazador o el grito de un animal desde cien o doscientos metros de distancia.

Para los lemurianos no era este sexto sentido una cosa extraordinaria sino perfectamente normal, aunque sabían que sus antepasados desenvolvieron dicha función con su correspondiente órgano a costa de mucha práctica en la concentración y que era una facultad más susceptible de desenvolvimiento que cualquiera otra del ser humano.

Hoy sabemos que es posible educar los sentidos, como educa la vista el pintor y el oído el músico y el gusto el catacaldos. También sabemos que es posible vigorizar los músculos y educar y reeducar determinadas funciones fisiológicas por medio de perseverante práctica y definido esfuerzo.

Los lemurianos transmitían de generación en generación la idea de que la salvación de su raza y la esperanza en el dominio de una floreciente cultura dependían del individual desenvolvimiento de aquel sexto sentido.

Desde luego que no lo consideraban como un don especial y cabe la duda de si alguna vez pensaron en que en la evolución de la humanidad llegaría tiempo en que se atrofiaría dicho sentido por falta de uso hasta el extremo de ni sospechar siquiera su existencia. Creían y comprendían que la falta de uso de semejante órgano en una familia durante varias generaciones podría determinar la disminución de su tamaño o el menoscabo de su agudeza, de la propia suerte que de la abstención del lenguaje en una familia durante varias generaciones podría resultar un descendiente mudo.

Es muy probable que este sexto órgano fuese el hoy llamado cuerpo pituitario o tuviese directa relación con él. Los biólogos han descubierto que el cuerpo pituitario es mucho mayor en los salvajes que en los civilizados y que parece la atrofia de un importante órgano de las primitivas razas humanas. Sea lo que fuere, lo cierto es que el sexto sentido capacitaba a los lemurianos para percibir la *cuarta dimensión* de los objetos, pues uno de

los problemas que conturban a los arqueólogos es la manera en que los lemurianos describían los objetos hallados en las ruinas, como si percibiesen en la cosas algo de lo que hoy no nos damos cuenta. En un árbol, un animal, una piedra o una montaña veían algo más que sus tres dimensiones, algo de naturaleza suprafísica, que denominaron de diversos modos, pero que era para ellos tan natural y tan importante en la descripción como las otras tres dimensiones.

Si consideramos que, además de todo lo expuesto, capacitaba esta facultad a los lemurianos para sintonizarse con la Mente Cósmica y recibir por tan fidedigno conducto directa y segura información sobre todas las ramas del conocimiento, reconoceremos que los lemurianos debieron de alcanzar un alto grado de perfeccionamiento científico y de cooperación con las leyes de la Naturaleza y de la vida.

Por lo tanto, ¿ha de sorprendernos que los pobladores de un continente que ocupaba casi la mitad del globa, conocieran íntimamente los hechos referentes al universo, el crecimiento y desarrollo, la emergencia y hundimiento de otros continentes? ¿Es extraño que conocieran cuanto pasaba en puntos distantes del mundo, fuera de su personal contacto? No es, por lo tanto, maravilla que hubiesen resuelto los más graves problemas de la vida y escrutado todos sus misterios.

Los recuerdos y crónicas de los lemurianos demuestran que no sólo tenían conocimiento del resto del mundo a la sazón existente, sino del que había existido antes de la formación de su continente y del destino

que a éste le aguardaba. Tal era su guía en los propósitos de amplia colonización de otras tierras y en la emigración de su pueblo a puntos lejanos en varios períodos. Además, hemos de considerar que durante cien mil años tuvieron tiempo y ocasión de acrecentar su conocimiento y llevar adelante sus planes para preservar a la raza humana de los formidables cataclismos que habían de sobrevenir.

El aspecto espiritual del mundo era para ellos el más importante, porque lo consideraban el único real y seguro en las condiciones de la vida.

Millares de años de acumulado conocimiento les habían enseñado que el continente en que habitaban, compuesto de materiales terrenos y sujeto a las profundas alteraciones que habían ocurrido y que ocurrirían, era la parte más insegura e irreal de la vida.

Este concepto de una futura existencia era muy singular; no obstante, sumamente lógico y tan aceptable como cualquiera de los que hoy tenemos. No sólo afirmaban resueltamente la doctrina de la reencarnación (no de la transmigración) sino que dispusieron de largo tiempo y de apropiadas facultades para comprobar prácticamente que era verdadera dicha doctrina y que los entonces vivientes habían vivido antes en el mismo continente y en íntima relación con ellos. Por lo tanto, no se oponían a *creer* en la reencarnación, pues según dije antes, no creían en nada que no fuese una verdad demostrada. Sabían que la reencarnación era cierta, como nosotros sabemos que es inevitable la llamada *muerte* del cuerpo y que este cuerpo no volverá a verse

en la tierra. Esto no es en nosotros una creencia, sino un positivo hecho sobre el cual no cabe disputa. Así estaba inconmovibleblemente fundamentada en los lemurianos la verdad de la reencarnación.

Pero también sabían que durante el período transcurrido entre la muerte del cuerpo físico y la reencarnación de la individualidad en un nuevo cuerpo, seguía existiendo la individualidad en un mundo espiritual; pero no caían en la insensatez de describirlo en términos materiales como hacen hoy día los clérigos de las religiones dogmáticas. Afirmaban definidamente que la individualidad del hombre es esencia invisible, espiritual y consciente, que ocupa la cuarta dimensión de un mundo puramente espiritual imposible de describir en términos propios del mundo material.

En cuanto a la Mente Cósmica la consideraban superior a todos los seres vivientes y cosas materiales, pero no como una entidad física residente más allá de las nubes, en el llamado hoy cielo, sino existente en *todo el espacio*, en todas partes y así podían decir que la Mente Cósmica o Conciencia Cósmica estaba en el interior de sus viviendas y en las secretas criptas de sus templos, tanto como en el espacio allende las nubes.

Por esta razón, la espiritual individualidad de los que habían salido de este mundo era tan capaz de permanecer al lado de los todavía vivientes en la tierra y relacionarse con ellos en las casas y en los templos, como de residir más allá de las nubes o en cualquier punto del espacio.

En sus escritos afirman los lemurianos que por medio

del sexto sentido podían relacionarse con las individualidades desencarnadas, aunque no había de ser esta relación precisamente de contacto inmediato, sino que también podía ser telepática.

Con semejantes facultades era muy natural que los lemurianos hubiesen alcanzado amplia comprensión de las espirituales leyes y principios de la vida. Concebían a Dios como un *principio universal*, a la par positivo y negativo, masculino y femenino, creador y amoroso. Habían superado las pueriles creencias que sus primitivos ascendientes tuvieron acerca de que las tempestades, terremotos y cataclismos destructores era obra de malignos dioses o de un amoroso Dios que daba testimonio de su ira.

Por el contrario, consideraban constructivos todos los procesos de la Naturaleza, aunque temporalmente fuesen destructivos de conformidad con la ley de evolución establecida por un amoroso Dios desde el principio del tiempo.

Su concepto del Dios personal era muy semejante y lo consideraban como el *Gran Maestro* o el *Padre* de todos los seres vivientes, que regía los procesos de la Naturaleza con el único propósito del perfeccionamiento de la humanidad.

En otro capítulo trataré de sus asuntos colectivos y de sus prácticas morales y éticas, pues en éste sólo trato del individuo como ser altamente espiritualizado. El refinamiento de su régimen dietético, casi por completo vegetariano, el cuidado que tenían con las bebidas, sus costumbres higiénicas de trabajo, ejercicio y descanso,

les daban un sano organismo corporal; pero no consideraban la longevidad como el más apetecible bien de la vida. En efecto, no tenían ni el más leve temor a la muerte, pues la consideraban como un cambio ventajoso, que mejoraba el estado del individuo y eran capaces de vaticinar *cuándo* y *cómo* habían de morir. Era muy común en los lemurianos, que al llegar a la vejez anunciaran su muerte de allí a dos o tres días. En tal caso, los deudos hacían los convenientes preparativos, el viejo ajustaba todos sus asuntos materiales y llegado el día se colocaba tendido sobre el suelo sagrado que eligió por sepultura, se despedía de sus parientes, cerraba los ojos y a las pocas horas se desprendía de su carnal envoltura.

Rara vez se veían los lemurianos *sorprendidos* por una repentina enfermedad y aun presentían los ataques de los animales voraces, que eran su más grave problema, de suerte que tomaban las necesarias precauciones para evitarlos.

La generalidad de los lemurianos no consideraban el tránsito como la próxima etapa de su vida, hasta después de convencidos de haber realizado en este mundo todo cuanto eran capaces de realizar o lo que de ellos se esperaba según las circunstancias de su vida. Por esta razón, algunos lemurianos morían jóvenes, pero la mayoría pasaban al otro mundo entre los sesenta y setenta años. Pocos llegaban a centenarios.

Si el lector juzga imposible la elección del día de la muerte sin enfermedad, daño ni sufrimiento, tenga en cuenta que hoy mismo existen tribus que practican

dicho sistema y el famoso explorador capitán Salisbury dió no hace mucho una conferencia acerca de los voluntarios tránsitos que presenció en diversos lugares.

Muchos datos relativos a los descendientes de los lemurianos demuestran que subsistió esta práctica durante muchos siglos después del hundimiento del continente y sin duda que los pueblos de pura descendencia lemuriana, que todavía existen en varias partes del mundo, emplean este mismo sistema como una solución natural de algunos problemas de la vida.

Este voluntario tránsito no se consideraba como una especie de suicidio, porque sus antiguas escrituras califican de pecaminoso el fin de la vida por accidente derivado del descuido del cuerpo y también era para ellos violación de las leyes naturales, un tránsito provocado para esquivar el cumplimiento de las obligaciones y deberes. Quien preparaba su tránsito había de demostrar a sus parientes que ya había cumplido su misión en este mundo, sin que le quedara en el aire ninguna obligación ni deber alguno del que se zafara por cobardía.

Todo lo expuesto dará idea de lo que fué el lemuriano como individuo y con esta idea en la mente estudiaremos su vida colectiva y sus diversos códigos de ética y moral.

CAPÍTULO VI

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS LEMURIANOS

POR EL DR. JAMES W. WARD

(Eminente discípulo de las escuelas monásticas orientales)

Dicen algunos historiadores que los lemurianos eran tan inconscientes del mundo físico como lo somos nosotros durante el sueño. Me parece extraño que historiadores versados en algunos hechos referentes a los lemurianos, encubran estos hechos con vagas e indefinidas ideas y afirmaciones que en modo alguno pueden ser verdaderas. Pero a renglón seguido admiten que los lemurianos estaban tan espiritualmente desarrollados que nunca tenían la conciencia concentrada en el plano físico. También dicen que sus vidas terrenas eran puro pasatiempo, pues cuando se les desgastaba el cuerpo físico, lo desechaban y se revestían de otro, tan naturalmente como se renuevan las hojas de los árboles.

En vista de estas contradicciones, quisieran darnos a entender los historiadores que los lemurianos nacían y vivían sin ojos, de los que no tenían necesidad porque

como los de los peces de las aguas cavernarias y de los animales subterráneos se atrofiarían en la obscuridad. Añaden que en lugar de ojos tenían dos puntos sensitivos afectados por los reflejos solares, aunque antes habían dicho que no necesitaban ojos ni podían tenerlos en una tierra de espesa niebla donde no penetraba el sol.

Tales historiadores siguen diciendo que los lemurianos carecían de lenguaje; pero no aciertan a explicar cómo dejaron escritos históricos casi tan completos como el de Jorge Wáshington.

Los autores de nuestra época afirman que los lemurianos aprendían en las escuelas iniciáticas las leyes de la naturaleza, los fenómenos del universo y las reglas del arte. Diré sobre este particular que los lemurianos sólo se valían del arte con referencia a la Divinidad y en un antiguo manuscrito se lee la palabra *Ord* que significa *arte*. Por lo tanto, demos gracias a aquellos instructores que enseñaron a una raza "ciega" que sólo vivía en el mundo espiritual sin noción del mundo físico y no obstante era capaz de estudiar las leyes de la naturaleza y todo lo referente al mundo físico y al arte.

¿Por qué no nos dicen nuestros tratadistas de dónde recibieron su erudición? ¿En dónde adquirieron la prueba de que los lemurianos carecían de individualidad y personalidad y que tan sólo eran un pueblo guiado por Dios? Yo me pregunto cuántos de dichos tratadistas habrán reconocido su propia individualidad y personalidad y deseo que tengan la divina apercepción que tuvieron los lemurianos. Sin embargo, debe-

mos agradecerles que hayan dicho que los lemurianos recibieron la sabiduría como don de Dios. Personalmente me digo si Dios era con sus dones tan generoso como lo es ahora. Pero, ¿a qué argumentar? Expongamos los verídicos hechos y el lector podrá repudiar mis afirmaciones si no demuestro que mis colegas no encontraron terreno firme en que apoyarse.

Lo primero que nos enseñaron en los monasterios orientales respecto al origen del hombre, fué la eternidad de Dios sin principio ni fin; que Dios era y és una suprema y divina inteligencia que creó, desenvolvió y manifestó al hombre y a todo ser viviente. Se nos enseñó cómo y por qué fue creado el hombre. Nuestras enseñanzas derivaban de los sabios de la antigüedad, que las habían perpetuado de varios modos y eran perfectamente comprensibles. Afirmaban los antiguos sabios que Dios vió que cada existencia espiritual había de tener una espiritualizada manifestación en su tránsito, a fin de que fuera plenamente consciente de su propia existencia. Después de crear Dios la naturaleza con los seres vivientes, tuvo la idea de una ideal manifestación de lo absoluto y creó al hombre tan perfecto como Él era perfecto. Si se supone que Dios fracasó en una millonésima parte de la perfección del hombre y si nuestros modernos tratadistas representan de cualquier otro modo al hombre, anulan la existencia de un infinito Dios.

El divino ideal del hombre perfecto era mil veces más perfecto que lo soy yo hoy día. Sé que el pueblo lemuriano contaba millares de años de antigüedad y los

vástagos de la original familia humana descendieron por dos largas e interesantes razas cuya existencia terrena fué puramente inmortal, si son auténticos los divinos mandamientos que transmitieron a los lemurianos.

Lo sucedido fué que el hombre deseaba ser libre, pedía libertad y aunque sabía que era divinamente libre, quería ser un libre agente moral y comprendía la libertad bastante mejor que algunos de nosotros. Dios dotó al hombre de razón y perdió el rumbo de su divinidad, de donde derivaron la enfermedad, el dolor y la muerte. En consecuencia fueron tan numerosos los ciegos, que después los atlantes los llamaron la raza ciega; pero eran incalculablemente más numerosos los de cuerpo sano y puro como los ángeles del cielo.

En vez de prender el lector con alfileres su fe en la solapa de nuestros modernos escritores de superficial conocimiento, venga conmigo a reconocer al hombre perfecto en toda su inocencia y pureza Sus descendientes estuvieron durante varias generaciones orgullosos de sus antepasados, que sólo alimentaban, positivos y edificantes pensamientos y a menudo trataban de emularlos. De continuo hablaban a sus hijos de los lemurianos discípulos de Dios a quien habían entregado la vida y conducta de su posteridad. Todas las noches, antes de acostarse, exhortaban a sus hijos a que tuviesen mucho cuidado con sus pensamientos, palabras y acciones, a que impetrasen fortaleza y sabiduría y a vivir según les habían enseñado a ellos los santos lemurianos que vivieron en un mundo con otro pueblo diferente del de

ellos, pues aunque sentían amor y compasión por los ciegos y enfermos residían en distinta esfera.

Personalmente revisé con mucho interés algunos documentos históricos de los lemurianos, y acrecentóse mi interés respecto de las intrépidas y denodadas aventuras de doce discípulos lemurianos que tripularon una aeronave, algo parecida a nuestro moderno aeroplano. Eran expertos aviadores y marinos de vela que aspiraban a explorar otros continentes. Trazaron algunos mapas toscos; pero dos tan claros y perfectos, que podemos asegurar que eran los de Terranova y Florida.

Los doce discípulos aterrizaron en Atlántida, donde los recibieron con mucho honor y amorosa obediencia, porque los atlantes les llamaban los santos lemurianos.

Demuestran las crónicas que los atlantes conocían todo lo referente a los lemurianos y los apellidaban la raza ciega, por el gran número de ciegos que había entre ellos.

Los doce discípulos construyeron y dejaron a la posteridad un mapa muy curioso, pues tenía la configuración de un coco, en remedo de la redondez de la tierra. En la superficie trazaron los países que habían descubierto, según se trazan hoy los continentes en los globos terráqueos. Al examinar los atlantes el globo en forma de coco, coligieron que el país de los lemurianos estaba a unos treinta días de navegación a la vela hacia el Occidente. Para ellos el sol se ponía en los confines de Atlántida. Hubiera deseado trazar una fotografía de este mapa, tal como se me representó hace cincuenta y tres años, cuando mi interés no era tan vivo como ahora.

Pero hoy tengo ardiente anhelo de conciliar las ense-
ñanzas lemurianas con los actuales tratados de historia
y de antropología, que enseñan la teoría evolucionista,
según la cual el hombre procede del reino animal, di-
ciendo que en otro tiempo anduvo a cuatro pies y que
aún conserva el cuerpo del mono, etc. A veces me in-
clino a creer que esto sea verdad respecto de algunos
autores.

Prescindamos de las antiguas crónicas que describen
la vida, enseñanzas y místicos rituales de los lemuria-
nos, que fueron los seres humanos más perfectamente
conformados que jamás existieron; erguidos como un
indio, tan perfectos tipos de virilidad como la infinita
inteligencia del ojo de Dios podía imaginarlos; hermosos
como la figura de un dios griego y con un alma tan pura
como el Alma universal de que procedía y a cuya ima-
gen fueron formados; tan perfectos como la Mente Di-
vina podía concebirlos. Eran la suprema idea de Dios
plasmada con el único propósito de manifestar a Dios,
demostrando excelentes virtudes y santas verdades, tan
puros y santificados, que el más leve error o trans-
gresión de la ley por un individuo de su familia les hu-
biera obligado a ocultar el rostro de vergüenza. Suma-
mente refinadas eran las mujeres, ángeles en la tierra.
Su gracia y belleza superaba a la de la más hermosa
reina que fue ornamento del reino de Dios en la tierra.
Durante cien mil años fueron tan puras y virtuosas como
los ángeles hoy residentes en el plano cósmico. Las
representaciones de aquellos hombres y mujeres de-
muestran que eran del color y refulgencia del sol. Los

hombres tenían el color del sol en los crepúsculos y las mujeres eran más suaves y brillantes.

Es lástima empañar esta descripción con la historia de aquellos ciegos e imbéciles ángeles caídos que los modernos tratadistas quisieron hacernos creer que habitaban completamente en el propio paraíso de Dios. No me detengo en comentarios porque podría reflejar algunas tristes verdades referentes a nuestro moderno mundo civilizado. Todavía hay unos cuantos hombres y mujeres tan puros y de tanta perfección como es posible en este mundo terreno, mientras que tenemos millones de viejas y dilapidadas acumulaciones de malgastadas vidas en todas las formas de insensatez que han producido millones de impuros tipos humanos.

Los degenerados de la raza lemuriana, aunque numerosos, estaban en minoría y muchos de ellos vivían en tierras pantanosas análogas a las de Florida antes de la desecación. Todavía tenemos en Suecia tierras frías y pantanosas, sombrías y lúgubres, exactamente iguales a las de Lemuria antes de que el tremendo cataclismo, como jamás se conoció, destruyese la mayor parte del continente y aniquilase a sus habitantes con pocas excepciones. En rigor, no quedó todo perdido ni nunca lo estará, porque la continuidad de la vida lo recuperó salvando un remanente de la más insigne y noble raza de cuantas existieron.

Prueba de ello es la reencarnación de uno de aquellos doce santos discípulos lemurianos que en la era lemuriana fué el más eminente arquitecto de su época y ha reencarnado varias veces y siempre por amor a la hu-

manidad, cuando más necesaria era su presencia. Este santo lemuriano cuyas reencarnaciones han demostrado que es uno de los más nobles espíritus de Dios, está, haciendo todavía la obra de Dios bajo la divina dirección. Está diariamente preparando las celestes moradas para los elegidos que prefieren vivir espiritualmente y sintonizarse con el "Umbral"". Esta breve descripción de la raza lemuriana es tan verdadera como el sol meridiano y tan fiel como la divina ley que rige el divino plan del universo.

Capítulo VII

LA VIDA COLECTIVA DE LOS LEMURIANOS

El análisis científico de la vida del hombre primitivo indica que en los comienzos de su terrena existencia se guarecía receloso y aislado bajo las copas de los árboles o en las cavidades de las rocas a las orillas de los ríos hasta que aprendió de quién podía fiarse entre todas las criaturas del reino animal. Y sabemos que aprendió a confiar en unas cuantas especies de animales a los que domesticó y mantuvo en su vecindad y compañía, como elementos de su vida colectiva.

No sabemos ni probablemente nunca se sabrá si los lemurianos iniciaron de este modo su grandeza, pues los documentos arqueológicos y las crónicas conservadas por los pueblos descendientes de los lemurianos sólo hablan de Lemuria desde un tiempo posterior al establecimiento de la vida colectiva en los poblados. Los hombres no aprendieron a pensar y analizar y no tuvieron ocasión de preservar los conocimientos adquiridos hasta que se comunicaron intelectualmente unos con otros en las tranquilas horas de la pacífica vida comunal. Así nos dicen las primitivas crónicas que la vida social estaba muy bien establecida en Lemuria. Al

hablar de la vida comunal o colectiva no me refiero a la resultante de la agrupación en un poblado de varias casas por lo conveniente del paraje o de las relaciones individuales, porque ésta fue una etapa precedente a la vida comunal de que hablo, o sea en la que todos los vecinos de una población estaban interesados y se ocupaban colectivamente en alguna obra que requería esfuerzo físico y mental, como si fuesen una sola familia. Tan comunes e idénticos eran los intereses de los individuos en la mayoría de poblaciones lemurianas, que elegían a un convecino para ejercer la autoridad de los hoy alcaldes o burgomaestres, pero tan sólo en concepto de consejero, instructor, guía religioso y espiritual, que dirimía arbitralmente en última instancia cuantos litigios se suscitaban entre los vecinos.

Acaso comprendamos mejor este régimen comunal si tenemos en cuenta que los lemurianos no acuñaban moneda ni recibían por su trabajo otra remuneración que el derecho de coparticipar en todos los intereses de la comunidad, pues eran uno para todos y todos para cada uno. No vendían sus productos, sino que los sobrantes del consumo y los que obtenían del beneficio de las minas, los intercambiaban con diferentes productos de otras comunidades lejanas.

Los almacenes y depósitos eran de la comunidad, sin que nadie tuviera intención de acumular productos con propósito de apropiárselos.

El resultado de este sistema fue que a cada cual se le exigía el máximo esfuerzo en relación con sus aptitudes y facultades, en el grado conveniente para recibir

en cambio la satisfacción de todas las necesidades materiales, intelectuales y morales de la vida, con muchas comodidades, beneficios y goces de que hoy no disfrutamos.

Fácilmente se deducen las consecuencias de este régimen social. La criminalidad y el desorden apenas se conocían. No había arbitrarias diferencias sociales, pues el poder de la riqueza personal era desconocido, como cosa inconcebible para los lemurianos. A quienes sobresalían por su talento en determinada actividad, se les deparaba ocasión de aplicarlo en beneficio de la comunidad y recibir en consecuencia las mismas satisfacciones que recibían los dedicados a los trabajos manuales. De aquí la prosperidad de las artes y ciencias en Lemuria, al contrario de lo que hoy sucede en nuestra civilización, pues eminentes artistas, literatos y científicos, capaces de contribuir valiosamente a la intensificación de la cultura social, se ven precisados a emplearse en otros trabajos que les produzcan lo bastante para el sustento de la vida material. Si a todos los que poseen relevantes aptitudes artísticas, literarias y científicas se les asegurase una vida holgada y decorosa en el ejercicio de su profesión, quedaría resuelto uno de los más graves problemas presentes y futuros de nuestra cultura moral.

Ya indiqué que la religión de los lemurianos consistía en el conocimiento científico, pues tenían por principio fundamental que Dios, el Creador de todas las cosas, reveló al hombre las verdades espirituales para que

fuese evolucionando hasta alcanzar la sabiduría del mismo Dios. Por lo tanto, consideraban los lemurianos la adquisición de conocimiento como el mejor medio de armonizarse con Dios, de suerte que la educación y la instrucción eran sumamente reverenciadas, en vez de reducirlas a un objeto de comercio. Les parecía natural la aplicación práctica de todo conocimiento, pues de lo contrario no veían finalidad alguna en la comunicación del conocimiento. Así fue que la religión de los lemurianos no contenía creencias dogmáticas ni falsos dioses ni principios arbitrariamente definidos por un concilio o reunión de individuos y promulgado como un sistema ortodoxo.

En cada población había un templo de cabida proporcional al número de habitantes y de hermosa y firme arquitectura, como monumento erigido a la gloria de Dios. El servicio religioso en estos templos tenía el doble carácter de difusión del conocimiento y de adoración a Dios, ya en silencio, ya expresada en plegarias y acciones de gracias. Por lo tanto, estos templos equivalían a las universidades y escuelas de hoy día; y conviene advertir que la instrucción abarcaba diversas disciplinas en orden progresivamente cíclico y los alumnos efectuaban certámenes y públicas discusiones con quienes ya habían completado sus estudios. La educación de la juventud era obligatoria; pero los alumnos habían de contribuir a su personal manutención ocupándose en algún trabajo adecuado a sus aptitudes.

De las crónicas conservadas en alguno de estos tem-

plos y de las inscripciones grabadas en las paredes de todos ellos hemos tenido conocimiento de muchas cosas relativas a los lemurianos.

Los templos eran exacta representación material del significado de la palabra templo. Eran edificios destinados a resistir las injurias del tiempo para la difusión y conservación del conocimiento, de suerte que en sus paredes y especialmente sobre piedras colocadas a perpetuidad se inscribían para futura referencia los datos concernientes a los principales descubrimientos y comprobados fenómenos de la vida.

Estas inscripciones dan numerosos indicios de que los lemurianos vaticinaban muy de antemano los sucesos futuros y que mucho de lo que grababan en las paredes había de conservarse durante millones de años a fin de que las futuras generaciones pudieran saber la verdad respecto de un pueblo tan antiguo.

Por lo tanto, tenemos la seguridad de que los lemurianos vaticinaron alguno de los violentos cataclismos capaces de destruir, si no todo, gran parte de su continente y dispersar a sus habitantes por el mundo entero, sin dejar memoria de su existencia. A fin de evitar tan completo olvido grabaron en las piedras de sus templos las inscripciones de que los arqueólogos han adquirido hoy día el conocimiento de los lemurianos.

Muy alto era el grado de moralidad en Lemuria, aunque los actuales puristas tildarían su código de amoral, antes que considerarlo como moral o inmoral.

Notamos la absoluta carencia de emblemas o indicios de que su religión consintiera el culto fálico o cualquier

otra forma de sexualidad. Las investigaciones demuestran que el falicismo fué muy posterior a los lemurianos y cosa de tribus incultas en lejanas tierras.

En cuanto al desnudo, no se jactaban los lemurianos de desnudistas ni tampoco eran mojigatos y remilgosos en este particular, pues no daban la menor importancia a la desnudez del cuerpo, aunque iban vestidos y nunca aparecen desnudos en sus representaciones pictóricas. Su traje era talar y flotante, muy parecido al de los egipcios y árabes de hoy día y seguramente lo usaban así para resguardarse del calor. Pero tenían baños públicos en cada comunidad, al estilo en que después los tuvieron los romanos, en los que se bañaban completamente en cueros ambos sexos sin avergonzarse de su desnudez.

Había muy concretas reglas en lo referente a las relaciones sexuales y sus matrimonios se celebraban con ceremonias todavía en uso entre los indígenas de las islas del Pacífico. Según las crónicas y documentos que respecto de este punto han llegado hasta nosotros, cuando un joven y una doncella se habían relacionado lo bastante para creerse dignos de unirse en matrimonio, declaraban su propósito ante el supremo magistrado civil y espiritual de la población, quien consultaba con las respectivas familias y si los padres consentían, fijaba fecha para la celebración de la ceremonia preliminar del efectivo matrimonio. El día señalado, los novios, sus padres y parientes y cuantos vecinos se interesaban en el asunto, se congregaban en la plaza frente al templo y se despojaba a los novios de sus ropas

y de cuantos objetos materiales llevaban encima. De esta guisa, triunfalmente escoltados por una música, entre las flores que sobre ellos esparcían y los aplausos que les tributaban los acompañantes, se les conducía hasta el límite del término municipal. Allí habían de internarse por lo menos hasta ochenta kilómetros en terreno virgen. Si durante la ceremonia se les encontraba oculto entre las trenzas de la cabellera, o en las manos cerradas algún objeto material por insignificante que fuese, se suspendía el acto y se aplazaba hasta pasada una lunación o también se les podía negar la licencia para contraer matrimonio.

En el desierto habían de permanecer dos lunaciones y después volver al templo con sus respectivos acompañamientos. Si a la vuelta podía la novia demostrar que se había provisto de vestiduras hechas con pieles o plumas de animales y con fibras vegetales, que su novio la había protegido contra los ataques de los animales silvestres, proporcionándole suficiente alimento y cómodo descanso en el seno de la salvaje naturaleza, por lo que estaba convencida del amor que por ella sentía; y si el novio por su parte demostraba que también se había proporcionado vestido, alimento y protección contra los animales salvajes y que su novia le había ayudado idóneamente en todo y continuaba amándola como el primer día, fascinado por sus encantos, se fijaba la fecha para el matrimonio que se celebraba en el templo con un complicado ritual, una de cuyas ceremonias consistía en hacer una ligera incisión en el índice de la mano derecha de cada uno de los contrayentes, ven-

dando después las dos manos juntas para que se mezclasen ambas sangres. El matrimonio tenía carácter sagrado y sólo podía disolverlo la muerte de uno de los cónyuges. En Lemuria no existía el divorcio ni la llamada separación de cuerpos. Si los novios volvían del desierto quejándose la novia de la falta de asistencia del novio en cuanto a la alimentación, vestido y descanso o de su poco cariño y escasas atenciones; y si el novio se quejaba de la poca ayuda de su compañera, no se celebraba el matrimonio y la pareja quedaba condenada a permanecer vitaliciamente en soltería. En resumen, los novios habían de demostrar su aptitud para satisfacer las necesidades de la vida y mantener vivo su mutuo amor en medio de las más difíciles circunstancias.

No podemos menos de preguntarnos cuántos novios de hoy día serían capaces de permanecer dos meses en un paraje solitario y agreste, sin el más insignificante objeto material y construir una choza, confeccionarse vestidos, proporcionarse alimento y ayudarse mutuamente con inquebrantable cariño. Pocos matrimonios se celebrarían hoy si se sometiese a los novios a semejante prueba.

Las relaciones comerciales y mercantiles estaban sujetas a ciertas normas cuya violación inhabilitaba para coparticipar durante algún tiempo en los intereses de la comunidad.

Los párvulos estaban cuidados en una guardería municipal por personas especialmente escogidas para educarlos física, intelectual y moralmente. En cada

población había médicos muy entendidos en terapéutica, herboristería y cirugía y según los datos encontrados en diferentes lugares, el masaje y los ejercicios físicos formaban parte de la terapéutica en determinadas circunstancias. Pero ni las drogas ni las hierbas eran los más usuales medicamentos, pues generalmente se empleaba la terapéutica mental en forma de meditación y oraciones o la magnética por la imposición de manos.

A lo que ya dije respecto de la muerte, se ha de añadir que en Lemuria no se conocían las pompas fúnebres ni los cementerios, pues no daban la menor importancia al desechado cuerpo físico. La circunstancia de que cada individuo señalaba el día y hora de su muerte, excavaba su propia sepultura y en ella se tendía para exhalar el último aliento, demuestra la poca importancia que daban los lemurianos a la parte física de nuestro ser.

De los documentos que han llegado hasta nosotros se infiere que tres días después del tránsito de un individuo, obtenida la seguridad de que había desechado su cuerpo físico, cubrían el cadáver con una materia química muy semejante a la cal, que lo corroía sin dejar residuo ni contaminar el suelo.

Siempre excavaban las sepulturas dos individuos, uno de ellos el que por haber señalado su muerte, había de ocuparla y las excavaban en dirección de Este a Oeste, con la cabeza del muerto hacia el Este.

Parece que al cabo de algunos millares de años se reformó algún tanto el ceremonial de los entierros, porque las crónicas demuestran que el individuo que

señalaba su muerte, no se echaba tendido en el hoyo (que ahora era cuadrado y no longitudinal) sino arrodillado o en cuclillas de cara a Oriente con la manos cruzadas, permaneciendo así en meditación hasta sobrevenir la muerte y tres días después se cubría el cadáver con la substancia química de que hemos hablado. Se han descubierto tumbas en que el esqueleto, con todavía algo de carne adherida y con una compacta capa de tierra en sus contornos, conserva la posición de hinojos o la de en cuclillas.

Como quiera que ne so conocía la propiedad individual, tampoco había legados ni herencias ni testamentos, si se exceptúa la transmisión de algún objeto de adorno y uso fervorosamente personal sin otro valor que el del recuerdo.

Abundaban el oro y el platino, pero no tenían ningún valor monetario, pues tan sólo se empleaban como materiales para fabricar objetos de adorno. Pocas referencias hay respecto a minerales que pudieran llamarse preciosos, excepto una piedra encarnada que acaso fuese el rubí; y si hubo diamantes en Lemuria no les daban más valor que si hubiesen sido pedacitos de vidrio. Las plumas de brillantes colores eran los usuales adornos de los lemurianos y el mármol empleado en la construcción de los templos era el más preciado producto del suelo y el que con mayor cuidado se empleaba.

Las casas eran espaciosas, muy bien ventiladas y el dormitorio consistía en una tarima o camastro levantado sobre el suelo y rodeado de una red de fibras vegetales

que lo protegía contra los insectos y menudos bicharracos. Esta especie de pantalla estaba abierta por la cabecera para asegurar la ventilación. Los manjares se guisaban al fuego o por el calor solar en hornillos a propósito. Había horas señaladas de cotidiano culto religioso y estudio para todos los vecinos de la población, con reglas especiales para la ablución matinal luego de salido el sol al mediodía y al atardecer todos los vecinos tenían unos cuantos minutos de concentración espiritual.

Esta es, en términos generales, la descripción de la vida colectiva de los lemurianos de cuyas otras actividades trataremos en el siguiente capítulo.

Capítulo VIII

HECHOS NOTABLES DE LOS LEMURIANOS

Aparte del extraordinario desenvolvimiento psíquico y espiritual logrado por los lemurianos, que les dió singulares ventajas en el orden individual, considerados como nación, prosperaron en muy alto grado en ciencias y artes y en el dominio de los problemas mundiales.

Cuando se dice que los egipcios alcanzaron un grado de civilización y de cultura intelectual superior al nuestro, se toma en un sentido relativo, porque sólo es una relativa verdad.

Cuando decimos que los lemurianos llegaron a un grado de civilización superior al nuestro, también se ha de entender en sentido relativo, aunque hay pruebas de que científicamente estaban mucho más adelantados que nosotros.

Pero si consideramos las naturales dificultades con que tropezaban aquellas antiguas gentes y si tenemos en cuenta que no disponían de los medios de que nosotros disponemos y que muchos de nuestros actuales adelantos derivan de los que ellos hicieron, podemos decir en verdad que aquel antiguo pueblo alcanzó un grado

de civilización superior al nuestro, habida cuenta de las circunstancias de lugar y tiempo en que se desenvolvieron.

Si un individuo en plena juventud naufraga en una isla desierta y con su ingenio es capaz de extraer del suelo cuanto satisface sus necesidades y de convertir la grosera materia en delicados instrumentos con que construye hermosas viviendas y se proporciona comodidades y hasta lujos, bien podremos decir que individualmente ha llegado en ciencias y artes a un nivel superior al de otro individuo que en la misma época vivió en una populosa ciudad donde tuvo a pedir de boca la satisfacción de todas sus necesidades.

Cierto es que hoy muchas maravillas de la ciencia se convierten rápidamente en objetos de usual aplicación, que nuestros hijos y nietos mirarán como cosas corrientes de la vida social. Desde luego que ni los lemurianos ni los atlantes ni los egipcios ni otro pueblo antiguo conocieron nuestras modernas invenciones; pero sería grave error creer que estas modernas invenciones denotan un mayor grado de civilización y cultura del que a no dudar tuvieron los pueblos antiguos.

Por ejemplo, los lemurianos no conocieron la radio; pero aun este moderno método de intercomunicación es engorroso y los cientistas y filósofos sueñan en la manera de mejorarlo y simplificarlo.

En cambio, el método de intercomunicación de los lemurianos era científicamente muy superior a nuestra moderna radio, pues según quedó dicho, podían comunicarse mentalmente y sin necesidad de aparatos a

cualquier distancia por lejana que fuese, por medio de una facultad a la que hemos llamado "telepatía mental". Esto indicaría que mientras nosotros hemos colocado nuestra fe en las fuerzas de la naturaleza tales como la electricidad y hemos construído aparatos mecánicos para transmitir esta energía de un punto a otro, los lemurianos procedieron en un sentido muy superior y edujeron una muy interna facultad para la transmisión de una energía mucho más sutil que la grosera electricidad por nosotros usada.

Sus medios de comunicación a distancia no estaban formados por engorrosos aparatos ni sujetos a reglas de funcionamiento ni a tarifas de abono y pago ni entorpecidos por las tempestades y los parásitos.

La facilidad con que se comunicaban y la exactitud con que se transmitían y recibían las comunicaciones representa en este ramo una hazaña muy superior a nuestras actuales communicaciones de radio, de la propia suerte que el telégrafo, el teléfono y la radio representan un gran adelanto respecto de nuestros precedentes métodos de intercomunicación.

En algunos países de Oriente, los turistas de tónica científica e investigadora se sorprenden al ver la rapidez con que se difunde una noticia importante y llega a conocimiento de varias personas residentes en puntos muy lejanos. El arte de la transmisión del pensamiento es todavía muy misterioso a pesar de nuestros adelantos científicos y se le considera como uno de los enigmas que descifrará la ciencia futura.

En muchos otros aspectos alcanzaron los lemurianos

fama de maestros. Por ejemplo, en el arte de la construcción aventajaron en solidez y firmeza a todos los demás pueblos antiguos. Sabían por dilatada experiencia que su continente y las otras tierras del mundo sufrirían terremotos y erupciones volcánicas que por su influencia en el clima afectarían a sus construcciones y así fue que estudiaron detenidamente la resistencia de los materiales a los esfuerzos de tensión, compresión y torsión.

Cuando consideramos que algunos de sus edificios permanecieron durante cerca de treinta mil años sin recibir daño de los fenómenos sísmicos, nos convencemos de cuán admirablemente habían resuelto los problemas arquitectónicos.

No podemos nosotros sentirnos tan ufanos de nuestro arte de la construcción, si consideramos cuán fácilmente se derrumban al embate del más ligero terremoto, edificios proyectados por arquitectos y construídos por operarios conocedores de las condiciones del terreno en que edifican.

Al ver una moderna instalación eléctrica o de vapor con la enorme cantidad de materiales, trabajo y dinero invertidos en ella con el único propósito de suministrar una modalidad de energía natural y consideramos que los lemurianos aprovechaban la energía natural sin necesidad de tan costosas y complicadas instalaciones, nos convenceremos de que no hemos progresado tanto como nos figuramos en el dominio de la Naturaleza.

Los lemurianos movilizaron científicamente y con suma eficacia todas las fuerzas naturales. Ya dije cómo

impulsaban sus botes por medio de la energía radiante de una piedra. Indudablemente se valieron de algún análogo artificio para impulsar las aeronaves que con mucha frecuencia empleaban en sus exploraciones. Como quiera que no necesitaban motor ni gasolina ni propulsores, sus aeronaves eran más ligeras y de diferente traza que cualquiera de nuestros modernos aeroplanos.

Además, llevaban luz en sus aeronaves y reflectores de mucho mayor alcance que el más potente de los nuestros. Cualquiera que fuese la naturaleza de dicha luz, no era producida por gas, gasolina ni mecánicamente, sino más bien por un mineral de intensa radioactividad.

Nosotros apenas hemos comenzado a estudiar la radioactividad de los minerales y especulamos sobre la posibilidad de movilizar las naturales energías del universo. Nos dicen los físicos que un solo átomo encierra energía suficiente para provocar una tremenda explosión si supiéramos extraerla y aplicarla. Los lemurianos, ya por la fuerza de las circunstancias o porque conocieran las energías cósmicas, eran capaces de utilizar la de varios minerales y aplicarla concreta y eficazmente.

Una de las principales características de la acción científica de los lemurianos era el aprovechamiento de la energía solar sobre cuya posibilidad estamos hoy día especulando, pues se han construído algunos aparatos movidos por la acción del sol; pero los lemurianos utilizaban libremente la energía solar en todas sus poblaciones, para proporcionarles alumbrado por la noche y

fuerza motora durante el día, que accionaba grandes máquinas de piedra y madera empleadas en sus trabajos de construcción.

En botánica estaban tan adelantados, que la agricultura era para ellos una labor tan científica como la que hoy día se efectúa en cualquier jardín botánico. En arte estaban guiados por su pleno conocimiento de las leyes cósmicas y por ciertas reglas que hoy sólo se enseñan en las escuelas de arquitectura, pero que ellos consideraban como principios fundamentales de general aplicación a la vida práctica y a todas las ciencias y actividades humanas.

Algunas viviendas estaban excavadas en la firme roca de las faldas de las montañas y otras eran de piedras raras construídas a imitación simbólica de los espaciosos templos de sabiduría, con líneas y contornos de cósmica y espiritual significación.

Los lemurianos expresaban de diversos modos los principios cósmicos, pero la ley fundamental de estos principios estaba expresada por la "Ley del Sagrado Cuaternario".

El grabado inserto da idea de alguna de las formas en que estaba representada gráficamente dicha ley, como la cruz sencilla o decorada. Generalmente se trazaba circunscrito al símbolo del cuaternario un círculo representativo de que el universo y todo cuanto por ser eterno no tiene principio ni fin, se funda en la Ley del Sagrado Cuaternario.

La cruz cuyos brazos tocan el círculo circunscrito, según se ve en el dibujo central de la hilera inferior de

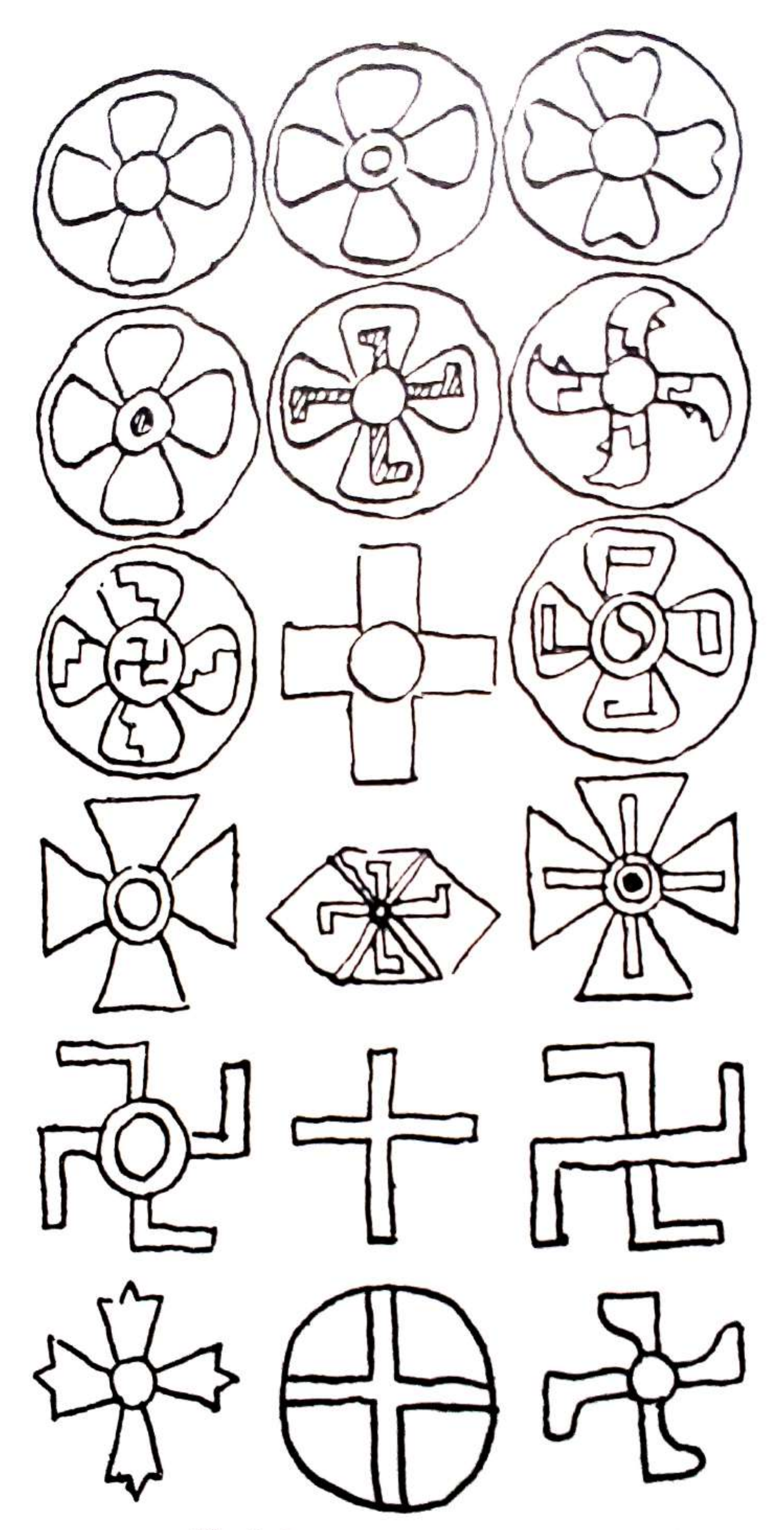
la lámina, fué posteriormente entre los descendientes de los lemurianos la Cruz Rotaria; y aunque esta forma llegó también a ser la típica de las ruedas de los carros primitivos, se aplicó la *rueda* a dicho símbolo para representar los movimientos de rotación de la tierra sobre su eje y de translación por el espacio cósmico. Era símbolo de revolución.

Más tarde, la Cruz Rotaria fué el primer símbolo de los místicos rosacruces, herederos de las primitivas enseñanzas místicas de los lemurianos por conducto de las escuelas esotéricas de India y Egipto.

Los cuatro principios a que los lemurianos se referían en su simbolismo eran los principios creadores del universo, así como las cuatro leyes fundamentales que gobiernan la geométrica y matemática forma de todas las cosas creadas.

Como quiera que el círculo circunscrito representaba el universo, se le daba a veces forma oval, porque los lemurianos consideraban el huevo como el germen de todo ser viviente y así el cuaternario inscrito en un óvalo representaba el proceso de la germinación.

Dice una tradición lemuriana que en la génesis del universo, mandó Dios a los cuatro principios que edujeran toda vida y que los cuatro principios comenzaron su obra en el interior de un huevo cósmico. Conviene discurrir brevemente sobre las diferentes formas en que la cruz ha sido adoptada como símbolo por los diversos pueblos en toda época y también como símbolo religioso y filosófico, pues nos dará nueva prueba de que su sagrado principio espiritual y filosófico, universal-



Símbolos del Sagrado #4

mente reconocido hoy día, puede atribuirse a la alta inspiración espiritual de los lemurianos.

Los dibujos mostrados en la lámina inserta, son copia de los esculpidos por los lemurianos en piedras encontradas no sólo en las ruinas de poblaciones establecidas por sus descendientes en California y Sudamérica sino también en varias islas del Pacífico.

Los lemurianos debieron de gozar dichosamente de la vida, pues inventaron los medios de producir cuanto convenía a la satisfacción de todas sus necesidades, gustos, recreos, aficiones y comodidades. Seguramente que no les aventajamos hoy en este punto, porque hemos entrado en un ciclo de necesidades facticias que sólo pueden satisfacerse con artificios. Hemos inventado el teatro como un medio artificial de estudiar la historia y los problemas humanos y creemos que tanto el teatro como el cine son o pueden ser elementos de cultura al par que de diversión.

Si consideramos que el teatro y el cine se nutren principalmente de argumentos entresacados de la vida y sucesos cotidianos, reconoceremos que este medio artificioso y convencional podría substituirse por la directa observación de los hombres y de las cosas. Así fue que sin teatros ni cines gozaron los lemurianos de todas las dichas de la vida, a pesar de que tildamos de atrasadas e incultas a las poblaciones que carecen de teatro y de cine.

El mismo razonamiento cabe aplicar a varios de nuestros modernos adelantos. La necesidad de dinero y la no menos facticia de ahorrar tiempo son las dos falsas

normas a que han obedecido la mayoría de las modernas invenciones. Requerimos automóviles y otros medios de rápida locomoción, obcecados por una falsa idea del valor del tiempo. La radio se propuso superar al correo, telégrafo y teléfono en el servicio de comunicaciones, en atención al gran ahorro de tiempo. Construímos grandiosos edificios y extensas ciudades, no por estímulos del arte, sino teniendo en cuenta el valor del terreno.

Si analizamos todo cuanto hoy representa nuestros adelantos en la civilización, veremos que no hemos adquirido nada que los antiguos no tuvieran y de ello disfrutaron a causa de su naturalidad.

Si viviéramos de conformidad con las leyes de la vida y no fuera tan falso el concepto que de ella tenemos, podríamos eliminar cuantos artificios sirven tan sólo para satisfacer necesidades aparentes y su falta no obstaculizaría en lo más mínimo el logro de la paz y la felicidad. Por lo tanto, los lemurianos se ocuparon mayormente en establecer colonias en lejanas tierras y en educar a las generaciones nacidas en los poblados que fundaron.

Una de las antiguas crónicas refiere la historia de cómo los últimos descendientes de Lemuria visitaron en Alaska una población fundada por los primitivos emigrantes lemurianos. Los visitantes esperaban hallar a los vecinos de aquella población disfrutando de todas las ventajas de que los lemurianos gozaban en su continente; pero se sorprendieron al notar que habían retrogradado y eran tan diferentes en color de la tez,

en trajes, usos, costumbres, lenguaje y escritura, que difícilmente se convencieron de que no procedían de otra muy distinta raza humana.

Emprendieron los visitantes la misionera obra de ayudar a aquellas gentes a modernizar su población y alcanzar el mismo nivel de cultura a que había llegado el continente, aunque parece que no pudieron lograrlo del todo y desistieron de la obra al notar que las condiciones del suelo, del clima y del ambiente habían desfigurado el original carácter de aquellos colonos, haciéndolos apáticos e indiferentes a toda cultura; y es muy probable que desde entonces aquella tribu alaskiana se esparció por otras tierras y por medio de entremezclas matrimoniales perdió la mayor parte de sus características raciales y degeneró en un pueblo nómada, quizá subsistente todavía en las comarcas del Norte.

Las emigraciones de los lemurianos a otras tierras tuvieron feliz éxito y las crónicas demuestran que los continentales se mantuvieron en contacto durante siglos con las colonias de México, Sudamérica, Egipto, Asia y Europa, de suerte que de este incesante contacto y comparación de ideas y principios, resultó un intercambio universal en determinados puntos de agricultura, lenguaje, arquitectura, música, arte, ritos y otras humanas actividades que son hoy los puntos de coincidencia entre todos los pueblos y todas las razas.

Capítulo IX

COLONIAS Y DESCENDIENTES DE LOS LEMURIANOS

Si consideramos que los lemurianos fueron la primera raza humana definidamente conocida por la historia y que el continente de Lemuria fue la cuna de la civilización, tendremos que de los lemurianos descienden todas las razas que hoy pueblan la tierra.

La circunstancia de que Lemuria era un vasto continente que abarcaba más de la mitad del circuito del globo, explica la gran variedad de razas y tribus que hallamos aun en los primeros períodos de la investigación étnica.

Según expusimos, del clima, del ambiente y de los deseos y exigencias de la vida derivan la mayor parte si no todas las diversidades que hallamos en el color, complexión, fisonomía, porte, costumbres y usos de todas las razas humanas, porque Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, de un definido tipo y si este tipo no hubiese recibido los efectos de las influencias externas, los descendientes de la primera pareja hubiesen sido de la misma condición física que sus progenitores, excepto en los resultados de la evolución y desenvolvimiento espiritual.

Pero si tenemos en cuenta la enorme superficie del

continente lemuriano, en cuya habitable porción se diferenciaban todos los climas con diversas condiciones de suelo y de productos; si consideramos la antigüedad del continente y de sus pobladores, que habían sufrido muchos cataclismos no sólo de índole material sino en las condiciones morales de las gentes, comprenderemos fácilmente que los lemurianos al diseminarse por su propio continente en el transcurso de muchos siglos, diesen origen a tribus de variado color, distinta configuración y diversos usos y costumbres.

Indudablemente, en los primeros tiempos de la civilización lemuriana, se trasladaron los habitantes de unos lugares del continente, acuciados unos por las vicisitudes de la vida y anhelosos otros de explorar nuevas comarcas. Muchas de estas emigraciones debieron de hacerse a puntos muy distantes del de partida y en los de llegada establecerían colonias y fundarían poblados comunales.

La grandísima distancia entre estas colonias y las diferencias de terreno, clima y condiciones de vida, determinaron graduales cambios en la fisonomía y personalidad de los colonos tales cambios fueron el embrión de una nueva rama racial del pueblo lemuriano.

Había comarcas de Lemuria sumamente frías que seguramente sufrieron los efectos del período glacial. En cambio, había otras comarcas que estaban ubicadas en una faja de temperatura extremamente tropical.

Cuando una parte del continente experimentaba los rigores de un crudo e intempestivo invierno, otra parte estaba en plena canícula.

Pocos hechos relevantes bastan para forjarnos una

imagen del crecimiento y desarrollo de las razas humanas descendientes de los primitivos lemurianos. Algunas de sus emigraciones a lejanos puntos del continente dieron por resultado el completo aislamiento de la colonia que sin contacto con la raza original, hubo de progresar autóctonamente; como quiera que el tiempo es un formidable factor no sólo en el desenvolvimiento de las humanas características, sino en el olvido de antiguas tradiciones, usos y costumbres, resultó que muchas colonias, una vez perdida la relación con la raza original, engendraron nuevos idiomas y adaptaron sus costumbres a las condiciones de vida a que el clima y el suelo les obligaban con los graduales cambios que fueron ocurriendo en el transcurso de cien mil años.

Pero era natural que a pesar de todo quedaran vaga e indefinidamente grabados en su conciencia ciertos principios, creencias y tradiciones de extraordinarios acontecimientos y en estas reminiscencias hallamos el hilo que en nuestras investigaciones nos conduce al común origen de todas las razas humanas.

En lo registrado más o menos permanentemente por los primitivos lemurianos hay ideas transmitidas a través de mil generaciones. En la tradición oral de labio a oído, cabe el riesgo de que el concepto original se vaya amplificando, restringiendo, adulterando o desfigurando de generación en generación; pero no hay tal riesgo en las ideas, conceptos o enseñanzas que por su máxima importancia se esculpieron en piedra y permanecieron fijas y visibles durante millares de años; y precisamente en estas ideas comunes a tribus y pueblos

muy separados unos de otros encontramos la prueba de la original unidad del linaje humano.

Lo más sagrado para el individuo es también lo más susceptible de permanecer intacto de generación en generación, como por ejemplo los días festivos, las prácticas religiosas y ciertas costumbres e ideales colectivos, según se observa en las numerosas y diversas tribus del continente americano, así como en otras que ninguna relación aparente tienen con ellas. De ello cabe inferir que todos estos pueblos con tan unánime asentimiento en determinados puntos tuvieron un origen común o por lo menos una íntima relación en tiempos remotísimos.

De los documentos que han llegado a nuestros días, sabemos que cuando la parte occidental de Lemuria, ubicada en el océano Índico, comenzó a hundirse, sus habitantes emigraron en distintas direcciones. África era la tierra más cercana de aquella porción occidental y parte del hoy continente africano estaba entonces unida a Lemuria, pero era un país pantanoso, únicamente habitable en la región oriental de las nacientes montañas que hoy son las islas de Sumatra, Java, Borneo, Australia, Nueva Zelandia y algunas otras, donde se establecieron los emigrantes lemurianos que huían del hundimiento de su continente y fundaron nuevas colonias que dieron origen a nuevas razas.

Siglos después, la colonización se extendió a las costas del hoy continente americano y a través de la Atlántida llegaron los colonizadores al África que ya era habitable por haberse desecado los pantanos. Los le-

murianos que se aventuraron a colonizar puntos tan distantes, vieron con el tiempo que estaban separados por el océano de su originario país y adaptándose a las condiciones locales, engendraron nuevas razas.

Ya expliqué cómo la influencia del clima y el sol en campo abierto propendía a obscurecer la piel de los habitantes de países cálidos, mientras que era más claro el color de los que habitaban en comarcas frías o templadas. Los demás colores de la piel, como el amarillo y el cobrizo, que suelen tomarse por distintivo de las razas, son igualmente efecto de las diversas condiciones del clima y del ambiente.

Si pasamos por alto cien mil años y comenzamos nuestro estudio de las razas humanas dos mil antes de la era cristiana, las hallaremos ampliamente distribuídas por el mundo con tan distintas características, que parece como si no hubiesen derivado de un tronco común.

En el año 2000 antes de Cristo encontramos ocho definidas clases de gentes que pudiéramos denominar egeos, egipcios, hititas, amoritas, iranios, indos, hunos y chinos. Las seis últimas constituían los grupos alpinos, protonórdico, semítico y mongol, mientras que las dos primeras formaban el grupo mediterráneo.

En aquel tiempo, los egeos eran los navegantes cretenses del primer período intermedio minoico, con cultura desenvuelta bajo la influencia egipcia y habían fundado en Cnosus una monumental ciudad que llegó a ser la capital política y mercantil para el comercio con Egipto y Babilonia. Evidentemente fueron la mayor po-

tencia mediterránea y adelantaron rápidamente en la civilización, aunque su país sufrió varias convulsiones geológicas. Emularon a los egipcios en arquitectura y arte y establecieron colonias en Sicilia, sur de Italia y Asia Menor, hasta que tropezaron con los griegos y de su contacto con este pueblo, resultó una nueva rama racial.

Los egeos entraron en Siria y de ellos derivaron los filisteos mencionados en la Biblia. Desde esta época, que era el siglo XIII antes de Cristo, la raza de los egeos se mezcló con otras y al cabo de algunos siglos quedó extinguida, al paso que los griegos, de ella descendientes, desenvolvieron una nueva civilización que fué creciendo en poder durante los siglos precristianos hasta que comenzó a decaer en el siglo II de la era cristiana.

Los egipcios fueron una de las ramas descendientes de los primitivos colonizadores del Nilo poco después del hundimiento de Lemuria y en el año 2000 antes de Cristo habían progresado notablemente en agricultura, arquitectura naval, política, comercio, arte, legislación, literatura y matemáticas. A mediados de la XII dinastía se unificó Egipto en un poderoso estado feudal bajo los reyes tebanos. Un siglo más tarde culminó en su cenit la civilización egipcia, que fué entonces las más perfecta del mundo. En el siglo XIX antes de Cristo se estableció el culto del Sol representado por el dios Ra y entonces comenzó un período de luchas intestinas cuyo resultado fué la invasión del país por las tribus semíticas de los hyksos, cuyos caudillos se apoderaron de Egipto y lo

gobernaron con el título que la historia les confiere de reyes pastores. Los nuevos dueños poseían un espíritu tan señaladamente militar, que sus ordenanzas sirvieron de fundamento al régimen militarista hoy vigente en Europa y América, dando a las guerras un carácter que parece algo humanitario. El arte sufrió las consecuencias del nuevo orden de cosas, aunque el robustecimiento del poder político dió motivo a la construcción de hermosos edificios públicos. Por fin, los hyksos fueron expulsados con la ayuda de un ejército organizado en Etiopía, donde un primitivo grupo de inmigrantes lemurianos había fundado colonias y engendrado una raza de piel obscura. La introducción de esta raza en Egipto tuvo señalado efecto en las futuras generaciones.

Hacia el año 1500 antes de Cristo entraron los egipcios en relaciones comerciales con Babilonia y se intensificó vigorosamente la actividad literaria, de suerte que de aquella época datan las famosas escrituras sagradas que han llegado hasta nosotros, entre ellas el *Libro de los Muertos*.

Poco después, un insigne estadista, el rey Thutmose III, llamado el "Napoleón egipcio" conquistó Siria y Etiopía y la reina Hatshepsut realzó la ciudad de Tebas, capital de Egipto, al pináculo de su esplendor. Así nació el imperio egipcio y se construyeron magníficos templos en Karnak, Luxor y otros lugares y progresaron las artes y las ciencias, aunque por otra parte se inició una decadencia espiritual que amenazaba menoscabar la prosperidad del imperio.

Los descendientes de Thutmose III y de la reina Hatshepsut se dieron cuenta de que la religión y la moral eran indispensables para salvar al imperio y a la humanidad y en el siglo XIV antes de Cristo, los miembros de la real familia trazaron los primeros planes para el desenvolvimiento cultural y la fundación de escuelas secretas que difundiesen la cultura. Estos planes culminaron en el reinado del incomparable faraón Amenhotep IV que hizo radicalísimas reformas en religión y en todas las instituciones científicas, políticas y éticas del país. En religión estableció el concepto monoteísta del único y eterno Dios, que transciende todos los símbolos y todos los atributos y es superior a los antiguos dioses y a todo ser viviente sobre la faz de la tierra. Mudó su nombre de Amenhotep por el de Akhnaton.

Aquella fué la primera vez que en el mundo actual se introdujo la antigua idea lemuriana de una religión monoteísta; pero los sacerdotes bien hallados con su idolatría criticaron las reformas religiosas de Amenhotep IV quien secundado entonces por sus partidarios recurrió al establecimiento de escuelas y fraternidades secretas donde se enseñara a los capaces y deseosos de comprenderla la verdadera religión monoteísta con sus códigos de ética y de moral.

En este plan, felizmente realizado, descubrimos el origen de las fraternidades secretas, con sus símbolos, rituales, iniciaciones, palabras de pase y signos de reconocimiento, que siglos después formaron gremios y logias.

Murió Amenhotep IV sin sucesión masculina, pero

una de sus muchas hijas heredó el trono y contrajo matrimonio con un sagaz político llamado Tutankhamen, quien se alió con el sacerdocio para restablecer la idolatría por religión oficial de Egipto, a fin de aprovecharse personalmente de las riquezas y poderío del país. Murió Tutankhamen en la flor de su edad y fué sepultado en una tumba que él mismo había mandado construir en un lugar secreto, en la que con su momia se enterraron todas sus riquezas y que los modernos investigadores descubrieron hace pocos años.

De entonces en adelante decayó el poder de Egipto y pasado el siglo XII a. de C. se acrecentó rápidamente la decadencia por el ataque de los libios y otros pueblos, de suerte que en el siglo XI de la era antecristiana se derrumbó el imperio. Poco antes habían invadido el país tribus extrañas antecesoras de los israelitas que posteriormente salieron del país para establecerse en Palestina.

Los hititas descendían de razas indoeuropeas que se habían mezclado con la alpina y fueron los ascendientes de los actuales armenios. En el año 1800 a. de C. habían fundado un reino en el Asia Menor y cultivaron la escritura cuneiforme a la que adaptaron la jeroglífica del lenguaje indoeuropeo. En cuanto a religión adoraban a la Tierra como madre de todos los seres vivientes y su historia desde el siglo XVII a. de C. es muy poco conocida, aunque se sabe que construyeron suntuosos palacios y que su rey Hattusil I, conquistador de Siria, fundó el imperio hitita, que aliado políticamente con una formidable potencia irania oriental, llegó a la

cumbre de su gloria en arte y civilización en el siglo xiv antes de la era cristiana.

La decadencia del imperio hitita comenzó por la época en que los israelitas salieron de Egipto y la posterior invasión de los asirios alteró su idioma, usos y costumbres hasta que en el siglo IX a. de C. desapareció del escenario del mundo sucediéndoles los sirios que a su vez decayeron al mezclarse con otros pueblos del siglo VIII a. de C., aunque sus ideales, usos y costumbres subsistieron todavía durante algunos siglos.

Los amoritas fueron quizá la más espiritual y artística de todas las razas descendientes de los lemurianos y se ocuparon principalmente en la recopilación de códigos jurídicos y en el cultivo del arte y la literatura. Hacia el año 2000 antes de Cristo fundaron el que llegó a ser poderoso imperio de Babilonia con la admirable ciudad de Ur donde la civilización alcanzó un grado superior a cualesquiera otras del mundo antiguo, hasta el punto de merecer el dictado de "La Luz de la ciudad de Ur". Más tarde fue el centro de la civilización de los caldeos que absorbieron a los sumerianos y otras tribus, determinando con ello una nueva raza que estableció la dinastía kasshita cuya religión adoraba a la Luna en un templo construído en Ur. El poderío kasshita comenzó a decaer después del siglo xvi a. de C. y decreció rápidamente cuando los israelitas conquistaron Palestina. Una raza descendiente de los amoritas estableció el imperio de Babilonia en el siglo X a. de C. De esta nueva raza descendieron los caldeos, que usaron la hegemonía del imperio y después de llegar a su máximo

esplendor en el siglo VI a. de C., fueron decayendo gradualmente hasta perder toda su influencia política y social en el siglo IV a. de C.

En el año 2000 a. de C. los iranios formaban varios grupos descendientes de los primitivos elamitas, mitanios, ceracios y arios. Probablemente introdujeron los primeros caballos en el Asia Menor y en la Mesopotamia y según las crónicas fueron los primeros que usaron en Asia como armas de guerra los arcos y flechas de los lemurianos. Eran muy hábiles en la fabricación de la alfarería ornamental y en el año 1800 a. de C. perfeccionaron el torno de alfarero que dió enérgico impulso a esta industria. Los centros de su arte y cultura eran Susa (Elam) y Anan. La llegada a la India de un crecido número de elamitas en busca de oro y cobre, intensificó el poder del imperio iranio, que aquistó fama por la hábil construcción de palacios y otros edificios y el trazado del desagüe en las poblaciones.

La raza irania permaneció firme y definida en carácter; y el poder de uno de sus reyes que destruyó a Babilonia y se apoderó de sus riquezas, hubiera podido ser el comienzo de un gran imperio, pero fué por el contrario el punto inicial de su decadencia, hasta que en el siglo IX antes de Cristo advino el insigne instructor Zoroastro quien restauró la cultura y poderío de su pueblo con su nueva modalidad de la religión monoteísta de los lemurianos, de carácter a la par místico y filosófico, cuyos sacerdotes recibieron más tarde el título de magos.

En el siglo VI a. de C. fundó Ciro el imperio persa cuyo núcleo de población fué la raza irania mezclada después con los habitantes de otros países.

A este período del nacimiento del imperio persa pertenece la compilación de la magna obra de Zoroastro titulada "Avesta".

Ciro derrocó el reino de Creso en Lidia, que con las ciudades griegas del Asia Menor pasaron al dominio del conquistador y Darío I se apoderó de Tracia, Macedonia y de las islas de Lemnos y de Imbros. A estas conquistas siguió la decadencia del imperio persa, a pesar de que estaban en todo su esplendor la cultura científica y filosófica. Durante algunos siglos fué presa el imperio de crímenes y trastornos, hasta que Darío III fué vencido por Alejandro Magno y los conquistadores helenos de Babilonia y Susa se asimilaron la cultura persa en el siglo II a. de C. Surgieron entonces nuevos pueblos que constituyeron por corto tiempo otro imperio persa entre los siglos II y VIII de la era cristiana.

Los indos, de pura raza aria y acaso los más genuinos descendientes de los lemurianos, estaban 2000 años a. de C. en un estado algo primitivo en la India, a causa de haber peregrinado largo tiempo por muchos países, hasta que finalmente invadieron el Punjab, ocupado por una raza de tan obscura piel, que se considera como el tronco de la actual raza negra. En el Punjab establecieron los indos primitivos su gobierno social de tribus y adelantaron notablemente en agricultura. Los indos absorbieron a los elamitas que se incorporaron con la savia de la religión y el arte de los lemurianos. La litera-

tura índica se desenvolvió en muy alto grado y en el siglo XV a. de C. comenzaron los indos a componer himnos en que describían sus costumbres y religión y el carácter de sus antepasados. Estos himnos se compilaron con el título de "Rig-Veda". El sánscrito llegó a ser el idioma nacional y a causa de la copiosa erudición literaria y artística de las clases superiores del pueblo, se estableció el sistema de castas. En arquitectura dieron gran impulso al método de excavar templos en las rocas y en las faldas de las montañas. Esta característica de su civilización alcanzó un magnificente grado en el siglo XI a. de C.

Finalmente, la casta sacerdotal obtuvo la supremacía sobre la de los gobernantes y aumentó el dominio territorial de los indos y su influencia en los reinos asociados. La religión brahmánica se estableció en la India por la época en que Zoroastro advino entre los iranios con sus revelaciones de una antigua religión. Interesa conocer que en esta misma época los babilonios desenvolvieron una nueva forma de espiritual comprensión y en Asiria se edificaron nuevos templos dedicados a un dios de más humanitaria índole. En Palestina, Judea y Siria, los israelitas daban nuevo carácter a sus creencias religiosas, al construir Salomón un gran templo revelador de la religión.

Los fenicios habían inventado por la misma época un nuevo alfabeto con propósito de perpetuar sus religiosos ideales y de este alfabeto derivaron los de toda la civilización occidental.

Al propio tiempo, en Abisinia, Arabia y Egipto tomaba nuevo aspecto la religión de Amén y hasta en

China y entre los hunos fueron reveladas nuevas ideas religiosas.

Todo esto nos da una leve idea de cómo la evolución religiosa, moral, ética, artística y científica de la humanidad ha progresado en ciclos paralelos a las alteraciones continentales y que en definidos períodos de los pasados doscientos mil años hubo mundiales revelaciones de índole religiosa y filosófica, como si la gran Mente Cósmica, gobernadora del mundo, según los lemurianos, predestinara tales revelaciones para la evolución del hombre y lo predispusiera a recibir nuevo conocimiento y nueva vida. El desenvolvimiento de la religión y filosofía induistas condujo al nacimiento y preponderancia de Gautama el Buda en la India, como inspirado mensajero de Dios. Sucedió esto en el siglo v a. de C. y en coincidencia con esta cósmica o divinamente inspirada vicisitud de la vida religiosa, aparecieron Confucio, instructor de los chinos, Ciro, el caudillo de los iranios y caldeos y otros en diversos países, incluyendo a Pitágoras entre los griegos. Esto indicaría que como una condición universal del progreso humano nacieron en definidos ciclos de tiempo inspirados instructores que llevaron a cabo su grandiosa misión.

En el siglo IV a. de C. el imperio de la India acrecentó su poderío; pero en él sobrevinieron varias invasiones, cambios de religión y muertes de insignes instructores, hasta que la invasión musulmana debilitó su poder.

Los hunos eran una raza poco numerosa que en un principio se esforzó en mantener su pujanza; pero los debilitaron las continuas correrías por las tribus de los mongoles y otras del Asia central. Por fin, los empera-

dores de China ajustaron tratados con los hunos del norte de China, llamados tártaros, quienes afirmaron su civilización y se defendieron de los ataques de los pueblos a que llamaban bárbaros; pero al fin, en el año 1000 a. de C. los venció el emperador de China Mu-wang y en el siglo VI antes de Cristo dejaron de existir como nacionalidad, aunque todavía hicieron varias correrías en China hasta que por su contacto con las tribus nómadas del desierto de Gobi, las prolongadas guerras los empujaron a Occidente. En el siglo III a. de C. cruzaron el Volga y embistieron a los ostrogodos y las tribus teutónicas de la Europa central, con las que más tarde se unieron contra los romanos y francos. Hacia el siglo IV de la era cristiana, su rey Atila vigorizó enormemente su imperio y después de muerto este caudillo se establecieron permanentemente en el sur de Rusia, Hungría y Bulgaria. En los siglos V y VI intentaron nuevas invasiones, pero durante algunos siglos permanecieron casi impotentes, hasta que se rehicieron en Rusia sus descendientes los tártaros y mongoles.

Los chinos, última de las ocho principales razas humanas en el año 2000 a. de C. son quizá la más interesante a causa de sus singulares características en idioma, religión, usos y costumbres. Su imperio estaba en aquella época dividido en nueve provincias bajo el autocrático gobierno de un emperador. Este régimen político era una ligera modificación del antiguo gobierno lemuriano. En un principio predominó el militarismo, que luego fué substituído por la filosofía y el conocimiento científico. Sin duda habían conservado

las más fidedignas crónicas de los tiempos antiguos y en tan alta estima tenían su bien trazado origen lemuriano, que su religión tomó la forma del culto a los antepasados, concretado doctrinalmente por el emperador Yao el año 1550 a. de C. Conviene advertir que los chinos poseyeron los primeros manuscritos auténticos que fueron bibliografiados en tablas e índices el año 1500 a. de C. al iniciarse una nueva modalidad de cultura.

El imperio chino se desenvolvió magníficamente y en el año 1200 a. de C. estaba constituído por 1.700 estados feudales regidos por el emperador. Desde entonces progresaron en el arte, la literatura y la ciencia y sus documentos científicos y literarios demuestran que presintieron muchos descubrimientos e invenciones de la ciencia moderna, llegando a ser admirables artífices metalúrgicos.

Confucio concretó en sus enseñanzas las antiguas filosofías y los antiguos ideales, dando con ello a China la norma de sus costumbres sociales y políticas y de sus creencias religiosas. La historia de China desde entonces hasta el presente es demasiado conocida para comentarla en este libro.

Al observar las actuales razas humanas con sus imperios, naciones y países, hallamos que algunas descienden de las que acabo de describir. Si consultamos cualquier enciclopedia, hallaremos en la descripción étnica de las razas y de las naciones, referencias a su origen, relacionándolo con las tribus y razas descritas en los precedentes párrafos.

Pero si quisiéramos encontrar todavía existente algún

pueblo de pura sangre lemuriana, habríamos de buscarlo entre los descendientes de los primitivos lemurianos que permanecieron en un país de condiciones geológicas y climatológicas tan semejantes como fuese posible a las de Lemuria y que no se mezclaron con otras tribus también descendientes de los lemurianos, pero alteradas en otras partes del mundo. Dicho de otro modo, para encontrar la más pura tribu lemuriana, deberíamos buscarla entre quienes hubieran permanecido en similares condiciones de ambiente y vida y hubiesen contraído matrimonio con individuos de su propia tribu.

Actualmente sólo hay en el mundo un país donde parte del antiguo continente de Lemuria ha permanecido con leves cambios de ambiente y condiciones de vida y al buscar allí los remanentes de los lemurianos, hemos tenido la fortuna de encontrar los representantes del genuino tipo, que han vivido durante millares de años en la misma localidad con un mínimo de mezclas matrimoniales y de extensas influencias. De este pueblo hablaremos en otro capítulo.

Capítulo X

LA MISTERIOSA CALIFORNIA

Podemos hallar misterio y novelería en las vidas de las naciones y países tanto como en las vidas de los individuos y quizá de todos los extraños y misteriosos países del mundo, ninguno como California tan abundante en elementos de atractivo y fascinador misterio.

De intento empleo la palabra *país*, porque cuanto más versado está uno en la historia, tradiciones y actual población del Estado de California, con sus heredadas costumbres e interesantes hábitos de vida, mayormente se convence de que los personales sentimientos que consideran a California como una república están más profundamente arraigadas de lo que se figuran la mayoría de norteamericanos.

A los que de diversas partes del mundo y especialmente del este de los Estados Unidos, llegan a California, les sorprende ver que el país está todavía muy ufano de la primera bandera de su república y que en cada festividad la enarbolan junto con la norteamericana.

No hay en la Unión otro Estado en que a los escolares se les enseñen tantos cantos que ensalzan las glorias

de California y pagan tributo a sus antiguas y presentes virtudes. También los adultos entonan estos himnos en los teatros, en los casinos y en públicas reuniones. El antiguo espíritu de fiestas y jolgorios está todavía tan vivo en el ánimo de los californianos, que cualquier pretexto, la visita de un ministro, de un diplomático, de un buque extranjero, el vuelo de algún aviador internacional, el descubrimiento de una nueva mina de oro o el aniversario de algún gran suceso de la historia de España o de California, les sirve para celebrar fiestas y revistas militares, cierran las escuelas y se reduce la actividad de los negocios y el elemento oficial se une a los ciudadanos para tomar parte en la fiesta, en carrozas adornadas con flores, llevando muchos de ellos trajes españoles y hay concursos de belleza y bailes callejeros y toda clase de festejos históricamente famosos.

El carácter de los habitantes es muy amable y en extremo tolerante con todos los puntos de vista, con todas las religiones, usos y costumbres, porque su unánime determinación es ante todo y sobre todo disfrutar en paz de los lícitos goces de la vida.

Este espíritu popular no ha perjudicado a los negocios sino que más bien los ha estimulado y mientras en el este de los Estados Unidos la fiebre de los negocios es el primario objeto de la vida, los californianos han demostrado la verdad de lo contrario.

El extremo contraste de clima, suelo y espíritu popular que actualmente se observa y las numerosas variantes entre ambos extremos constituyen una serie de condiciones que ayudan a que sea California tan atractiva.

En cualquier época del año se puede tomar el sol en sus playas y subir en tren o en automóvil a sus montañas en traje de verano o deportivo y gozar de las emociones de los patines y deportes de nieve.

De los fértiles y verdes valles esmaltados con mil variedades de flores silvestres; de las llanuras holladas por millares de rebaños o de los desiertos de arena acumulada por los vientos que deparan al pintor puestas de sol semejantes a las del Sahara, se puede ascender en pocas horas a los altísimos picachos rodeados de un agreste panorama o internarse en bosques todavía inexplorados por lo densos, que son un museo natural para los investigadores. Cada hora de excursión a caballo o en coche, a pie o en bote por las sierras, ríos, lagos, bahías y costas de California, ofrece continuas sorpresas y un siempre cambiante panorama que aviva el interés y despierta nuevas emociones.

Para el extranjero todavía es California la tierra del oro. La áurea amapola de los campos; las otras flores también doradas; los lindos colores de los melocotones, albaricoques, manzanas y otros frutos; el oro de las nubes que dura largo tiempo en los crepúsculos; los dorados reflejos en las aguas; las doradas tintas de las casas españolas con sus tapices, colgaduras, toldos, cortinas y otros motivos ornamentales; y el oro del suelo que les parece inagotable a sus buscadores, le dan al extranjero la idea de que ni la décima parte de California ha sido explorada ni descubiertas las admirables ocasiones que puede ofrecer.

Pero lo que a los científicos y filósofos interesa en

mayor grado que el oro de California y el espíritu de salud, vigor y dicha de sus habitantes son los muchos misterios que encierra y los relatos de antiguos tiempos que por doquiera se oyen en este extraordinario país.

Cuando el viajero procedente del este de los Estados Unidos recorre las tierras deshabitadas, las dehesas y los áridos valles de California, al llegar a la serranía le parece como si estuviera en un lejanísimo país, completamente distinto de todo el que acaba de recorrer. Al subir por las faldas a la cumbre de la cordillera entra en la nieve y el frío de las altas regiones en invierno o en la densa vegetación del verano. Después comienza, minuto tras minuto, en la interesante y serpentina ferrovía de las faldas de Sierra Nevada, el descenso a las glorias de California. Por doquiera se ven los restos y reliquias de los días en que los mineros levantaban apresuradamente chozas, cabañas y casetas, mientras otros se esforzaban en allegar la fortuna prometida por las viejas historias de California. Desaparece gradualmente la nieve, los valles van siendo más fértiles y floridos, aunque el terreno dejado atrás está cubierto de escarcha. Como quiera que cada minuto conduce al viajero más al oeste de California, hacia la costa del Pacífico, advierte que cambia rápidamente la naturaleza del suelo, que los árboles son diferentes, la formación de las rocas más distinta y pintoresca y hay profusión de flores silvestres, de variedades nunca vistas en el Este. Flores, helechos, palmeras y plantas que en el Este sólo viven en estufa o a fuerza de exquisitos cuidados, en aquella parte de California son silvestres y medran sin

cultivo. El clima es benigno y jubiloso el carácter de las gentes. El aire entraña tal vigor, que al forastero le parece sentir las vibraciones de alguna misteriosa vitalidad, de algo muy antiguo, muy remoto, romántico e impenetrable.

Así es que el forastero ya no se sorprende cuando cualquier ciudadano de esta república occidental le habla de las extraordinarias cosas que de día y de noche puede ver y oír.

Estoy seguro de que a ninguna Cámara de Comercio de las cultísimas ciudades de California, se le ocurrirá publicar un libro acerca de los lugares atractivos de las poblaciones, que ponderara las mágicas visiones, extraños sones y los peculiares misterios de sus términos municipales, porque a la masa general de las gentes no le interesarían estas cosas y algunos las repudiarían por inverosímiles; pero a los amantes del misterio, a los científicos e investigadores, a los intelectuales y pensadores, no sólo les atraen los misterios de California sino que nunca los pueden escrutar completamente y jamás los olvidan.

El investigador de una interesante situación, de una sorprendente circunstancia, de un fascinador relato o maravillosa experiencia encuentra otras de parecida índole, día tras día y milla tras milla mientras recorre la "Calzada Real" de California. Y al término de este viejo camino, los senderos indianos que conducen al monte o al Este, sumen al investigador en más hondas fantasías cuyo interés iguala al de los cuentos de hadas de nuestra niñez.

¿Son todas estas historias puras tradiciones transmitidas de generación en generación sin positivo fundamento? ¿Son los relatos y referencias de extraños sucesos, tan sólo engendros de la imaginación popular excitada todavía por las emociones de sus antepasados? ¿Son todas estas cosas puramente novelescas y peculiares del carácter festivo de los habitantes? La permanencia de sólo un mes en este maravilloso país convence a cualquiera de la probable verdad de todos estos relatos en los que hay poca exageración y menos novelería. El hechizo de los misterios de California va subyugando gradualmente al forastero que prolonga su estancia y en esto se encierra el secreto del universal entusiasmo que por esta tierra sienten sus hijos con tan firme convencimiento.

Quienes hayan leído los precedentes capítulos de este libro reconocerán que California es el país más antiguamente habitado, cultivado y civilizado de toda la superficie de la tierra y que subsiste con la misma configuración física y el mismo ambiente que cuando Dios lo creó. Ya dije que la ciencia reconoce que en los bosques de California, en sus montañas y valles, en las roquizas capas de sus cordilleras, en la arena de sus playas, en el suelo de sus costas se encuentran los más viejos seres vivientes del mundo; y en cuanto a los ejemplares de la materia inorgánica, a las reliquias de pretéritos, olvidados y prehistóricos tiempos, ofrece California la máxima abundancia de pruebas evidentes y tan fascinadoras descripciones despiertan la emoción novelesca, el espíritu imaginativo y palpita el corazón.

Por ejemplo, trasladémonos a la hermosa población de Santa Bárbara, donde hace pocos años un suave terremoto acabó de ajustar el suelo en que se asienta y cuyo ajuste comenzó en la época del hundimiento de Lemuria. En aquel bellísimo paraje con pintorescas mansiones que edificadas a lo largo de la costa recuerdan la Costa Azul de Francia e Italia y con una atareada población vestida siempre de fiesta, tenemos el asiento de un antiquísimo poblado cuyo misterio está todavía por escrutar. Cerca de la costa de esta singular ciudad, moderna por su progresiva arquitectura y su belleza norteamericana, pero antigua por las casas y edificios del tiempo de la dominación española, hay varias islas cuya historia nadie sabe del todo, pero que algún día atraerán a sus playas millones de turistas para que puedan decir en el mundo occidental que han visto tan memorables lugares. Porque tales islas fueron un tiempo los fortificados baluartes de una antigua raza cuyas moradas y cotidianas actividades ocupaban el distrito de tierra firme donde hoy está ubicada la ciudad de Santa Bárbara. Pero a causa de las continuas invasiones de desconocidas tribus de Sudamérica y de gentes del Norte y de tierra adentro, vivieron recluídos en su territorio, con un lenguaje, unas costumbres y una arquitectura distintamente propia, sin semejanza con ninguna otra en el resto del mundo.

Almacenaron en las islas todo cuanto en más estima tenían para resguardarlo del riesgo de eventuales conquistas y las fortificaron de un modo que asombra a nuestros modernos ingenieros militares. Este pueblo,

conocido técnicamente con el nombre de *chumash*, constituía una raza independiente, tal como sus antepasados aparecían en los ordinarios nomenclatores antropológicos; pero como adivinará el lector, eran una de tantas tribus que en separadas poblaciones descendián directamente de los lemurianos y siguieron viviendo en su propio país, sin mezclar su sangre con la de otras tribus.

Por lo tanto, era inevitable la desaparición de esta raza, como gradualmente desaparecen otros grupos de análoga descendencia en otras partes de California. Cuando Cabrillo descubrió estos *chumash* indígenas en 1542, se contaban 35.000; en 1771, al comenzar entre ellos la obra de los misioneros, una estadística exactamente computada, dió por resultado 8.960; y en 1900, sólo quedaban tres familias con nueve adultos, uno de los cuales vive todavía y se lo han llevado sus hermanos lemurianos a otra población.

La ciencia admite que estos indígenas estaban muy versados en el arte de la mar y expertos en el manejo del arpón y de la lanza. Otros denotaban, ya en 1542, mucha cultura y experiencia en alfarería, arquitectura, elaboración de cestos, astronomía, las ciencias en general y especialmente en lo que llamaban el arte de prevenir y curar las enfermedades.

Si algún día se explora e investiga debidamente el suelo de las islas fronteras a la costa de Santa Bárbara y el subsuelo de esta ciudad, se encontrarán valiosos datos para la historia humana y la de California, aunque éste es tan sólo uno de los muchos lugares californianos

que ofrecen inestimables oportunidades al científico, al soñador, al novelista y al artista.

De uno de los más numerosos grupos de descendientes de los lemurianos que todavía subsisten y constituyen uno de los más impenetrables misterios de California, hablaré en otro capítulo; pero hay en California otros interesantes lugares de que sólo puede tratarse muy brevemente, porque los completos pormenores de cada uno ocuparían varios volúmenes.

Geográficamente considerada California es una gran isla continental, si añadimos al presente Estado político de California los de Oregón y Wáshington y Baja California, pues el suelo, el clima, la fauna, flora y gea son en todos dichos lugares geográficos tan distintos del resto de los Estados Unidos, que podemos considerarlos aisladamente; y en efecto fueron en pasados tiempos una isla separada y distinta del continente americano.

El nombre de California nos da la primera clave del misterio romántico del Oeste. Durante largo tiempo se discutió el origen del nombre de California, pues aunque la toponimia de las poblaciones deriva de los nombres que les dieron sus fundadores, los españoles que exploraron el país y los misioneros que lo evangelizaron, el nombre de California no tiene analogía con ningún idioma europeo y revela un carácter muy singular.

El Rev. Eduardo Everett Hale descubrió en 1862 el origen del nombre de California y cómo se aplicó al país que lo lleva. Sus investigaciones le dieron a conocer que mucho antes de que California fuese la meta de los expedicionarios europeos y principalmente de los

españoles, se reimprimió en España un libro de caballerías que había sido muy popular en la época de las Cruzadas y era una antiquísima narración de tradicionales hazañas e investigaciones científicas. La reimpresión del libro logró mucha popularidad y en él se describía con toda la pompa novelesca de los días precursores de las Cruzadas, una isla occidental llamada California, regida por la reina *Califa,* la hermosa heroína de la caballeresca novela, diciendo que la isla estaba "a mano derecha de las Indias y muy cerca del paraíso terrenal."

La descripción de los habitantes era puramente mítica y novelesca; pero el relato daba pruebas de que estaba fundado en las expediciones de los que en tiempos prehistóricos arribaron a las costas de la isla y exploraron su suelo y estudiaron la índole de sus habitantes. La referencia de que estaba cerca del *paraíso terrenal* concuerda con otros antiguos relatos concernientes a la existencia en Lemuria del Jardín del Edén, cuna de la humanidad. La referencia a la gran cantidad de oro que podía hallarse en la isla de California, la quietud de las aguas que la rodeaban, su exuberante vegetación y la abundancia de frutos, lo delicioso del clima y la amabilidad de los habitantes, excitaron la imaginación de las gentes y dieron motivo a las numerosas expediciones que de varias partes del mundo tuvieron esta isla por meta de su ambición.

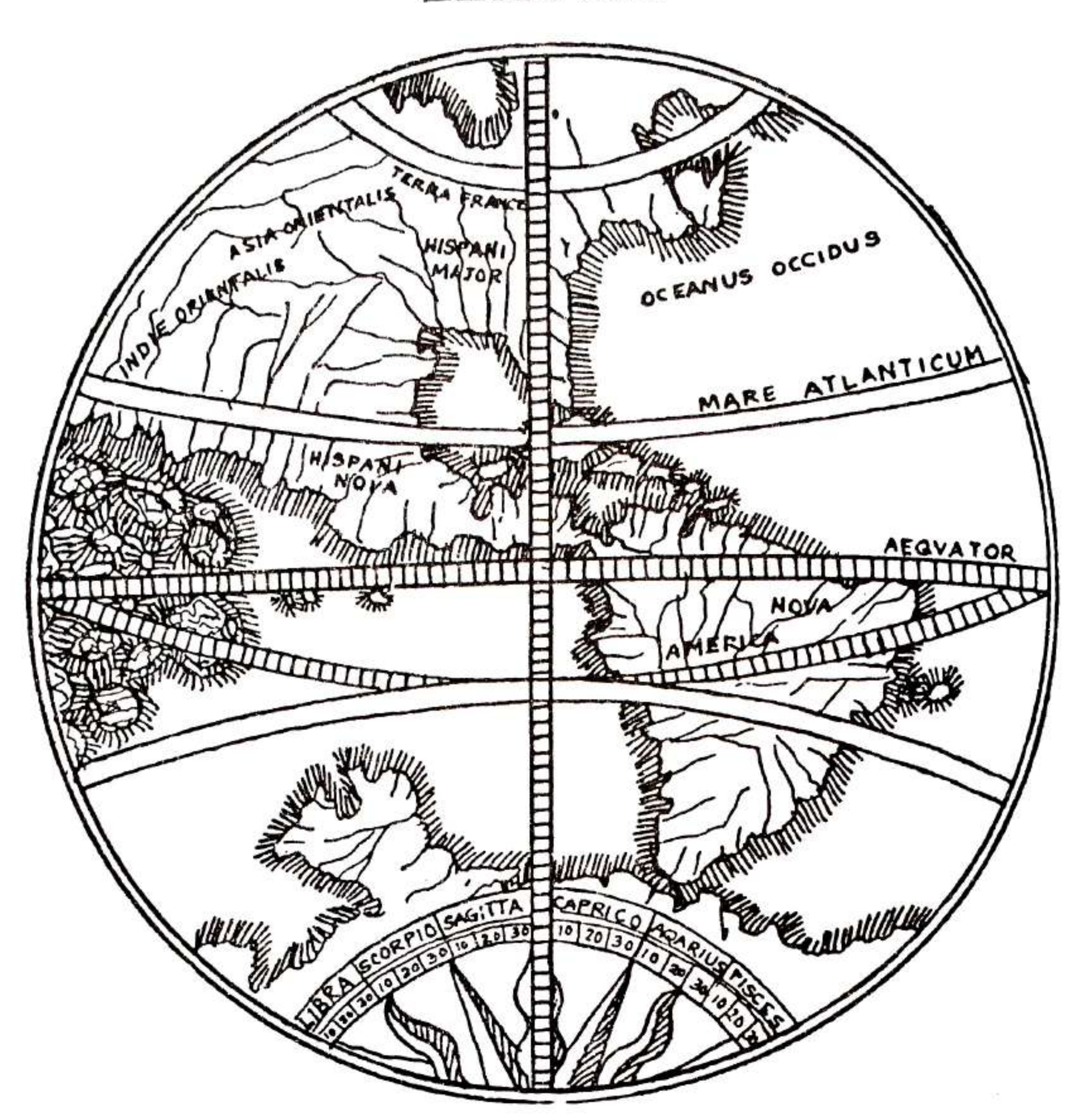
Conviene advertir que la expedición de Colón fué muy posterior y que mucho antes de Vespucio y de cuantas expediciones tenemos definida noticia histórica,

hubo millares de expediciones a esta isla occidental, cuando el continente americano no ocupaba la misma situación que hoy día y la isla de California era el resto de la parte oriental de la sumergida Lemuria.

La copia que insertamos del famoso *Globo de Nancy* demuestra que durante muchos siglos consideraron las gentes el país de California como una isla. Dicho *Globo* pertenece a la biblioteca municipal de Nancy (Francia) y aunque se desconoce la fecha de su trazado, es anterior a 1531. Mide 15 centímetros de diámetro, con vivos colores y se le considera muy exacto y completo con relación a la época de su trazado.

Los globos o mapas del mundo como el de Nancy no estaban trazados por los navegantes sino por los exploradores que representaban en aquéllos todas las circunstancias, descubrimientos y datos proporcionados por sus exploraciones. Si estudiamos el globo de Nancy veremos que aunque el continente americano está medianamente trazado y representa a Norteamérica como si fuese una expansión de España, con Nueva España en el Sur, Asia al oriente e India en occidente, no se echa de ver el menor intento de colocar a California en tierra firme, sino más bien aparece la parte occidental de Norteamérica como una isla con un grupo de islotes en su extremidad meridional. De ello se infiere que en la época en que fué trazado el globo de Nancy no habían aportado los exploradores nada que alterase la opinión y creencia de geógrafos y cartógrafos, de que California era una tierra separada de Norteamérica.

Para comprender por qué California era considerada



El Globo Nancy

como una isla, es necesario observar el mapa número 4 inserto en la página 211 que representa un bosquejo de la tierra que sin duda fué la isla residual del Este de Lemuria y cómo llegó a unirse con la costa Oeste del continente americano.

El examen del mapa muestra que esta sección insular estaba constituída por una pequeña cordillera a lo largo de la costa occidental y de otra cordillera mayor, que incluía la Cascada y Sierra Nevada, en la costa oriental. Estas montañas se unieron y después se separaron cerca

del Sur para formar la península de la Baja California y parte de la costa mexicana. Por el Norte terminaba la isla en tierras pantanosas y la isla de Vancouver era un tremedal en una bahía.

Entre las dos cordilleras de la isla de California se extendía un profundo valle ocupado en su mayor parte por una bahía con su centro opuesto a la actual de San Francisco, lo que da a entender que los hoy valles de Santa Clara, San Joaquín y Sacramento estuvieron un tiempo bajo las aguas y que aún antes de entonces la parte norte de la isla de California, hasta un poco más allá del límite septentrional del hoy Estado de California, también estaba bajo las aguas, formando una gran bahía interior.

Así permanecieron las aguas durante quince o veinte mil años y fueron retirándose poco a poco, empujadas por el continuo levantamiento de la isla de California y por efecto de las erupciones volcánicas y terremotos que ocurrían en el país.

La actual bahía de San Francisco y los marjales del valle de Sacramento son residuos de aquella antigua bahía, mientras que el fértil valle de Santa Clara resultó de seculares depósitos acuosos y terrenos provenientes del gradual cambio de la bahía, de suerte que con sus conchas marinas profundamente incrustadas en el suelo y las perennes marcas del agua en las laderas de las colinas circundantes, da silente prueba de lo que un tiempo fue; y los maravillosos frutos y flores de este valle, que constituyen una riqueza más preciada que el oro de las montañas, demuestran cómo la Naturaleza

predispone y ordena los beneficios que otorga al hombre.

En el centro de este admirable valle está ubicada la fascinadora ciudad de *San José,* la primera población fundada por los misioneros españoles, en el lugar elegido por los primeros exploradores como el más a propósito para ubicar una gran ciudad en el centro de tan benigno clima. Esta ciudad fue la primera capital de California, el primer centro de la colonización española y el más rico de toda la colonia.

Una visita a la San José de hoy día, con sus modernas, bulliciosas y comerciales calles brillantemente iluminadas, recuerda los barrios mercantiles de las ciudades del Este, porque se nota el mismo espíritu de progreso, la misma superioridad de adelanto respecto de otras ciudades y la representación de muchas próceres industrias orientales da un distintivo ambiente a la vida mercantil y social de esta antigua ciudad, en cuyo interior y sus alrededores subyacen muchas fantásticas, alucinantes y fascinadoras historias y señales de antiguos tiempos.

En esta ciudad del centro de California encontramos los festejos, las flores, el júbilo y alegría de la combinada vida social del Viejo y del Nuevo Mundo, al paso que su progresivo espíritu ha logrado fundar mayor número de universidades, colegios y establecimientos de enseñanza que cualquier otra ciudad de su categoría en el Oeste y muchos de ellos son muy antiguos. La famosa universidad *Leland Stanford* fué fundada en San José, aunque después se trasladó a Palo Alto.

En las montañas contiguas a San José está ubicado el

observatorio astronómico Lick y en la renombrada Universidad de Santa Clara hay otro observatorio en donde se han efectuado cálculos y descubrimientos de mundial interés.

No lejos de San José y justamente al otro lado de la pequeña cordillera de Santa Clara, hay una península con la montaña, el valle y el río del Carmelo, así llamados porque los misioneros carmelitas fundaron en aquel paraje un monasterio mucho antes de la expedición de Vizcaíno que trajo investigadores científicos, misioneros y algunos *místicos rosacruces* cuyos mancomunados esfuerzos intensificaron la colonización de los valles de Santa Clara y el Carmelo.

Los primeros exploradores de California habían relatado que en la costa occidental había una bahía y una pequeña península muy semejantes a la bahía de San Juan de Acre con su península, su monte Carmelo y su río del mismo nombre, con la particularidad de que ambas penínsulas estaban casi en la misma latitud geográfica, con parecido clima y análoga vegetación, no obstante hallarse en opuestas partes del mundo. Por esta razón, los místicos descendientes de una escuela esotérica, establecida de muy antiguo en el Carmelo oriental, se unieron a la expedición que iba al Nuevo Mundo y antes de arribar a sus costas tuvieron por propósito de su viaje visitar el Carmelo occidental.

Las primitivas crónicas de aquellos místicos, que no eran otros que los *rosacruces*, demuestran que el establecimiento de la orden religiosa de los carmelitas en aquel paraje fue posterior a la fundación del primer

templo rosacruz en las costas del Pacífico, en paridad con otra análoga fundación de los peregrinos rosacruces en la costa oriental, el año 1694, en el mismo paraje donde hoy se asienta la ciudad de Filadelfia.

Es muy interesante circunstancia que muchos de los árboles, arbustos y plantas herbáceas que hoy medran profusamente en la península del Carmelo occidental de California sólo fuesen conocidas hace algunos siglos en las márgenes del río Carmelo que desemboca en la bahía de San Juan de Acre.

El valle del Carmelo de California y sus aledaños está henchido de leyendas, tradiciones, consejas y relatos de misterioso hechizo cósmico, por lo que no es extraño que en el valle haya una pequeña población, llamada Carmelo del Mar, que se mantiene ajena a la enloquecedora civilización occidental y cuenta con amenas quintas y glorietas en donde muy famosos escritores y artistas se albergaron para producir sus obras, como por ejemplo Roberto Luis Stevenson que allí estuvo años enteros y escribió sus mejores novelas. En aquella encantadora población, escondida entre pinos y asentada en un florido jardín, se sienten el escritor y el artista fácilmente inspirados por las magnéticas vibraciones del paraje y por las tradiciones y relatos históricos del país.

No lejos de San José, junto a la costa, cerca de las montañas y en la principal calzada de California, el Carmelo con las playas de Monterrey y del Monte ofrece a los investigadores históricos y arqueólogos el más puro goce de la vida en sus múltiples atracciones.

Cuando el hundimiento de Lemuria, los supervivientes se refugiaron en las tierras altas de la parte oriental, que se mantuvo en firme y hoy es la California y allí se establecieron y fundaron poblaciones, construyeron edificios y dejaron indelebles señales de su floreciente y adelantada civilización. Muchos de los testimonios de su ciencia transcienden aún hoy día a nuestra comprensión y sus hechos permanecen inexplicados por la investigación científica y superiores a todos nuestros progresos.

Mes tras mes los exploradores que llegan a California se encuentran frente a alguna roca con extrañas inscripciones, con magníficas esculturas sepultadas bajo antiquísimos matorrales, con algún esqueleto de un ser en otro tiempo viviente, que los asombra y confunde e invalida su capacidad de comprensión.

Quienquiera que fuese la reina Califa, gobernadora de un país tan henchido de oro que el más vulgar y mísero de sus vasallos iba cubierto literalmente de joyas, debió de reinar sobre un pueblo altamente esclarecido y dichoso; y si observamos sus descendientes, que aún subsisten en California, hallaremos algún indicio de lo que hizo tan antigua y grandiosa aquella civilización y descubriremos la clave de lo que todavía hace de California el país del oro.

Capítulo XI

ACTUALES MÍSTICOS LEMURIANOS EN CALIFORNIA

Según quedó expuesto en los precedentes capítulos, la gran catástrofe que sumergió la mayor parte del continente de Lemuria en más o menos tiempo, obligó a los supervivientes a buscar refugio en la cima de las montañas. No sabemos si eventualmente cayeron en el mar y perdieron su vida terrena, aunque seguramente fueron víctimas del cataclismo millones de seres que habitaban en los apacibles valles y llanuras del vasto continente.

Pruebas hay de que la parte oriental de Lemuria, la más cercana a Norteamérica, tenía mucha altitud y era la más apropósito para que cuantos tuvieran tiempo y ocasión se estableciesen con toda seguridad en ella.

La circunstancia de que sólo unos cuantos millares lograsen refugiarse en las montañas, denota que la última catástrofe de Lemuria debió de ser más o menos repentina y completa la sumersión de la parte hundida.

Las montañas orientales cuyas cumbres emergían de la superficie de las aguas, debieron de disminuir en altitud, porque antes del cataclismo eran probablemente tan altas como la más alta del mundo.

La naturaleza del suelo en que están enclavadas estas

montañas indica que los profundos valles a uno y otro lado de ellas estuvieron durante algunos siglos a gran altitud y poco a poco fueron bajando de nivel hasta sumergirse. Una serie posterior de menores alteraciones topográficas levantaron los valles lo bastante para enjugarlos, dejándolos en la condición en que hoy vemos el de Santa Clara.

A causa de la rapidez y gran extensión del cataclismo, los pocos millares que lograron refugiarse en las montañas no pudieron llevarse consigo gran cantidad de sus efectos personales y muy poco de sus colectivas propiedades; pero las crónicas indican que en previsión de esta contingencia habían establecido en lo alto de las montañas, bien aseguradas bases de aprovisionamiento, construídas con piedras muy duras y mármoles, según el tipo lemuriano, de suerte que resistieran incólumes las más tremendas tempestades y los más ingratos climas. Hoy día, a pesar de su casi total ruina, son los únicos remanentes de la arquitectura de puro tipo lemuriano.

Así se explica el ocasional descubrimiento de muy extrañas esculturas ruinosas en las montañas de California. A veces las ruinas son de pequeños edificios, destruídos por las tempestades y el merodeo de tribus posteriores, que fueron arrancando y llevándose las piedras para aprovecharlas en nuevas construcciones. Pero en otras partes de California y especialmente en las vastas selvas y comarcas inexploradas, se han encontrado eventualmente ruinas cubiertas de musgo o envueltas en matorrales, que asombraron a los primeros

investigadores, quienes se vieron más tarde impedidos por misteriosas fuerzas y extraños incidentes, de volver a los mismos lugares para proseguir sus investigaciones.

Recuerdo que hablando con uno de estos exploradores cuyo fervor científico no armonizaba con las novelerías sentimentalistas, me dijo que los frecuentes impedimentos con que tropezaban sus investigaciones científicas, a causa de fantásticos e incomprensibles incidentes, le movían a sospechar que en la cumbre de Sierra Nevada hubiese alguna entidad durmiente como durante veinte años durmió Rip Van Vinkle en las montañas de Catskill y que cuando un investigador se aproximaba a dicha entidad, despertaba para protestar de la intromisión. Aunque el explorador me hablaba alegóricamente, lo que decía era para mí la literal explicación de lo que había ocurrido en algunas partes de California.

Hay en este país comarcas montañosas abundantes en caza mayor, hace siglos no holladas por la planta de un blanco, si alguna vez las holló. No es raro que los cazadores de leones y otras fieras y los solitarios exploradores anhelosos de emocionantes aventuras, se encuentren frente a frente de extrañas condiciones, de inesperadas escenas y sorprendentes reliquias de antiguos pueblos. Algunos valiosos ejemplares de humanas formas y de animales de toda especie se han hallado en remotas partes de las montañas de California y se conservan hoy día en los museos arqueológicos del país.

Más emocionantes que estos relatos de los descubrimientos paleontológicos son los de las personales experiencias de los turistas que gustan de internarse en las

comarcas inexploradas de un país, atraídos por el placer de descubrir algo nuevo. Cuando refieren sus experiencias junto a la lumbre de las cabañas o en los casinos aristocráticos de las ciudades populosas, suenan como cuentos de lejanas tierras y pasados tiempos.

La compilación de estos relatos después de cuidadosamente analizados y cotejados, denota tal similitud de pormenores y tal consistencia en los fundamentos, que infunde la convicción de que se basan en la verdad.

Por lo tanto, es interesante emplear algún tiempo en visitar algunos de los menos frecuentados parajes de las montañas de California y estudiar los restos de una antigua civilización.

En otros Estados de la república, al norte de California, encontramos análogas condiciones en prueba de que todos los Estados occidentales que un tiempo formaron la isla de California, estuvieron poblados por gentes de idénticos usos y costumbres.

Una de las más interesantes y placenteras excursiones que pueden hacer los turistas en California es a la cuenca del Klamath, ubicada en el Estado de Oregón, que es un residuo del gran mar interior que un tiempo llegó muy adentro del hoy Estado de California. El actual lago Klamath ocupa tan sólo una corta porción de superficie en el ángulo nordeste del condado de Siskiyou, mientras que en otro tiempo ocupaba todo este condado y parte del contiguo. En este lago se proyecta hoy una pequeña península, que es el residuo de una gran montaña donde estuvo ubicada una de las colonias de los lemurianos supervivientes. En las rocas

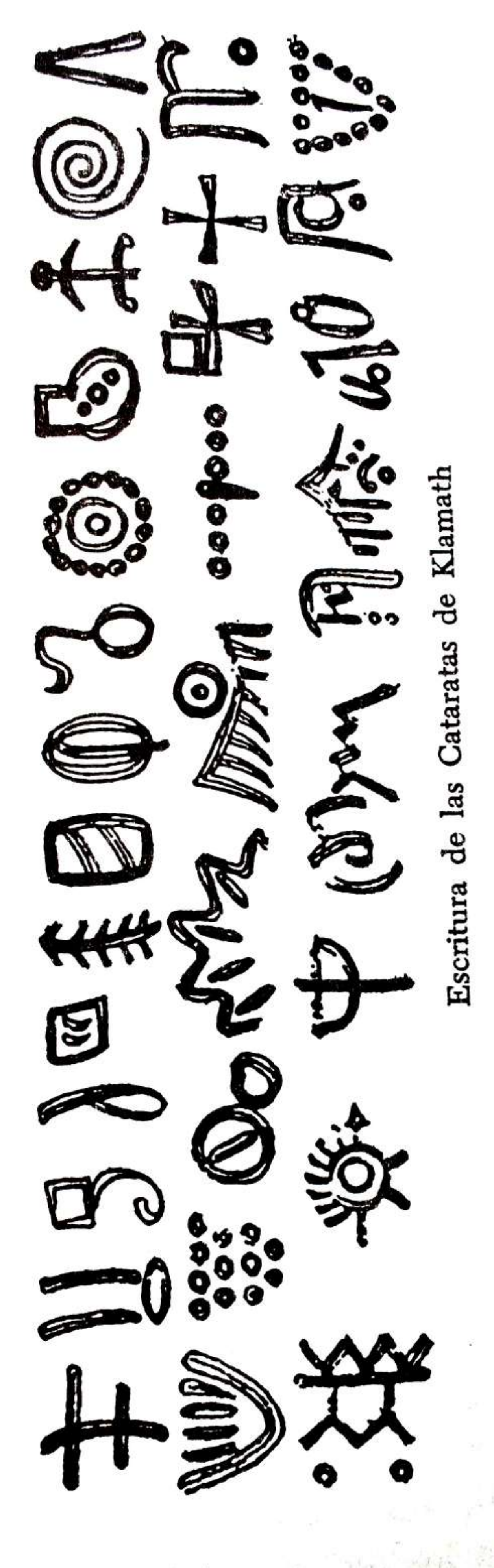
de esta península se ven grabados unos signos al parecer de escritura criptográfica o jeroglífica, que la ciencia moderna no ha sido capaz de interpretar. Hay millares de estos caracteres criptográficos, de los que reproduce el grabado alguna de las principales muestras.

Quienes intentaron descifrar estos caracteres, se dieron cuenta de que revelan una escritura uniforme, pero no lograron descubrir el alfabeto o clave capaz de interpretar lo allí escrito para que las futuras generaciones conocieran la índole de la colonia ubicada en las orillas del lago y lo concerniente a la catástrofe que allí los llevó y de las luchas que hubieron de sostener en defensa de su vida.

Por mi parte, encontré en estos caracteres cierta analogía con algunos otros también lemurianos en que aparece la cruz, según veremos más adelante.

Conviene advertir que, desde muy antiguo, ciertas partes del país del lago Klamath y de su cuenca tienen nombres extraños y hace un siglo se creía que eran nombres dados por los indios en su idioma; pero un más detenido estudio de tales nombres ha demostrado que ya existían mucho antes de que los indios pudieran haberse establecido en aquel país y que no son nombres indios.

Los arqueólogos convienen en que la mayoría de caracteres criptográficos aparecen grabados en rocas que en diferentes períodos estuvieron sumergidas en el agua o emergidas de la superficie, es decir, debajo del agua o sobre el agua, según el período y que por lo



Escritura de las Cataratas de Klamath

tanto datan de hace muchos siglos, de suerte que sucesivas generaciones fueron aumentando dichos escritos con objeto de que la historia de su pueblo alcanzara a una época relativamente moderna.

Otra circunstancia muy significativa es que en algunos puntos de estas escrituras aparece el roble sagrado de la antigua fraternidad mística de los druidas y en otros puntos se ve la lámpara sagrada de la misma fraternidad.

Se sabe que eventualmente tuvieron los druidas el centro de su actividad en las islas Británicas y en el norte de las Galias a principios de la era cristiana. Aparte de esta prueba de relación entre los druidas y la colonia lemuriana de Klamath, tenemos la positiva de que los autores de estos extraños caracteres contribuyeron a la formación del sánscrito y del latín y por lo tanto, pertenecieron a las cultas y civilizadas razas que derramaron la cultura literaria por varias partes del mundo. Ejemplo de ello nos da la circunstancia de que los indios modocos, establecidos posteriormente en el valle del lago, lo llamaron "Valle del Conocimiento", porque encontraron señales evidentes de que aquel lugar había sido el centro de instrucción de antiguas tribus.

Los indios norteamericanos llamaron a este Valle del Conocimiento el "Walla-Was-Skeeny", que significa también "Valle del Conocimiento"; pero las palabras de aquella denominación no correspondían con las de su dialecto, sino que habían heredado dicho nombre de los descendientes de las primitivas tribus que allí vivían cuando llegaron los indios y que las palabras "Walla-

Was-Skeeny" eran un intento de pronunciar las palabras latinas *Vallis Scientia*. Asimismo se descubrió que los indios modocos habían heredado la palabra "wocus" para el nombre del lirio, que en latín es *lotus*.

Estos mismos indios llamaron *moinia* a las ruinas de un recinto amurallado que los lemurianos habían construído en la cumbre de una montaña al norte de Olene, en el condado de Klamath y en latín es *munitio* toda obra de fortificación, reparo y defensa. A las colinas las llamaban *collil*, que en latín son *collis*. Por otra parte, aparecen en la toponimia de los indios algunos indicios del léxico griego, pues a una montaña le llamaban *Mu-Pi*, en cuyas dos sílabas se reconoce el nombre de dos letras del alfabeto griego.

Valga decir de paso, que cuando los primeros exploradores de esta parte de California descubrieron a los indios modocos y observaron los caracteres criptográficos de las rocas, los indios dijeron que nada tenían que ver con el origen de dichos caracteres ni sabían interpretarlos. Además, los filólogos que estudiaban el lenguaje hablado y escrito de los indios afirmaron que los caracteres de las rocas del lago Klamath eran totalmente distintos de los de la escritura de cualquier tribu india norteamericana.

Se ha dicho que hace muchos años, la comarca contigua a estas extrañas escrituras quedaba nocturnamente iluminada por luces blancas, sin que nadie pudiese indagar la causa de semejantes luces, pues en aquel entonces no se conocía la luz eléctrica en aquel distrito ni había señales de fogatas en parte alguna.

Este elemento de las luces extrañas interviene a me-

nudo en los misterios de California. En algunas partes del país y en ciertas noches de cada mes aparecen iluminados los picos de las montañas o se ve entre los árboles de los grandes bosques una extraña luz blanca muy parecida a la de magnesio que usan los fotógrafos, pero que subsiste durante algunas horas, sin que en modo alguno hayan podido averiguar su causa los investigadores.

Así por ejemplo, en el año 1930, reapareció en las laderas del oriente de San José, a unos tres kilómetros de la Misión, una luz blanca que ya había aparecido hace cincuenta años y se difundía por espacio de muchos metros por el valle de Santa Clara, como si tuviera su foco en medio de un espeso bosque y se sobrepusiera a los árboles. Se veía claramente desde la bahía de San Francisco.

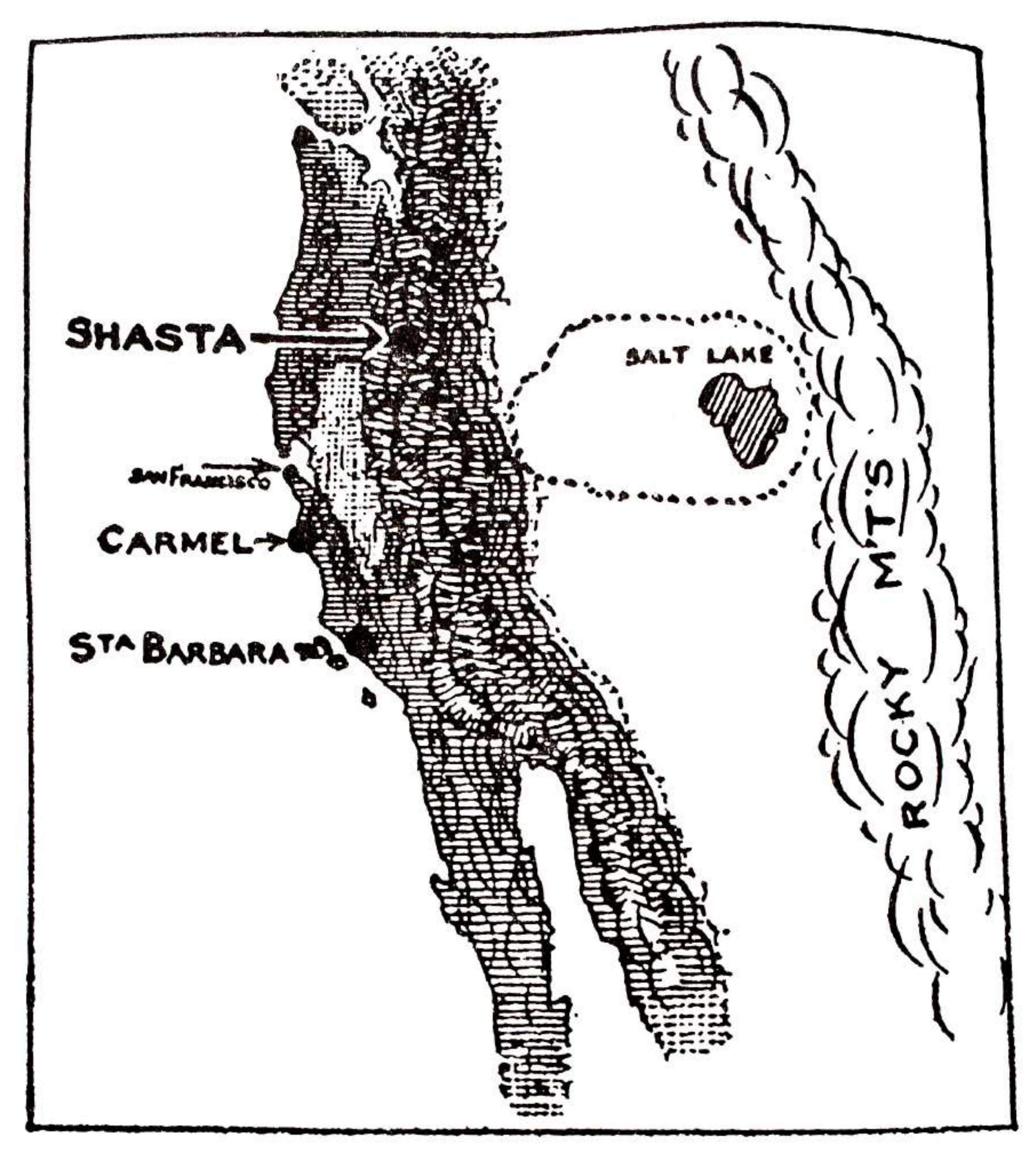
Al principio creyeron algunos que aquella luz era una señal convenida que hacían los clandestinos fabricantes de licores, para avisar a algunos barquichuelos de la bahía; pero las indagaciones hechas durante el día no descubrieron ni rastro de casa, choza ni cueva ni nada que indicase fuego. Finalmente se encargó a varios agrimensores que trazaran el paso al exacto punto en que por la noche se veía la luz y resultó ser un denso grupo de árboles en la falda de la montaña, sin vivienda alguna por aquel paraje ni señal de hojas quemadas en el suelo. El alumbrado eléctrico no se conoce en aquel distrito montanero y uno de los inescrutados misterios que preocupan a muchos pensadores es cómo puede producirse una luz que dura largo rato sin dejar señal ni rastro de su aparición.

Por otra parte, en prueba de que estas luces pueden relacionarse con alguno de los misterios de Lemuria y sus habitantes, tenemos las fascinadoras leyendas del monte Shasta, ubicado en la extremidad septentrional de Sierra Nevada, en el condado de Siskiyou, a pocos kilómetros del lago Klamath. Dicho monte es el cráter de un volcán apagado, con 4.312 metros de altitud. Los geólogos infieren de las profundamente estriadas laderas de esta montaña, que en un tiempo era mucho mayor su altitud; pero que se ha hundido el terreno en que se asienta y la acción corrosiva de los hielos la fué desgastando.

Hay cerca de allí otra montaña de tan sólo 2.772 metros de altitud que da pruebas de ser el resto de su primitiva ingencia.

El cráter de Shasta es todavía susceptible de reavivarse, pues inmediatamente debajo del tope hay un respiradero sulfuroso y otros dos en la estribación septentrional, que echan humo e irradian calor, con riesgo de que un día sobrevenga una no muy violenta erupción del volcán.

Pero hubo un tiempo en que indudablemente era la montaña de Shasta la más alta de esta parte de California. Ofrece una hermosa vista con sus cimas cubiertas de nieve la mayor parte del año y se ve desde muy lejanas distancias. Las corrientes fluviales de la comarca son de excelente calidad y fertilizan el suelo, remontándose su antigüedad a la de las demás partes de California. A oriente del volcán está el famoso bosque de Shasta, cuyo centro dista algo menos de 50 kilómetros del pie del volcán y la tierra entre éste y el bosque es



Mapa No. 4

baja y la surcan suaves arroyos. Aunque poco conocida esta comarca, la recuerdan millares de personas que la han contemplado desde ventajosas posiciones.

Durante siglos los habitantes del norte de California y los turistas, exploradores, funcionarios públicos, científicos, escritores, novelistas, artistas y curiosos, enfocaron su atención en los extraños sucesos de esta comarca. Hace algunos años era muy frecuente escuchar en e

norte de California relatos acerca de apariciones de personas que salían de los bosques y retrocedían para esconderse cuando alguien los veía. De cuando en cuando, uno de aquellos extraños personajes, raramente vestidos, se acercaba a una aldea y cambiaba pepitas y polvo de oro por algunas modernas mercancías.

Estas extrañas gentes no solamente lo eran por su traje, completamente distinto del usual entre los indios norteamericanos y especialmente de los de California, sino por el color de su rostro, facciones, talla, agilidad y gracia, con aspecto de ser muy viejos y sin embargo, sumamente viriles. Tenían traza de extranjeros, pero con cabeza más voluminosa, más ancha frente y un tocado que tenía un especial adorno que les caía por el centro de la frente hasta el caballete de la nariz, con lo que ocultaban parte de la frente a las miradas de los que hubieran querido examinarla.

En pasados tiempos se veían en el centro de los bosques grandes fogatas cuyo resplandor disipaba la obscuridad de entre los árboles. Entre la fogata y el observador se veía de cuando en cuando pasar la silueta de extrañas figuras iluminadas por el resplandor de la hoguera.

Otras veces, cuando el viento era favorable, se escuchaban mágicas canciones acompañadas de fantástica música cuyos sones vibraban en dirección de una cercana aldea.

Todos los intentos de los investigadores que vinieron a este distrito para observar lo que sucedía, dieron por resultado los mismos fenómenos, que también presen-

ciaron muchas personas que previamente no habían oído hablar de ellos y esta circunstancia comprueba señaladamente la veracidad de los relatos.

A los investigadores se les tenía por intrusos, pues cuando uno de ellos llegaba cerca del foco de la luz y de los sones, se le aparecía un sujeto de extraña facha y gigantesco corpacho que se lo cargaba a hombros y lo ponía fuera del distrito, o bien se sentía el investigador invadido por una fuerza extraña que le impulsaba a escapar más que de prisa o esta misma fuerza le clavaba en su sitio sin permitirle pasar adelante ni moverse en otra dirección que la de retroceso para irse por donde había venido.

Así continuaron durante muchos años los relatos de estos extraños fenómenos, hasta que el famoso científico, el profesor Edgard Lucin Larkin, director del observatorio astronómico de *Mont Lowe,* en el sur de California, descubrió unos cuantos nuevos fenómenos relacionados con este misterio de la California septentrional.

Mientras experimentaba probando las nuevas características de un telescopio de largo alcance, lo dirigió hacia el Norte y después hacia el Sur de su situación, a lo largo de las cimas de la cordillera en que hacía muchos años estaba ubicado el observatorio, con objeto de calcular el tiempo diurno que había de servirle para el trazado de una nueva escala de distancias. Aseguró Larkin que jamás había oído hablar de los misteriosos fenómenos que ocurrían al decir de las gentes en el distrito de Shasta y probablemente no hiciera gran caso

de ello si lo oyera. Asestó el telescopio a la cumbre del Shasta, que coronado de nieve se destacaba nítidamente bajo el azul del cielo y después de consultar el mapa de California y medir exactamente la distancia entre el observatorio y la cima del Shasta, con el propósito de comparar estas cifras con las obtenidas en su nueva escala de distancias, movió el telescopio de modo que en el campo de visión quedó incluída la parte inferior de la falda oriental del Shasta, creyendo que sólo vería las copas de los árboles del fondo, cuando le sorprendió el inesperado espectáculo de una luciente superficie curva completamente desconocida hasta entonces. Como quiera que el sol hería aquel reluciente objeto ubicado entre los árboles, semejaba aquella vista la de la dorada cúpula de un templo oriental. A intervalos de unos veinte minutos iba Larkin anotando sus observaciones y según fué el sol adelantando en su aparente carrera, acabó por descubrir que la columbrada superficie curva eran dos cúpulas que sobresalían de la copa de los árboles cercanos al Shasta y que a muchos metros de distancia se veía parte de una tercera cúpula. Moviendo de nuevo el telescopio descubrió entre los árboles el ángulo de otro edificio al parecer de mármol.

Como quiera que Larkin estaba seguro de que no había tales construcciones en el norte de California y mucho menos en el distrito de Shasta, mantuvo fijo el telescopio en la última posición para observar qué aspecto tomaban aquellas cosas durante la puesta del sol y por la noche y mucho fué su asombro al observar

una vez cerrada la noche, que alrededor de las cúpulas brillaban varias luces, al parecer blancas, que las iluminaban en parte y las hacían visibles, aunque no era noche de luna.

Anotó escrupulosamente Larkin sus observaciones y esperó la salida del sol para proseguirlas, descubriendo por nueva variación del telescopio, una columna de humo que se levantaba de entre los árboles y parte de otro edificio.

Después de una semana de estudiar el asunto, decidió llevar más adelante las investigaciones y a su ejemplo otros científicos resolvieron explorar el distrito hasta donde les fuese posible y compilaron los informes recibidos de las gentes del país, de los que se vino en conocimiento de que hubo tiempo en que un anciano personaje había aparecido en el distrito, marchándose a pie a la ciudad de San Francisco, donde lo recibió una comisión de ciudadanos opulentos que lo acompañaron a la Casa de la Ciudad, donde se celebró una ceremonia secreta.

Quienes vieron al anciano personaje acompañado de tal suerte, dijeron que en la vida habían visto tanta nobleza y a la par humildad y majestuosa prestancia. Nunca se supo quién era ni a qué fue a San Francisco y aun la misma fecha de esta visita no se quiere revelar a los investigadores; pero el relato es de general conocimiento y concuerda con otros relatos de análogas visitas por parte de extraños personajes del distrito. A varios vecinos que tenían su vivienda al pie del Shasta, se les vió inesperadamente en medio de la carretera,

vestidos de blanco, con sandalias, larga cabellera rizada, de alta estatura y majestuoso aspecto, pero que se retraían de la pública atención, pues apenas intentaba retratarlos un fotógrafo o si alguien se acercaba para hablarles, desaparecían repentinamente, diciendo unos que se habían ocultado en los bosques lindantes con la carretera, mientras que otros aseguraban que *habían desaparecido en la sombra*.

Quienes de estas extrañas gentes han ido a pertrecharse en las aldeas aledañas, especialmente en Weed, hablaban un inglés correcto, con ligero acento británico y nunca quisieron decir nada acerca de ellos. Siempre pagaron las mercancías que compraban en pepitas de oro de valor mucho más subido que el del género comprado, sin que aceptaran compensación, pues decían que para ellos no tenía el oro ningún valor ni necesitaban para nada el dinero.

Quienes han observado de lejos las ceremonias de estas extrañas gentes alrededor del fuego a medianoche, aseguran haber contado de cuatrocientas a quinientas siluetas en sólo un lado del fuego, cuyo origen y naturaleza se desconocen, pues desde luego no son fogatas de leña o de malezas ni lámparas de aceite ni gasolina, porque la luz es blanca tirando a violada.

En cierto punto de la ceremonia de medianoche hieren las copas de los árboles rayos de brillante luz que iluminan el firmamento y tiñen el borde de alguna baja nube. También iluminan estos rayos la parte superior de los edificios y especialmente las cúpulas que parecen chapadas de oro. Cuando por estar iluminados

los edificios se les puede observar más detenidamente, parece como si fuesen de mármol y ónice.

Al salir el sol se celebra otra ceremonia análoga, pero más curiosa, por las luces que aparecen en las partes sombrías del bosque.

La única clave conocida de estas ceremonias es la reproducción escultórica en unas estelas semejantes a las de Egipto, ubicadas en los linderos del bosque. En una de dichas estelas se ven muchos jeroglíficos debajo de los cuales aparece cuidadosamente esculpida en inglés una inscripción que traducida dice:

"Ceremonia de adoración a Guatama."

Indican los jeroglíficos que esta ceremonia se efectuaba al salir el sol, al ocaso y a medianoche y que la palabra "Guatama" significa el continente americano.

Es posible que estas ceremonias tuviesen carácter de acción de gracias por haberse salvado sus ascendientes de la catástrofe que hundió el continente lemuriano excepto la parte oriental donde lograron refugiarse.

Los relatos que atribuyen místicas facultades a estas gentes, se escuchan con incredulidad y desconfianza, aunque el lector puede interpretarlos como guste. Por ejemplo, se dice que cuando en varias ocasiones estallaron incendios en los bosques de California, al acercarse las llamas al de Shasta, se levantó del suelo ocupado por aquellas gentes una densa niebla que rodeó como una muralla todo el territorio, sin que las llamas pudieran atravesarla.

Algunos indígenas de aquel distrito se complacen en acompañar a los escépticos e incrédulos a que den la

vuelta por allí y vean el cinturón de árboles quemados que señalan el círculo en donde se detuvo el incendio. Dentro de este círculo abundan los árboles milenarios de talla gigantesca, sin la menor huella del incendio que abrasó los árboles cercanos.

Dicen otros, que intentaron penetrar en automóvil en aquel distrito y al llegar a cierto punto se les apareció una luz y el coche perdió la acción, como si lo detuviera un circuito eléctrico, viéndose precisados los pasajeros a bajar del auto, empujarlo hacia atrás unos treinta metros y virar en redondo, para que el motor volviese a funcionar.

También se refiere que a veces salieron del bosque rebaños de reses completamente distintas de cuantas se conocen en América, pero antes de alejarse mucho por los vericuetos, quedaron los animales espantados por alguna señal invisible y de pronto dieron vuelta entera y retrocedieron al lugar de donde habían salido.

Muchos otros testimonios hay de gentes que aseguran haber visto surgir de los bosques una especie de barcos que volando por encima de las montañas de California fueron a bogar por las aguas del Pacífico.

Los marinos han visto barcos semejantes en alta mar, que se levantaban en los aires para aterrizar en alguna isla del Pacífico y no falta quien los viera tan hacia el Norte como una de las islas Aleutianas.

Hace poco tiempo, unos deportistas que jugaban al golf en uno de los campos cercanos a Sierra Nevada, vieron en los aires un extraño barco que parecía de plata y desapareció de su vista tras las cumbres de las

montañas. Era muy diferente de todos los tipos conocidos de aeroplanos y volaba sin el más leve ruido que indicase la existencia de un motor.

Acaso la más verosímil explicación de lo que se observa en este distrito es que allí subsisten todavía centenares de lemurianos que con su trabajo satisfacen sus más imperiosas necesidades y se mantienen aislados, como se mantuvo el otro grupo de lemurianos que hace muchos años vivió en Santa Bárbara. Pero su poblado está tan sólo en parte en la falda del Shasta, pues atraviesa la montaña un túnel que da a un vasto recinto en el que se asienta una ciudad de extrañas viviendas de las que salen el calor y el humo que parecen surgir del cráter del volcán. Esto no es cuento peregrino, pues hay datos demostrativos de la existencia en México de otro grupo de descendientes de Lemuria, que moran en el centro de un volcán apagado, retraídos de toda mundana observación.

Así tenemos hoy día grupos de lemurianos ocultos y aislados en la moderna California, si hemos de creer el testimonio de fidedignos ciudadanos e investigadores. Y ello no es tan sólo el extraño espectáculo de un incidente peculiar de California, sino típico de lo que esta vieja tierra puede ofrecer a quienes debida y completamente la exploren.

Otro problema no resuelto todavía es si estos descendientes de Lemuria, como así se les considera, siguen practicando sus antiguos ritos y viven como vivieron sus antepasados o han adoptado algunos modernos usos y costumbres. Es inevitable que acabarán por ex-

tinguirse, como el último o uno de los últimos grupos descendientes de Lemuria, pues no permiten matrimonios con individuos de otras razas.

De todos modos, si son verdad los relatos, tradiciones y leyendas circulantes de boca en boca en California y no mienten las ruinas de los edificios y las esculturas e inscripciones, los Estados Unidos tienen el honor y el prestigio de albergar en su suelo a los úlimos descendientes directos de la primera raza humana que alentó en la superficie terrestre. Aquí nació y aquí se extinguirá esta raza. Por lo tanto, la costa occidental de los Estados Unidos es a la par la tierra más vieja y más nueva del mundo y quizás esta feliz combinación, esta rara hermandad entre lo viejo y lo nuevo, esta única entrefusión del espíritu de la vieja cultura con el moderno progreso, hace de la América Septentrional y de su población desde el Canadá hasta el Istmo un vasto mundo de oportunidad y brillantes fortunas.

UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

LA ORDEN ROSACRUZ

Los editores, anticipándonos a las preguntas de los lectores de este libro, queremos hacer constar que en el mundo, hoy, no existe sino una sola y Universal ORDEN ROSACRUZ, *con ramificaciones en diversas jurisdicciones, unidas y dependientes todas de un Consejo Supremo establecido de acuerdo con las disposiciones originales de los antiguos manifiestos Rosacruces. La* ORDEN ROSACRUZ *no es una secta ni institución religiosa.*

Esta institución internacional conserva las tradiciones, enseñanzas, principios y prácticas humanitarias características de la antigua y primitiva Hermandad que inició sus actividades en tiempos ya muy remotos. Se reconoce como la Antigua y Mistica Orden Rosae Cruces, y la abreviatura que se usa para dicho nombre es AMORC.

LEMURIA - EL CONTINENTE PERDIDO DEL PACÍFICO :

LA GENTE MISTERIOSA DEL MONTE SHASTA

ESTE LIBRO FUE PUBLICADO POR LA ORDEN ROSA CRUZ EN EL AÑO 1993 Y SOLAMENTE CONTÓ CON UN TIRAJE DE 1,000 EJEMPLARES, EN PLENO 2020 YA SON CASI INEXISTENTES Y SU RESCATE ERA MÁS QUE NECESARIO...

ESCANEADO POR ALEJANDRO "EL PEYTON" CARRILLO PARA COMPARTIR CON TODAS AQUELLAS ALMAS DESPIERTAS, SEDIENTAS DE CONOCIMIENTO SOBRE EL ORIGEN DEL SER HUMANO.

SE LES INVITA A DIGITALIZAR TODOS LOS LIBROS RAROS Y PROHIBIDOS QUE TENGAN, YA SEA MEDIANTE ESCANEO O FOTO POR FOTO Y UN PEQUEÑO RETOQUE DE CONTRASTE EN PHOTOSHOP O PROGRAMA SIMILAR, TOMA UN PAR DE SEMANAS POR LIBRO PERO ENTRE TODOS PODEMOS RESCATAR CONOCIMIENTOS INVALUABLES ANTES DE QUE SE PIERDAN POR SIEMPRE!

SALUDOS ESPECIALES AL GRUPO DE FACEBOOK "LA HERMANDAD DE LOS LIBROS PROHIBIDOS"

https://www.facebook.com/groups/172622626934262